

V CONGRESO
del Partido Comunista de España

R. 23/1/53 ☆

**INFORME
DEL COMITE CENTRAL**

*presentado
por la camarada*

**DOLORES
IBARRURI**

LIBRARY

UNIVERSITY OF

CALIFORNIA

SAN DIEGO

Le Parti Communiste d'Espagne a tenu son cinquième Congrès durant les journées du 1^{er} au 5 novembre 1954. Dans l'histoire de la lutte héroïque du peuple espagnol contre le régime franquiste, pour l'indépendance nationale et la démocratisation de l'Espagne, c'est là un événement d'une importance capitale.

Le rapport du Comité central, présenté par la camarade Dolorès Ibarruri, dont nous reproduisons ici le texte intégral à l'intention des milliers d'antifranquistes résidant dans notre pays, constituait le premier point à l'ordre du jour de ce Congrès.

Dans son rapport, la camarade Dolorès Ibarruri analyse d'une manière exhaustive, sur la base de l'idéologie marxiste-léniniste, la situation politique, économique et sociale où se trouve l'Espagne après quinze ans de pouvoir terroriste, fasciste, des castes espagnoles les plus réactionnaires, soutenues par l'impérialisme étranger. L'effondrement de l'économie espagnole ; la dégradation des forces productives ; la situation catastrophique dans la campagne, où se dresse une armée hantée par la famine de plusieurs millions de travailleurs agricoles et de paysans pauvres ; la ruine des couches moyennes ; la faillite de nombreuses entreprises industrielles qui ne peuvent supporter la féroce concurrence de l'oligarchie monopoliste, inféodée au capital américain, tous ces faits lucidement analysés prouvent d'une façon indiscutable la faillite et la fragilité du régime franquiste, qui cherche à se survivre après avoir vendu à l'encan la souveraineté espagnole aux bellicistes du Pentagone et aux milliardaires américains.

Face à la clique franquiste se dresse l'immense majorité du peuple espagnol. Dans son rapport, la camarade Dolorès

Ibarruri analyse la situation objective et les aspirations profondes des différentes classes et couches sociales, dont la coalition peut conduire, et conduira, au renversement du régime franquiste et ouvrira la période de la révolution démocratique en Espagne, sous la direction de la classe ouvrière, en étroite alliance avec les paysans, les intellectuels et les couches moyennes.

Pour élever le niveau politique et idéologique du Parti Communiste d'Espagne, pour qu'il soit en mesure de jouer pleinement son rôle historique d'avant-garde et de dirigeant des masses populaires les plus amples, il est évident que le rapport de la camarade Dolorès Ibarruri, ainsi que l'ensemble des travaux du cinquième Congrès, sont destinés à avoir une importance considérable.

C'est donc avec la certitude d'aider utilement à la cause du peuple espagnol, qui continue d'être la cause de toute l'humanité progressive, que nous publions ce texte fondamental.

LE PARTI COMMUNISTE FRANÇAIS.

INFORME

DEL COMITE CENTRAL

AL V CONGRESO DEL P.C. DE ESPAÑA

presentado por su Secretario General

camarada DOLORES IBARRURI

Camaradas :

Con la celebración del V Congreso de nuestro Partido iniciamos una nueva etapa de trabajo y de actividad en la lucha general por el derrocamiento del franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en nuestro país.

Las cuestiones que vamos a tratar en este Congreso, no atañen solamente a la vida interna y al reforzamiento de la organización del Partido, aunque ésto sea uno de los motivos fundamentales de la celebración del Congreso.

Vamos a tratar de cuestiones que angustian a millones de gentes en nuestro país, cuestiones que están estrechamente ligadas al destino presente y futuro de nuestro pueblo y de nuestra Patria.

Ello da al V Congreso del Partido Comunista, una importancia particular, ya que el Partido Comunista es la única fuerza política democrática española, que ha estado permanentemente a la cabeza de la lucha contra el franquismo ; que sostiene sin flaquezas ni vacilaciones la bandera de las libertades democráticas, de la independencia y soberanía nacionales; que ha estado y está por una solución española y dada por españoles al problema del régimen en nuestro país.

La trayectoria del Partido Comunista de España, es la trayectoria de un partido revolucionario marxista-leninista, de nuevo tipo, capaz no sólo de organizar y dirigir la lucha de los trabajadores por sus diarias reivindicaciones, sino capaz de organizar y dirigir la lucha de la masas populares por la libertad e independencia patrias, capaz de organizar y dirigir la lucha por la democracia y el socialismo.

El Partido Comunista ha crecido y consolidado su personalidad como

Partido del proletariado, como vanguardia dirigente de las fuerzas progresivas españolas a través de una actuación decisiva en luchas sangrientas y en heroicos combates en defensa de los trabajadores, en defensa de la democracia y de la República.

Y las masas trabajadoras creen en el Partido Comunista, apoyan al Partido Comunista; confían en el Partido Comunista porque él representa y defiende sus aspiraciones seculares a la justicia social; por su entrega y fidelidad a la causa de la liberación del pueblo; por su heroísmo y decisión en la lucha, refrendados con la sangre de millares de comunistas caídos en los frentes de batalla o en la arriesgada lucha clandestina en la que la prisión y la muerte acechan a cada paso.

Y esta confianza de la masas, esta esperanza de las masas en el Partido Comunista, obliga a mucho a los comunistas, nos impone a todos una gran responsabilidad.

EL MUNDO HA CAMBIADO DE BASE

Desde que se celebró el último Congreso del Partido Comunista han pasado vaños lustros, largo espacio de tiempo en la vida de un hombre, breve desde el punto de vista histórico por la densidad y magnitud de los acontecimientos que en este tiempo han tenido lugar, tanto en el terreno nacional como internacional.

Vivimos en una época en la cual, el mundo se transforma revolucionariamente; época en la que las estrofas de la Internacional, el himno revolucionario de los trabajadores cuyas notas viriles tantas veces acompañaron los combates de clase del proletariado,

« El mundo va a cambiar de base,
los nada de hoy todo han de ser »

se hacen carne y sangre, realidad viva en Europa y Asia, quebrantando los cimientos del sistema capitalista mundial.

El tiempo transcurrido desde el IV Congreso hasta ahora, está marcado por el signo de la resistencia de los pueblos a los agresores fascistas imperialistas, está marcado por el signo de las victorias socialistas de los pueblos.

Lenin caracterizó el período del imperialismo, como el del capitalismo agonizante. La marcha de la historia confirma brillantemente la teoría leninista sobre el imperialismo.

Condenada a desaparecer como desaparecieron las formaciones histórico-sociales que la precedieron, la burguesía imperialista, a medida que su fin aparece más próximo, se hace más agresiva, más y más reaccionaria.

Arrojando por la borda las formas y principios democráticos, la burguesía imperialista aparece en toda su bestial desnudez. Para ella el derecho de los pueblos, la justicia, los sentimientos humanos, la independencia y soberanía de cada país, no son más que mercancías que pueden ser vendidas, pisoteadas o destruidas si ellas entran en contradicción con sus intereses de clase.

Debatiéndose en insolubles contradicciones; recurriendo a la agre-

sión armada, en la lucha por esferas de influencia, posiciones estratégicas, mercados y fuentes de materias primas, la burguesía imperialista desencadenó la segunda guerra mundial con el propósito de extender y consolidar en el mundo su brutal dominación y detener el avance de los pueblos hacia formas sociales más justas y humanas.

Mas gracias al heroísmo del pueblo y del Ejército soviéticos, los planes de los imperialistas fueron reducidos a ceniza, y la guerra terminó como no lo esperaban sus inspiradores e iniciadores.

En la preparación de la segunda guerra mundial, con la que pensaban volver hacia atrás el curso de la historia, los imperialistas de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia, ayudaron por todos los medios al desarrollo de regimenes terroristas fascistas en diferentes países, especialmente en Alemania, en la que cifraban sus más caras ilusiones para la realización de sus planes reaccionarios.

Derrotada en la primera guerra mundial, la burguesía alemana aspiraba a restablecer y desarrollar su potencia militar, y para ello, se servía de las contradicciones en el campo de sus vencedores en la primera guerra mundial, de la misma forma que lo hace en la actualidad.

Y en cierta medida lo que vemos hoy en la arena internacional entre las potencias capitalistas, es una repetición de lo que ocurrió después de la primera guerra mundial.

Entonces los imperialistas ingleses, aspirando a establecer una llamada política de equilibrio de fuerzas, ayudaban a levantarse a la burguesía alemana para oponer Alemania a la hegemonía francesa en Europa; al mismo tiempo, los monopolistas americanos financiaban a la burguesía imperialista alemana con objeto de oponer Alemania a su concurrente inglés.

Con ello, se estimulaba la agresividad y el revanchismo del imperialismo alemán, especialmente después de la instauración del fascismo en Alemania. Con ello, se facilitaba, al igual que hoy, el desarrollo de los planes de agresión y de guerra de la Alemania fascista, de la que el imperialismo mundial pensaba servirse, lo mismo que hoy, como de fuerza de choque contra el ascenso del movimiento democrático y socialista en el mundo y en primer lugar como instrumento de agresión contra la Unión Soviética.

A esto respondía el curso y la orientación principales de la política de las grandes potencias capitalistas en vísperas de la segunda guerra mundial.

A esto respondía la política de abierta hostilidad hacia el pueblo español y de ayuda a los sublevados fascistas, de los gobiernos de los Estados Unidos, de Francia y de Inglaterra, en el transcurso de nuestra guerra nacional contra la sublevación militar fascista y la intervención italo-alemana.

Y a manera de inciso, y para que nuestro pueblo comprenda mejor lo que puede esperar de los Estados Unidos, conviene recordar que si Hitler y Mussolini ayudaron a Franco con sus ejércitos y su aviación, los Estados Unidos, como lo confiesan ahora los propios franquistas, les facilitaron el transporte y la gasolina que necesitaban en la lucha contra la República, en la lucha contra el pueblo español.

La criminal política de pisoteamiento de los derechos de los pueblos, de violación de los acuerdos internacionales, de opresión terrorista de las masas, de agresiones y de guerras, realizada por el imperialismo, no le dió los resultados apetecidos, rabiosamente deseados, y que consistían fundamentalmente, en el aplastamiento o en el debilitamiento mortal de la Unión Soviética.

La segunda guerra mundial no debilitó a la Unión Soviética, como pensaban los iniciadores e inspiradores de guerra, sino al imperialismo en su conjunto.

La Unión Soviética ha salido de la guerra reforzada y fortalecida en todos los aspectos, ha crecido su influencia en el mundo, mientras que del sistema capitalista se ha desprendido un grupo importantísimo de países en los que antes reinaba el capitalismo « por la gracia de Dios ».

Los acontecimientos que hemos vivido, que vivimos cada día, muestran lo artificiosa y falta de fundamento científico de la llamada sociología burguesa que los ideólogos del imperialismo y de la socialdemocracia han tratado de oponer al marxismo-leninismo, a la teoría del socialismo científico, a la teoría de la revolución proletaria.

El mundo no va hacia un supercapitalismo bajo la égida del grupo imperialista más fuerte, como afirman los teorizantes imperialistas y socialdemócratas, sino hacia el comunismo, hacia la sociedad sin clases. Y ésto no porque lo decidan los comunistas, sino porque a ello conduce inevitablemente el desarrollo histórico de la sociedad.

Y la ceguera de la burguesía, sus desesperados esfuerzos por frenar este desarrollo, vuelcan sobre los pueblos indecibles sufrimientos, pero no pueden impedir la acción de las leyes del desarrollo histórico. Y sus planes criminales, se vuelven a veces contra ella misma.

Ahí están los hechos metiéndose por los ojos. Como resultado de la primera guerra mundial, que fué también la primera expresión abierta, violenta, de la crisis general del capitalismo, un inmenso país, Rusia, ocupando la sexta parte del mundo, se desprendió del sistema mundial capitalista y en ella se estableció la dictadura del proletariado, abriéndose con ello para la humanidad la entrada en una nueva era : la era del Comunismo.

Después de la segunda guerra mundial, del campo del imperialismo se han separado Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía, Albania, la República Democrática Alemana, Corea del Norte, China y ahora, recientemente, el Vietnam, que son gobernados y dirigidos por la clase obrera y fuerzas democráticas progresivas, y que junto con la Unión Soviética constituyen el campo de la paz, de la democracia y del socialismo, cuyo volumen demográfico abarca a más de 900 millones de seres humanos.

Y no solo ésto , en todos los países coloniales que vivían aplastados y oprimidos por el imperialismo, fermenta la lucha nacional-liberadora y estos países, de reserva del imperialismo, se convierten en reservas del movimiento democrático mundial, en reservas del socialismo.

En los años de reacción y de fascismo que precedieron a la segunda guerra mundial, el odio zoológico, terrorista, contra el progreso y la

democracia, de las castas y camarillas imperialistas gobernantes, estaba dirigido fundamentalmente contra los Partidos Comunistas, porque los Partidos Comunistas eran la única fuerza que se oponía a su política reaccionaria; eran los únicos que llamaban a las masas a defenderse y a oponer resistencia a la política reaccionaria, fascista y agresiva del imperialismo.

Y, ¡signo de los tiempos!... En los países que se han separado del sistema imperialista, bajo la dirección de los Partidos Comunistas, de esos partidos que vivieron en la ilegalidad y que fueron diezmados por el terror y las persecuciones, los pueblos forjan su propio destino y marchan hacia el socialismo, mientras que sus opresores y perseguidores han sido barridos del Poder sin posibilidad de retorno.

Lección elocuente que no deberían olvidar aquellos que todavía piensan que, persiguiendo a los comunistas, aislando a los comunistas y desencadenando nuevas guerras, podrán detener el curso de la historia en el punto conveniente a sus intereses de clase o de grupo.

Especialmente podría ser provechosa esta lección para los dirigentes socialdemócratas que, paso a paso, han ido transformando los partidos socialistas obreros, primero en partidos reformistas, sin ningún contenido de clase, y más tarde, en partidos socialdemócratas al servicio del imperialismo.

La historia de los últimos cuarenta años muestra que sin la colaboración de los dirigentes socialdemócratas, sin la complicidad de los dirigentes socialdemócratas, ni el fascismo hubiera podido establecerse en ningún país, ni el imperialismo podría llevar adelante sus criminales planes de agresión.

Hace cuarenta años que la burguesía imperialista desencadenó en agosto de 1914 la primera guerra mundial.

En aquella época, el movimiento obrero, excepto en Rusia, estaba en manos de los socialdemócratas reformistas, que desde los primeros días de la guerra se colocaron al lado de la burguesía de sus países respectivos prolongando la matanza de los pueblos.

La socialdemocracia mostró su cara reaccionaria no solo apoyando la guerra de la burguesía contra los pueblos, sino ayudando a la burguesía en su lucha contra la Revolución Socialista de Octubre, contra el primer Estado socialista del mundo.

Hundidos en el pantano reformista, los dirigentes socialdemócratas de todos los países, después de la primera guerra mundial, se esforzaron por imponer a la clase obrera una política de renunciamento a la lucha y de no resistencia al fascismo, llegando a propagar la falsa idea de una etapa fascista para la humanidad, como lo hizo el «teórico socialista» belga De Man, hermano gemelo del también «teórico» Araquistain, con lo que desarmaban políticamente a los trabajadores, dejándolos inermes ante la ofensiva reaccionaria y fascista.

En las cumbres de la socialdemocracia internacional no había fuerzas para luchar contra la reacción imperialista. Pero en cambio sobraban estas fuerzas para atacar y denigrar a la Unión Soviética, y ayudar a la burguesía en sus agresiones antisoviéticas; para engañar y confundir a las masas obreras que creían en ellos, introduciendo en sus conciencias mentiras y falsedades monstruosas sobre el primer País Socialista del mundo, desfigurando el marxismo y sirviendo de éste como de cobertura a su política antiproletaria y contrarrevolucionaria.

Los dirigentes socialistas de derecha han seguido hasta ahora ese mismo camino, justificando y apoyando los planes agresivos del imperialismo norteamericano; mostrándose decididos defensores del plan Marshall, del plan Truman, del Bloque Atlántico, de la O.T.A.N., de la Comunidad europea de defensa, del rearme alemán.

Sin embargo, la tenaz lucha de las masas por la paz y contra la política imperialista de agresión y de guerra, no transcurre en vano. Dirigentes socialistas bien conocidos por su antisovietismo y anticomunismo, como Jules Moch y Daniel Mayer en Francia, como Ollenhauer en Alemania, Bevan en Inglaterra y otros, se han visto obligados a tener en cuenta las aspiraciones de las masas, a modificar sus posiciones y a tomar actitudes más positivas en las cuestiones de la paz de la cooperación internacional.

Esto demuestra que a pesar de todas las dificultades, es posible frenar las fuerzas de la agresión si somos perseverantes en nuestra lucha por la paz y por la unidad de todas las fuerzas contrarias a la guerra.

De esa política de apoyo al imperialismo americano que caracteriza a casi todos los partidos socialistas, es partidaria también la mayoría de los dirigentes del Partido Socialista Obrero Español, aunque tal política no corresponde ni a los sentimientos de la clase obrera española, ni a los intereses del pueblo español.

Por si de algo les valiese, que me permitan los compañeros socialistas recordales, que allá donde los dirigentes socialistas se empeñaron en mantener hasta el fin una política antirrevolucionaria, defendiendo los intereses de la burguesía, se han hundido para siempre al hundirse el régimen en que se sustentaban y al que apoyaban frente a la clase obrera, y frente a todo el pueblo.

Y por el contrario, allá donde los dirigentes socialistas han rectificado su política antimarxista y antiproletaria son respetados y queridos por el pueblo; participan activamente en toda la vida social y marchan hombro con hombro con los comunistas y con todo el pueblo en la construcción del socialismo, como el camarada Fierlinguer en Checoslovaquia, Zirankievich en Polonia, Grotewohl en la Alemania Democrática y tantos otros en los diferentes países de democracia popular.

Recordar esto no es ocioso, porque muchas veces, los dirigentes socialistas españoles han argüido, para negarse a la unidad de acción con los comunistas, que lo que éstas quieren con su política de unidad es eliminar a los socialistas.

Y esto no es así. Lo que nosotros queremos eliminar es la dominación de la oligarquía financiera-terrateniente. Lo que los comunistas quieren, es acabar con el franquismo, es establecer en España un régimen democrático y para ello, estamos dispuestos a unirnos con todos los antifranquistas, con todos los demócratas y en primer lugar con los socialistas.

Cuando vemos a socialistas tan destacados como Indalecio Prieto, pronunciarse públicamente contra el pacto yanquifranquista, expresando al mismo tiempo su fe en el triunfo del socialismo, aunque sus concepciones socialistas difieran profundamente de las nuestras, saludamos sus afirmaciones, y creemos que hay un gran terreno donde actuar juntos en la lucha contra el franquismo, en la lucha por el socialismo, sin confundirnos ni estorbarnos.

De la unidad de acción de los dos Partidos obreros, que es exigida por la lucha contra la reacción fascista, solo beneficios pueden obtener los trabajadores y fuerzas democráticas de nuestro país, aunque otra cosa piensen y sostengan los comunistóforos de aquí y de allá.

La política de división del movimiento obrero, es una de las principales armas empleadas por el imperialismo para el aplastamiento de las fuerzas de la democracia y del socialismo y en la preparación y desarrollo de la guerra.

Cuando tan claros aparecen los fines del imperialismo, especialmente por lo que a España se refiere, no es posible prolongar por más tiempo la división del movimiento obrero y democrático, la división de las fuerzas de oposición antifranquista, porque ello entraña gravísimos riesgos para la vida y la seguridad de nuestro pueblo y nuestra Patria.

Y como iniciación de la unidad de las fuerzas antifranquistas, el Partido Comunista, a pesar de las diferencias que nos separan, propone al Partido Socialista la unidad de acción para la lucha contra el franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en España.

SITUACION INTERNACIONAL

Decía al comienzo de mi informe, que vivimos en una época en la que el mundo se transforma revolucionariamente.

Y en efecto, la derrota del bloque hitleriano-fascista en la segunda guerra mundial y la victoria de la Unión Soviética, han cambiado la relación de fuerzas entre los dos sistemas, el socialista y el capitalista, a favor del sistema socialista.

A la pérdida por el capitalismo del grupo de países señalados anteriormente, y con ellos, de inmensas zonas de dominio y de influencia, de fuentes de materias primas y de reservas humanas, se une otro hecho de excepcional importancia de tipo económico, que se deriva, naturalmente, de la existencia de los dos campos en presencia : del campo imperialista, dirigido por los Estados Unidos, y del campo de la democracia y del socialismo, encabezado por la Unión Soviética.

Y este hecho, decisivo para la marcha de la economía mundial, es que ha dejado de existir el mercado único mundial, y que frente a él, por la misma fuerza de los acontecimientos, ha surgido el mercado del campo de la democracia y del socialismo, que se desarrolla paralelo al mercado de los países del campo imperialista.

Con una característica particular a favor del campo del socialismo, y es, que el mercado del socialismo, a diferencia del mercado del campo imperialista, no conoce las dificultades de venta y de competencia inherentes al sistema capitalista.

Que este mercado socialista se desarrolla incesantemente, ya que el crecimiento constante de la producción en los países del campo democrático tiende a la elevación general del bienestar de las masas y no conoce, y no puede conocer, las crisis de superproducción y de saturación del mercado capitalista, pues amplía cada día su capacidad de absorción, porque también cada día se eleva el nivel de vida y crece el poder adquisitivo de la población de los países que componen el mercado del campo del socialismo.

Como resultado de la formación de este mercado, paralelo al mercado capitalista, se ha reducido extraordinariamente la esfera de explotación de los recursos mundiales por los principales países capitalistas y ha creado por el capitalismo un mayor desequilibrio económico, agravado por la militarización de su industria, que lleva a nuevas crisis y catástrofes económicas.

Los Estados Unidos, sirviéndose de los colosales beneficios obtenidos de la guerra, han tratado de desarrollar unos planes fantásticos de conquista del mundo, presentándose como protectores de los países que habían participado en la lucha, ofreciéndoles de llamada ayuda del « Plan Marshall » o del « Plan Truman », cuyos verdaderos objetivos eran una trampa para someter económica y políticamente a los países que aceptasen su ayuda.

Los Estados Unidos, que han comprometido a una serie de países en su política agresiva, no necesitan ya de la máscara filantrópica del Plan Marshall. Hoy aparecen con su verdadera cara de explotadores y esclavizadores de pueblos, como fuerza desorganizadora de la economía de los demás países capitalistas.

Ya no se habla de la ayuda americana, sino de los créditos americanos. Y no se prestan estos créditos con el pretexto de reconstruir los países devastados por la guerra, sino que explícitamente se dice son para armamento, son para obligar y comprometer a los países que reciben estos créditos en los planes de agresión y de guerra de los imperialistas yanquis.

Los Estados Unidos, olvidando la lección recibida por la Alemania hitleriana, pensaron que les sería fácil con ayuda de los gobiernos que han caído bajo su dependencia económica y política imponer el dominio del capitalismo americano de un extremo a otro de la tierra.

En esta dirección, los imperialistas yanquis, después de terminarse la guerra contra el bloque de potencias fascistas, y aún antes, en el mismo transcurso de la guerra, comenzaron a poner en práctica un extenso plan de orden militar, económico y político.

Este plan ha ido desarrollándose de manera simultánea en tres direcciones : conquista de bases estratégicas militares, expansión económica y lucha ideológica.

Con la complicidad de las clases dirigentes de los países capitalistas, que venden por dólares la independencia y soberanía nacionales, los imperialistas yanquis han logrado establecerse en importantes lugares estratégicos del mundo, con el pretexto de defender las fronteras de los Estados Unidos que se hallan a miles de kilómetros de estas bases.

La degeneración de la gran burguesía y su transformación en una fuerza cosmopolita antinacional, ha facilitado el desarrollo de los planes de sojuzgamiento del imperialismo yanqui, prestándose voluntariamente a someter sus países a una potencia extranjera. En esto han sido ayudados por la política de los dirigentes socialdemócratas, que de consuno con la burguesía han proclamado sobrepasadas la independencia y soberanía nacionales.

Incluso países que fueron tan potentes y celosos de su independencia como Inglaterra y Francia, han permitido a los Estados Unidos establecer bases militares en su propio territorio. Y los yanquis actúan en estos países como en terreno conquistado.

Y no hablemos ya de los países fascistas derrotados, como el Japón y la Alemania occidental, en los cuales, los americanos son los verdaderos amos, los dirigentes de la política interior y exterior de estos países, lo que igualmente ocurre, en mayor o menor grado, en el resto de los países que han recibido créditos de los Estados Unidos.

Pero las bases estratégicas y el rearme de los países occidentales, así como la militarización de la industria americana, no pueden impedir el desarrollo de la crisis económica en los propios Estados Unidos, ni la crisis de su política exterior, que se manifiesta en el crecimiento de la resistencia a la presión americana en todos los países y que ha sido puesto de relieve con fuerza singular en las conferencias de Berlín y de Ginebra.

Por ello, a la obtención de bases estratégicas va unida, como complemento lógico, la expansión económica de los Estados Unidos. Con los créditos americanos, el imperialismo yanqui trata de asegurarse nuevas esferas monopolistas de inversión de capitales y de venta de mercancías que retrasen el estallido de una crisis económica de superproducción cuyos primeros síntomas comienzan a aparecer en los Estados Unidos.

En la primavera de 1954, según informan los sindicatos americanos, se empleaba en los Estados Unidos solamente de un 64 a un 68 por ciento de su potencial productivo, y la industria automovilística en un 70 por ciento.

La producción de maquinaria agrícola en enero de este año, en comparación con enero de 1953, había disminuido en un 29 %, y la industria textil en un 20 %, en comparación con mayo de 1953.

La carga de los ferrocarriles americanos, descendió en un año en un 11 %, y los almacenes están llenos de mercancías cuyo precio se evalúa en ochenta mil millones de dólares.

La situación de los Estados Unidos se complica aún más por la crisis agraria. En 1953, los ingresos de los granjeros, por la caída de los precios de los productos agrícolas, el aumento de los precios de los productos industriales y la reducción de los mercados, disminuyeron en un 16 %.

Al final de 1953, el valor de los productos agrícolas acumulados sin posibilidad de venta, alcanzaban a seis mil millones de dólares.

A esto se une la existencia de más de cinco millones de parados totales en los Estados Unidos, número que no tiende a disminuir sino a aumentar. Y esto sucede cuando la crisis económica no ha hecho más que iniciarse.

Yo he querido dar estos breves datos de la situación económica en los Estados Unidos, para hacer comprender a aquellos que en nuestro país han creído que la ayuda americana podría contribuir a desarrollar la industria y la agricultura españolas, que de los americanos, ni la industria ni la agricultura de nuestro país pueden esperar nada positivo. Los americanos tienen bastante, y de sobra, con buscar colocación a sus mercancías tanto agrícolas como industriales, para dedicarse a incrementar la agricultura y la industria españolas.

Aprovechándose de su situación privilegiada, cuanto más difícil es

la situación económica de un país, tanto más gravosas son las condiciones que le imponen los monopolistas americanos.

Esto explica las humillantes condiciones que han sido impuestas a España y aceptadas por Franco en el pacto yanquifranquista.

En la política del imperialismo se considera normal y lógico que quien presta el dinero, dicte normas políticas y económicas. Dentro de la lógica rapaz del imperialismo, ésto es natural, a impuesto nos la necesidad de garantizarse los créditos entregados.

Así vemos como los gobiernos que han recibido dólares de los americanos son forzados con groseras presiones y violencias intolerables a seguir las directivas de Washington, tanto en su política interior como en sus relaciones exteriores.

En el desarrollo de sus planes de agresión y conquista, los imperialistas yanquis se apoyan en las fuerzas reaccionarias y antidemocráticas de todos los países y rearmen y sostienen a sus adversarios militares de ayer contra sus propios aliados en la guerra.

Es rearmada la Alemania hitleriana y el Japón imperialista, y al Bloque Atlántico es incorporada por la puerta de servicio la España franquista, al mismo tiempo que quieren obligar a Francia, con la complicidad de los dirigentes socialistas, a convertirse en azafata de los revanchistas hitlerianos.

Los hechos muestran más elocuentemente que todos los discursos el verdadero propósito de la prestación de créditos americanos. Los créditos americanos entrañan la obtención de bases y ésto condiciona a aquellos.

Una tal política, que lleva aparejada la liquidación de la soberanía e independencia nacionales, va, naturalmente, acompañada de una encarnizada lucha ideológica.

Esta lucha ideológica, en la que son empleados como peones de brega desde el Vaticano y los más encopetados ideólogos del capitalismo hasta los detritus sociales más repugnantes arrojados de las filas del movimiento obrero revolucionario, va en tres direcciones: en primer lugar contra la Unión Soviética, contra China y contra las democracias populares.

En segundo, lugar, contra la soberanía e independencia nacionales de los pueblos, tratando de demostrar que la independencia y la soberanía nacionales son conceptos y derechos anticuados a los que los pueblos deben renunciar a favor de la dirección supranacional americana.

Y en tercer lugar, contra todas las fuerzas progresivas nacionales, especialmente contra los comunistas, porque son ellos quienes principalmente defienden las libertades y derechos de los pueblos y la soberanía e independencia nacionales de cada país, frente a sus detractores, frente a las fuerzas reaccionarias nacionales prestas a convertir sus países en colonias yanquis.

Repitiendo lo ocurrido en vísperas de la segunda guerra mundial, los imperialistas americanos intervienen en el mundo no solo como fuerzas agresoras contra los pueblos libres ... y Corea y Guatemala, aunque diferentes en la forma de la agresión, son ejemplos demostrativos ...

sino como fuerza policiaca que persigue y reprime a las fuerzas democráticas en todos los países, y que trata de establecer dictaduras terroristas-fascistas, prestas a ejecutar sus órdenes y sus mandatos.

Los imperialistas americanos rearmen a Alemania tratando de hacer de ella el centro de una llamada « Comunidad de defensa europea », con propósitos de agresión bien perfilados y definidos contra los países y pueblos democráticos, especialmente contra la Unión Sovietica.

Sin embargo, y a pesar de sus dólares y de sus amenazas, no han podido realizar hasta ahora sus propósitos porque por encima de la disposición a la traición nacional de las castas dirigentes de los países capitalistas, las masas populares han expresado firmemente su voluntad de paz y de resistencia a ser convertidas en carne de cañón y en servidores de amos extranjeros.

Gracias a esta decisión de las masas y de las fuerzas nacionales patrióticas que no aceptan para sus países el yugo extranjero, los planes de los imperialistas sufren un fracaso tras otro.

Una expresión elocuente de la repulsa de los pueblos a la política de agresión americana, además de las Conferencias de Berlín y de Ginebra y de la paz en Indochina, ha sido la decisión de la Asamblea Nacional francesa rechazando la llamada Comunidad europea de defensa, que privaba a Francia y a los países de Europa occidental de su soberanía y los colocaba al servicio de los planes americanos de agresión, dando en este bloque una posición privilegiada a los militaristas alemanes.

El imperialismo americano ha estado presionando brutalmente a Francia para obligarle a aceptar dicho tratado, amenazándola con el aislamiento internacional y con el cerco desde Alemania y desde la España franquista.

El pacto de los americanos con Franco es una pieza esencial de esa política de presión, no solo en la metrópoli, sino en Marruecos, donde las intrigas antifrancesas de los franquistas se multiplican en los últimos tiempos bajo la instigación de los americanos, interesados en desplazar a Francia del Norte de Africa.

La negativa de la Asamblea francesa a aprobar la Comunidad europea de defensa es una gran victoria del pueblo francés y de todos los pueblos contra los promotores de guerra.

Francia no solo no ha quedado aislada, sino que ha fortalecido su situación internacional.

Y por lo que se refiere al pacto yanquifranquista, el pueblo español impedirá con su lucha, que España sea utilizada por los yanquis contra la Francia democrática.

Desde esta tribuna yo saludo al pueblo francés por su victoria y al gran Partido Comunista Francés, por su lucha firme y tenaz en la defensa de la soberanía nacional y de la paz, lucha que ha permitido alcanzar esta victoria sobre los incendiarios de guerra.

Los imperialistas americanos no han conseguido el bloqueo económico del campo del Socialismo; ellos no han logrado más que en grado mínimo la realización de sus planes. Y por el contrario, las contradicciones

y fisuras en el bloque imperialista, son cada día más profundas como se pone de manifiesto en la diferencia de posiciones sobre distintos problemas de orden internacional, entre los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Esto exacerba a los círculos más rabiosamente agresivos de los Estados Unidos, que insisten públicamente en la necesidad de terminar con la guerra fría y comenzar la tercera guerra mundial, con la que esperan imponer al mundo su dominación.

Y esa falsificación permanente de los hechos, esos alardes de fuerza y torpes amenazas de aplicación masiva de armas atómicas y nucleares, esa resistencia permanente a resolver las diferencias y conflictos existentes por la vía pacífica, son medios de presión y de coacción, con los cuales, los imperialistas americanos quieren preparar el terreno para llegar a la agresión abierta, para llegar al desencadenamiento de la tercera guerra mundial.

En contraste con esta política de amenazas, de histeria de guerra, de provocaciones, de agresiones, de intromisión en los asuntos internos de otros países, se levanta el campo de la paz, de la democracia y del Socialismo presidido por la Unión Soviética, que realiza una política sistemática, permanente, invariable, de paz y de amistad con todos los pueblos, con todos los países.

Frente a la política agresiva y de preparación acelerada de guerra y de mantenimiento de la división de Europa que llevan a cabo los imperialistas yanquis, la Unión Soviética propuso en la Conferencia de Berlín la firma de un Pacto Europeo de Seguridad Colectiva, en el cual participaran todos los países sin distinción de régimen social, dispuestos a mantener y defender la paz.

Esta propuesta de pacto europeo responde completamente a los intereses de la seguridad de los pueblos y al respeto de la independencia nacional de los países, tiende a liquidar la tensión en Europa y en todo el mundo y facilitar la preparación de las condiciones para la reunificación de Alemania sobre bases democráticas y pacíficas.

La propuesta soviética ha encontrado el caluroso apoyo de millones de hombres y mujeres en todo el mundo capitalista. Con esa propuesta la Unión Soviética, interpretando la voluntad de los pueblos amantes de la paz, ha dado una nueva prueba de su decisión de hacer todos los esfuerzos posibles para impedir una nueva guerra mundial y por la coexistencia pacífica entre los países de diferentes sistemas políticos y sociales durante un largo período.

La importancia y trascendencia de la propuesta de pacto de Seguridad Colectiva de Europa han obligado a círculos políticos destacados de países capitalistas como Francia e Inglaterra a declarar que dicha propuesta debe ser examinada atentamente.

Ante los progresos que se van realizando en la consolidación de la paz en el Extremo Oriente, con la firma del armisticio en Corea y la paz en Indochina, los imperialistas yanquis intensifican sus coacciones descaradas para la firma de un llamado pacto de seguridad del Sureste Asiático, que como el Pacto Atlántico es un pacto de agresión y de guerra.

Con su firme política de paz, la autoridad internacional y el pres-

tigio de la Unión Soviética crecen y se desarrollan en todo el mundo.

Por primera vez en la historia un Estado poderoso defiende consecuentemente y practica una política de paz, de amistad y de respeto mutuo entre los países grandes y pequeños.

Por primera vez en la historia, las fuerzas gigantescas de un gran país, la Unión Soviética, el país más grande de la tierra, son puestas al servicio de la causa de la paz mundial y no son utilizadas para la conquista de territorio de otros países, ni para avasallar a ningún pueblo. Y esto ocurre porque la Unión Soviética es el País del Socialismo, en el cual se construye victoriosamente el comunismo y cuyos intereses son consubstanciales con la paz y coinciden con el progreso, el bienestar y la felicidad de los pueblos.

Y el pueblo español, como todos los pueblos pacíficos, siente una gran alegría ante cada victoria soviética, tanto en el orden interior como en el camino de la disminución de la tensión internacional, está interesado en que se llegue a la firma del Pacto de Seguridad Colectiva, porque ello significaría el alejamiento de los peligros de guerra que se derivan del pacto yanquifranquista.

La política exterior soviética, la política de China y de los países de democracia popular, es una política de consecuente aplicación de los principios democráticos proclamados por los aliados en la guerra contra el hitlerismo.

La Unión Soviética y los países de democracia popular han luchado y luchan por una paz democrática y duradera; luchan por destruir los restos del fascismo; por impedir el renacimiento del militarismo alemán; por consolidar el principio de igualdad de derechos de los pueblos; por la reducción general de los armamentos; por la prohibición de las armas atómicas.

Los repetidos fracasos de las fuerzas de la guerra y las victorias de los pueblos que defienden su soberanía y su libertad; el impetuoso desarrollo del campo de la paz que constituye un poderoso freno a la demencia agresiva de los imperialistas, si bien justifican nuestro optimismo sobre la posibilidad de la victoria de las fuerzas de la paz sobre las fuerzas de la guerra, no pueden de ninguna manera, ni adormecer nuestra vigilancia, ni debilitar la lucha por la paz en cada país.

La lucha por la paz es una cuestión vital para cada pueblo, para cada hombre. Los que al iniciarse el movimiento de la paz, que hoy abarca a todos los continentes, y en el que participan centenares de millones de hombres y mujeres, dudaban de su eficacia, hoy pueden convencerse de que no tenían razón.

El movimiento de la paz ha sido un poderoso freno a la agresividad de los imperialistas. Y gracias a su actividad han podido ser movilizadas contra la política de guerra e interesadas en el mantenimiento de la paz, masas de millones de gentes y personalidades destacadas en todos los países y en en todos continentes, que se oponen a la guerra, que defienden la paz e impiden que los planes agresivos de los imperialistas pasen a vías de ejecución.

Más a pesar de los éxitos logrados en este terreno, no es posible

conformarse con lo obtenido, sino que es obligatorio ganar cada día nuevas batallas por la paz, ya que los imperialistas yanquis no han renunciado y no renunciarán fácilmente a sus planes criminales. Los acuerdos de la Conferencia de Londres sobre el rearme alemán, después del fracaso de la llamada Comunidad Europea de Defensa, que entrañan una gravísima amenaza a la paz y seguridad internacionales son una buena demostración de esto. Y solo la acción enérgica y decidida de los pueblos puede cerrar el camino a la agresión, el camino a la guerra.

Esto es particularmente importante para nosotros, españoles, ya que con el pacto yanquifranquista nuestro país ha sido convertido en una base atómica, en una base de agresión y de guerra del imperialismo yanqui.

ESPAÑA EN LA COYUNTURA INTERNACIONAL

España ha perdido su soberanía nacional, ha sido convertida en un vasallo de los Estados Unidos.

Este es uno de los aspectos más graves, desde el punto de vista nacional, del pacto yanquifranquista.

Hay un abismo tan enorme entre lo que Franco da a los americanos y lo que España recibe de éstos, que este pacto infame y monstruoso, solo puede comprenderse viéndolo desde el ángulo de un régimen que se hunde y que tiene necesidad del apoyo exterior para sostenerse frente a todo el país.

Este pacto confirma lo que los comunistas hemos afirmado siempre: que el franquismo es un régimen antinacional, un régimen extraño a los intereses de España y que sólo puede mantenerse con ayudas exteriores.

Según el pacto, el gobierno franquista 'autoriza al gobierno de los Estados Unidos, con sujeción a los términos y condiciones que se acuerdan, a desarrollar, mantener y utilizar para fines militares, juntamente con el gobierno de España, aquellas zonas e instalaciones en territorio bajo jurisdicción española, que se convenga por las autoridades competentes de ambos gobiernos, como necesarios para los fines de este convenio ».

¿ Cuántas y cuáles son estas razones? Esto no está escrito en el convenio. Pero lo que conocemos hasta ahora, muestra que las concesiones a los Estados Unidos no tienen límites. Se habla de cuatro grandes aeródromos en Madrid, Zaragoza y en Sevilla, aeródromos que los propios franquistas declaran ser para aviones portadores de bombas atómicas.

Sin embargo, estos cuatro aeródromos no son más que una parte de los que se están construyendo para los americanos en España. El gobierno franquista construye aeródromos y aeropuertos militares destinados a los yanquis en toda la Península, especialmente en las regiones ribereñas del Atlántico. En Galicia y Santander, según « Le Figaro », de París, se han construido, además, bases secretas submarinas.

Los americanos disponen de las bases vales principales del Atlántico y del Mediterráneo, que están siendo ampliadas y acondicionadas para recibir en ellas portaaviones; y la estancia permanente de escuadras ame-

ticanas en aguas españolas es bien significativa, en relación con lo que el pacto representa para España.

Según reciente información, los americanos construyen en Cartagena rampas para el lanzamiento de proyectiles atómicos y de aviones sin piloto radioteleguiados.

Los Estados Unidos son autorizados por el pacto « a preparar y mejorar las zonas e instalaciones convenidas para uso militar, y realizar en cooperación con el gobierno de España las construcciones necesarias a tal fin para acuartelar y alojar el personal civil y militar indispensable en las mismas, y atender a su seguridad, disciplina y bienestar, almacenar y custodiar provisiones, abastecimientos, equipo y material, y a mantener y manejar las instalaciones y servicios en apoyo de dichas zonas y de su personal ».

Si se tiene en cuenta que en el Convenio no existen limitaciones de zonas ni de instalaciones, esto significa que España entera puede ser convertida por los americanos en una amplia base militar, de la que podrán disponer a su capricho, sin que las autoridades franquistas que han hecho « a priori » dejación de la soberanía española, puedan impedirlo.

A este respecto, son interesantes las declaraciones de mister Talbott, ministro de la Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, que a las preguntas de un periodista sobre que si en caso de guerra las bases españolas podrían servir como centro de partida de agresiones atómicas, respondió cínicamente : « ¿Quién podría impedirlo ? ».

El pacto yanquifranquista es un pacto de guerra. Un pacto antinacional que pone en manos de una potencia extranjera el derecho a disponer del territorio español para una guerra de agresión.

Esto es confirmado por los propios jefes militares españoles que sin ningún rubor se vanaglorian de ello, ponderando la gran importancia estratégica de España.

En « El Español » del 14 de marzo de 1954, se ha publicado un artículo firmado por un coronel del ejército franquista, donde se dice lo siguiente :

« Las bases aéreas continentales son todas útiles, pero no suficientes. Las de Alemania y Francia están demasiado amenazadas. Las de otros países son harto intranquilas. Además, la Península Ibérica cierra muy bien el boquete aéreo existente entre el Occidente europeo, Alemania, Francia e Inglaterra y el frontal mediterráneo, Italia, Norte de Africa, Grecia y Turquía. Las bases españolas completan el dispositivo occidental, son las más seguras de Europa por su posición y por garantizarlas la barrera pirenaica y porque su suministro desde América, de material y combustible, resulta más fácil, corto y seguro que el de cualquier otra base de Europa o de Africa ».

El pacto yanquifranquista pone en manos de una potencia extranjera el control de la defensa, de la seguridad y de la economía españolas.

El pacto yanquifranquista es una abdicación de la soberanía del Estado español en beneficio del imperialismo yanqui, que apoyándose en

los derechos que el infame pacto le concede, transforma España en un polvorín atómico, desviando de los Estados Unidos y centrando en la Península los riesgos que puede comportar la respuesta a una agresión atómica.

Con el pacto yanquifranquista, a pesar de lo que opina el « teórico » socialdemócrata señor Araquistain, cuyas opiniones tienen cordial acogida en la prensa franquista, Franco no ha sacado a España de su aislamiento secular.

Fue el pueblo español, fueron las masas trabajadoras españolas, al hacer frente con las armas a la sublevación militar fascista en 1936, quienes con impulso heroico y patriótico destruyeron la leyenda pintoresca, tejida por la reacción internacional sobre nuestro país, y colocaron a España en las avanzadas de la lucha mundial de los pueblos contra la agresión fascista-imperialista.

Lo que ha hecho Franco es colocar nuestro país al nivel de un país colonial o dependiente, colocar España en situación similar a la de Formosa o a la de Corea del Sur.

El pacto yanquifranquista somete la economía española a una dependencia cada vez más estrecha de los planes militares de los Estados Unidos, llevando con ello la ruina y la bancarrota a amplias zonas de la industria, del comercio y de la agricultura que no pueden sostener las cargas que impone el curso armamentista, el curso de guerra de la política franquista, que está haciendo aún más insostenible la vida de las masas trabajadoras.

Por ello, la lucha de la masas populares contra la dictadura fascista del general Franco, cobra un nuevo aspecto, adquiere un nuevo contenido. desborda los marcos de la lucha entre las fuerzas democráticas y el régimen fascista, para convertirse en la lucha de todo el pueblo, en una lucha nacional de todas las fuerzas interesadas en la independencia de España, en la pervivencia de España como país independiente y soberano y contra la política de guerra del franquismo, contra la transformación de España en un polígono de bombas atómicas, en un inmenso osario.

Y a nosotros, como Partido Comunista, nos incumbe la obligación de examinar la situación de manera objetiva, sin dejarnos impresionar ni por la propaganda franquista, ni americana, ni por el pesimismo de los que esperaban que el problema español se resolviese « por la voluntad de Dios padre ».

Debemos ver lo que hay de positivo y de negativo en la situación actual; extraer de este análisis nuestras conclusiones y decir a las masas la verdad, sin veladuras ni eufemismos, como lo ha hecho siempre el Partido Comunista.

Este, no solo es necesario, sino urgente e imprescindible, para armar ideológicamente a las masas, y darles confianza en el futuro, mostrándoles las inmensas posibilidades de victoria que existen para las fuerzas democráticas, mostrándoles el talón de Aquiles, el punto vulnerable del régimen franquista.

Y esto es urgente e imprescindible, repito, porque la política proamericana defendida y sostenida permanentemente por los dirigentes socialistas, anarquistas y republicanos, llevando el equivoco y la confusión a las filas

del ant.franquismo, debilitó la resistencia popular y limpió de obstáculos el camino del entendimiento entre Franco y los Estados Unidos.

Aunque la camarilla franquista ha tratado de presentar el pacto yanquifranquista como un hecho político de alcance histórico, llamado a consolidar definitivamente la dictadura fascista en España, nosotros afirmamos, que el pacto yanquifranquista no es una prueba de la solidez del franquismo, sino de su debilidad.

Desde el punto de vista internacional, el pacto es una expresión más de las contradicciones entre los diferentes grupos imperialistas, y de la lucha de los americanos por desplazar a sus rivales ingleses y franceses de las posiciones que éstos han venido ocupando en el Mediterráneo, en Marruecos y en la propia España.

Lógicamente, hay que pensar que la resistencia a ser desplazados de estas posiciones, resistencia que es apoyada en España por la burguesía ligada a estos grupos capitalistas, no es un factor de consolidación del franquismo, sino de debilitamiento de éste.

Y ni todo el uranio de los Estados Unidos, ni los dólares empleados para comprar a Franco la soberanía española podrán impedir el derrumbamiento del régimen franquista, si las fuerzas de la oposición, tanto las democráticas como las conservadoras, no se dan por vencidas antes de librar las batallas decisivas.

El gobierno franquista, sometiendo la economía española a la oligarquía financiera monopolista y colocándola en dependencia de los Estados Unidos, atenta contra los intereses de ciertos grupos industriales, mercantiles y agrarios, a quienes frenan en su desarrollo; los cuales, es lógico pensar, no se resignarán y lucharán por impedir la bancarrota adonde les empuja la política franquista y por acelerar los cambios políticos que exigen la defensa de sus intereses.

¿ En qué condiciones, en qué situación ha sido firmado el pacto yanquifranquista, y cuáles serán, cuáles están siendo ya las consecuencias económicas de ese pacto en una España en crisis económica permanente, sin hablar ya de los riesgos de guerra que comporta para el futuro ?

Para responder a esa pregunta, hay que tomar España no como un islote sobre cuyos acantilados se estrella el oleaje de la crisis mundial, sin tocar los fundamentos de su estructura económica, sino como un país de capitalismo poco desarrollado, en el cual, la crisis general del capitalismo mundial y en la actual coyuntura, una de las más grandes crisis cíclicas en desarrollo, repercute con fuerza devastadora, haciendo mucho más aguda e insoluble la crisis de la economía española.

Es precisamente de esta situación de agudísima crisis, que el franquismo ha tratado de ocultar mintiendo una prosperidad que no existía, de lo que se han aprovechado los Estados Unidos para imponer a Franco las vergonzosas condiciones del Pacto y que éste ha aceptado con la ilusoria esperanza de salvar su sangrienta dictadura.

Pero el Pacto yanquifranquista no salvará al franquismo; y no le salvará porque existen condiciones objetivas que lo impiden y ante las cuales se estrellarán los planes de los imperialistas yanquis y de la camarilla franquista.

Podríamos hablar de manera general de todas las causas que determinan la imposibilidad de consolidación del régimen franquista. Pero yo quiero referirme a dos que son fundamentales: el fracaso del franquismo para crearse una base de masas, y la catástrofe económica adonde la dictadura fascista del general Franco ha conducido al país.

Examinemos en primer lugar la situación económica de España, a través de quince años de dominación franquista.

LA ECONOMIA DE ESPAÑA A LOS QUINCE AÑOS DE FRANQUISMO

Los dirigentes franquistas en el curso de estos quince años han declarado que el norte de su política económica era la industrialización del país. Se presentaban demagógicamente como una fuerza renovadora y patriótica, llamada a superar el secular atraso económico de España. Prometían que el resultado de su política sería el mejoramiento del nivel de vida del pueblo.

Quince años es un plazo más que suficiente para juzgar de la obra económica de un régimen. ¿Y qué balance ofrece la obra del franquismo?

Con la instauración del fascismo en España la oligarquía financiera monopolista-terrateniente, creyó asegurar eternamente su situación privilegiada, creyó haber terminado para siempre con las dificultades, con las luchas obreras, con las crisis.

Sus fáciles ganancias en el período de la segunda guerra mundial, trabajando para la máquina de guerra hitleriana y posteriormente para los americanos, la bárbara explotación a que han venido sometiendo a las masas trabajadoras, explotación que les permitía recibir beneficios fabulosos, les hizo creer que, efectivamente, con el establecimiento de un régimen terrorista, que reprimiese ferozmente todo intento de rebeldía de las masas, ya no tenían por qué preocuparse del futuro.

Pero la política del franquismo, en flagrante contradicción con las leyes objetivas generales de desarrollo de la sociedad, les ha llevado a una situación muy particular de aguda crisis, en la que comienza el resquebrajamiento de la economía y la lucha política por cambios en la dirección del país; es decir, les ha llevado a una situación donde se impone la necesidad de cambios revolucionarios de los que ellos pensaban haberse librado para siempre en 1939.

Franco ha frenado el desarrollo de las fuerzas productivas, manteniendo un nivel de vida bajísimo entre la clase obrera en primer lugar, y entre las masas populares en general.

Todo exige un cambio en España, todo está en crisis. La economía, la política, la moral, el arte, la literatura, la ciencia, la agricultura, la industria y el comercio. Y estos cambios exigidos por la necesidad de existir, de pervivir, de la sociedad española, no pueden evitarse, ni convirtiendo a España en un campamento militar yanqui, ni redoblando la explotación de las masas y el terror.

Y yo quiero, aunque sea a grandes rasgos, dar algunos de los hechos que expresan la crisis económica del franquismo, crisis que ni sus más allegados partidarios pueden ocultar ni negar.

La pregonada industrialización se ha transformado en militarización de la industria, primero al servicio de Hitler, y ahora al servicio de los planes de guerra del imperialismo norteamericano. Se han desarrollado aquellas empresas y sectores de la producción industrial que están ligados a la producción de armamento, a la construcción de bases militares, a la preparación de España para la guerra. Pero las ramas de la industria que producen para satisfacer las necesidades del pueblo, se encuentran estancadas o en franco retroceso.

La agricultura aún no recuperó el nivel anterior a 1936; el volumen del comercio exterior es muy inferior al de hace 25 años. El transporte se encuentra en un estado verdaderamente calamitoso. La inflación se desarrolla con ritmos catastróficos; la vida encarece incesantemente.

El nivel de vida de las masas populares ha descendido extraordinariamente en relación con el período republicano. La clase obrera recibe salarios cuyo poder adquisitivo es de tres a cuatro veces inferior al de 1935. Cientos de miles de campesinos se arruinan, pierden sus tierras y bienes o arrastran una vida miserable. El empeoramiento de las condiciones de vida afecta duramente a las capas medias, a los pequeños industriales y comerciantes, a los empleados del Estado.

En los últimos tiempos han surgido la crisis industrial y la crisis agraria de superproducción.

Cuando el nivel de la producción nacional fluctúa en torno al de hace veinte años, cuando millones de españoles no pueden vestirse ni calzarse, ni comer lo necesario, cuando la población ha aumentado en casi cuatro millones, los almacenes están abarrotados de tejidos, de calzados, de productos...! hay demasiados tejidos, demasiado calzado, demasiados alimentos, mientras millones de hombres no pueden comprarse un traje, mientras millones de familias no pueden alimentarse!

Tal es el balance económico del régimen franquista.

Pero hay alguien que se beneficia de este triste balance. Los beneficiarios de la miseria del pueblo, los explotadores de la miseria de las masas, es la oligarquía financiera, son un puñado de magnates de la Banca, de los monopolios industriales y comerciales, que han obtenido fabulosos beneficios en el período del franquismo, que siguen obteniéndolos de la política de guerra del Estado franquista y de la venta de España a los imperialistas yanquis.

LA MILITARIZACION DE LA INDUSTRIA

Una de las pruebas más evidentes de que la llamada política franquista de industrialización no es otra cosa en realidad que la militarización de la economía nacional, sin traducirse en ningún desarrollo industrial verdadero, es lo que sucede con el acero.

La producción de acero es uno de los índices más elocuentes de la industrialización de un país. A los quince años de franquismo, la producción de acero no ha recuperado aún el nivel de 1929. En 1953 se produjeron 904.296 toneladas contra 1.007.459 en aquella época. Es decir, que aún no llega al 90 %.

Y esa producción es tan defectuosa — debido a la vetustez de las instalaciones, que cerca de la tercera parte /299.366 T./ han tenido que ser enviadas de nuevo a los hornos como chatarra.

El descenso de la producción de laminados es todavía más fuerte que la del acero, llegando a un 29 %.

Consecuencia de ello, el lugar ocupado por España entre los países productores de acero, ha pasado del 14-avo en 1929 al 23-avo en 1953, superándonos en los últimos tiempos países como Brasil y Holanda.

Es significativo el contraste que ofrece este estancamiento de la producción de acero en España con los progresos realizados en un país como Hungría, de características semejantes a las de España, con una población tres veces menor, y cuya producción de acero era en 1929 la mitad de la de España, y que hoy produce casi el doble gracias al régimen de democracia popular.

Pero, además, esa producción de acero en España no significa que las industrias que trabajan para las verdaderas necesidades nacionales puedan disponer de esa producción. La capacidad de los astilleros destinados a la construcción de buques mercantes es de 130.000 toneladas anuales, pero la media anual de buques construidos en el decenio 1942-1952 ha sido tan sólo de 22.150 toneladas. Los astilleros trabajan, pues, al 17 % de su capacidad y ello, en gran parte, por la escasez y la irregularidad de los suministros de acero. La producción de railes ha descendido de 60.612 tn. en 1952 a 17.452 en 1953.

Con la misma dificultad tropieza la modernización de los ferrocarriles, cuyo estado ruinoso es uno de los más grandes obstáculos al desarrollo económico del país. Escasea el acero para la fabricación de locomotoras y railes. Si en 1929 se construyeron 142 locomotoras, en 1950 se fabricaron solamente 46. De vagones, el país cuenta con instalaciones para producir 12.000 unidades anuales. En 1951 se han producido 1.134, es decir el 9.45 % de las posibilidades.

La producción metalúrgica, según los datos oficiales, ha descendido en relación con la media de 1929-30-31. Pero incluso para alimentar esa producción disminuida es insuficiente el abastecimiento de acero.

Según datos del Boletín Oficial del Estado, la Sociedad Anónima «Guardiola», de Barcelona, por ejemplo, cuya capacidad de producción es de 340 hormigoneras y trituradoras, produce 160 /es decir, un 47%/ , la S.A. «Constructora de Máquinas Herramientas», cuya capacidad es de 1.000 máquinas anuales, produce 600; la empresa «Hijos de Domingo Gómez S.A.», principal industria de maquinaria agrícola de Levante, puede producir 125 trilladoras y produce 6; 400 seleccionadoras de semillas y produce 31; 2.000 molinos arroceros, y produce 13.

Surge lógicamente la pregunta: ¿Adónde va a parar la producción de acero?

La respuesta se halla en las declaraciones de Franco a un periodista americano en julio de este año, afirmando que gracias al impulso dado a la industria, ésta puede fabricar toda clase de armamento, menos aviones.

Descontando lo que en esa declaración haya de fanfarronería, reflejar

una realidad cuyos datos concretos el régimen franquista mantiene en secreto: el encauzamiento de la industria española hacia la producción de guerra, de acuerdo con los planes agresivos del Pentágono.

Apenas se construyen barcos mercantes, pero se construyen barcos de guerra. Disminuye la fabricación de locomotoras y railes, pero aumenta la fabricación de cañones y ametralladoras. No se desarrolla la industria de construcción de maquinaria, clave de toda verdadera industrialización y que permitiría renovar el envejecido utillaje de las fábricas españolas, pero se intensifica la producción de armamento.

He ahí adonde va el acero.

Lo mismo se podría decir de la energía eléctrica, del carbón, del cemento, cuyos incrementos de producción el franquismo presenta como pruebas del desarrollo industrial del país.

En primer lugar, los aumentos de producción de esas ramas son mucho más modestos de lo que trata de hacer creer la propaganda franquista, y esos aumentos, más una parte de lo que antes se destinaba a la producción civil, son absorbidos ahora por la producción de guerra.

El potencial eléctrico instalado de 1939 a 1951 representa solamente un aumento del 57%; es decir, una media anual de aumento del 4.7%. En cambio, en los cinco años de República, el aumento fué de 37%; es decir, una media anual de incremento del 7.4%.

Si la producción en estos años ha aumentado en mayor proporción que la potencia instalada, ha sido a costa de una explotación rapaz de las centrales eléctricas y de una reducción del agua embalsada. Y con todo, la producción actual no satisface, ni de lejos, la demanda. Las constantes restricciones eléctricas de estos años han constituido un enorme freno para la industria. Solo en el decenio 1943-1953 las pérdidas sufridas por la economía nacional, debido a las restricciones eléctricas, se valoran en 36.000 millones de pesetas.

También es deficitaria la producción de carbón. Los franquistas se ufanan de haber incrementado su extracción, pero su estadística resulta falseada, entre otras cosas, porque - según el asenso unánime de técnicos y consumidores - actualmente se lanzan al mercado carbones de ínfima calidad, que dejan hasta un 40% de residuos y porque faltan para el abastecimiento del país cientos de miles de toneladas que se importaban anteriormente. En hulla, que constituye el renglón fundamental, la producción se ha estancado prácticamente en los últimos años.

Uno de los cuadros más expresivos de la situación del país en cuanto a su abastecimiento energético, nos lo proporciona el Anuario Estadístico de la Organización de las Naciones Unidas /1953/. En él figura una estimación del consumo de energía por habitante, calculado en su equivalencia en hulla. España ocupa el 36-avo lugar, con un consumo de 0.69 toneladas por habitante y año, después de países como Irlanda, Chile, Venezuela, Israel, Uruguay, Rodesia, etc.

Ha aumentado la producción de cemento que se requiere en enormes cantidades para la construcción de las bases militares y otras llamadas obras públicas de interés militar. Mas para la construcción de viviendas y

otras construcciones de carácter civil no hay cemento y hay que adquirirlo en el mercado negro pagándolo a precios astronómicos.

En realidad, salvo las empresas de « interés nacional » como los franquistas denominan a las empresas dedicadas a la producción de guerra, todas las demás sufren de escasez de energía eléctrica, de carbón y de cemento.

En aquellas ramas de la industria que producen fundamentalmente para el consumo civil, los efectos de la militarización de la economía nacional se manifiestan con fuerza especial. El ejemplo más elocuente es la industria textil, de tan recio abolengo, la primera por el valor de su producción en el conjunto de la industria española.

En 1953 la producción de hilados de algodón ha sido solamente de 59.627 toneladas, es decir, un 59% de la de antes de la guerra.

Una situación análoga existe en otras ramas de la industria ligera que producen artículos de amplio consumo, como la industria del calzado, de muebles, de la alimentación, la pesquera, etc.

Otro importantísimo sector de la industria española en el que se reflejan desastrosamente los efectos de la política de guerra del franquismo, es el minero.

Algunos minerales de especial valor estratégico que tienen gran demanda en el mercado de guerra americano como el wolfram y el mercurio, son objeto de una explotación intensiva y rapaz que entraña graves perjuicios para el presente y el futuro económico de España.

Mientras tanto, la explotación de otros minerales que han figurado siempre a la cabeza de la producción minera en España, como son los minerales de hierro y de plomo, sufren una aguda decadencia.

La extracción de mineral de hierro en la Península en 1953 ha sido el 46,5% de la de 1929 ; la de mineral de plomo, el 47%. Si en 1913 se extraían 10 millones de toneladas de mineral de hierro, en 1953 sólo se extrajeron 3 millones.

Las causas determinantes de este descenso, aparte del empobrecimiento de los yacimientos, son la reducción de las exportaciones y el estancamiento o reducción del mercado interior. El aumento de la demanda de hierro y plomo para la producción bélica, no compensa la disminución del consumo de las ramas industriales de carácter civil.

Una de las consecuencias directas de la militarización de la industria española es el desarrollo extraordinariamente desigual de sus diferentes ramas, lo que crea una seria desproporción entre ellas, siendo un poderoso factor de desorganización y de caos.

Bajo el franquismo se ha agravado un rasgo característico de la industria española : su baja productividad.

Esta baja productividad está determinada principalmente por el anticuado y desgastado utillaje de las fábricas y minas españolas que en los 15 años franquistas apenas ha sido renovado. Las pocas divisas disponibles han sido dedicadas a importar maquinaria para la industria de interés militar.

Uno de los ejemplos más elocuentes de envejecimiento del utillaje es

la industria textil. En 1942 el 21% de los husos y el 17% de los telares tenían más de 40 años ; el 42% de los husos y el 46% de los telares tenía de 20 a 40 años. Desde entonces esta maquinaria apenas ha sido renovada, salvo en algunas grandes empresas monopolistas ligadas al gobierno.

Saliendo al paso de la campaña exigiendo aumento de la productividad, el redactor-jefe de la sección industrial de la importante revista « El Economista », escribía en enero de este año :

« Hay que tener un gran sentido del humor para hablar de aumentos de productividad a base de equipos industriales que hace años debían encontrarse en el parque de la chatarra ».

El cuadro real de la industria española es el aumento de la producción para la guerra y el estancamiento o la disminución de la producción para fines civiles ; es la agudización del desarrollo desigual, de la desproporción entre las diferentes ramas industriales ; es el atraso técnico, la baja productividad y el alto precio de costo. Y esto sin hablar de la crisis de superproducción a la que me referiré más adelante.

La militarización franquista se refleja de forma no menos nefasta que en la industria, en el transporte. La calamitosa situación de éste, especialmente del transporte ferroviario, es del dominio público. Y es uno de los factores que frenan el desarrollo de la economía española.

Si en julio de 1936 había 3.302 locomotoras en servicio, en 1953 la media mensual fué de 2.895. Si en julio de 1936 había 4.383 coches y 69.222 vagones, la media mensual de 1953 ha sido de 2.926 y 67.748 respectivamente. Esto sin hablar del estado de estas locomotoras y vagones, un gran número de los cuales debiera ser retirado del servicio.

El mal estado, tanto del material móvil como de las vías, causa de ton frecuentes catástrofes, es reconocido por las mismas autoridades franquistas.

Igualmente es pésima la situación del transporte por carretera. Durante muchos años, los franquistas no han reparado las carreteras, y solo en los últimos tiempos se han emprendido obras en los itinerarios de mayor importancia militar.

España continúa sin industria del automóvil. En 1951 se construyeron en total 369 camiones. Al mismo tiempo ha habido reducción de las importaciones de vehículos de motor mecánico. En 1953 se importaron solamente 12.060 frente a 37.335 que se importaron en 1929 ; es decir, una tercera parte.

No es mejor la situación del transporte marítimo. Mientras que el tonelaje de la flota mundial ha aumentado en un 35% desde 1930, el de la flota mercante española sigue igual al de hace 25 años.

Y si se conserva ese tonelaje es por haberse reducido a la mínima expresión los desguaces de buques vetustos y antieconómicos.

Más del 60% de los buques tienen edades superiores a los 25 años, y más del 70% superior a los 15 años, más allá de los cuales la explotación se considera antieconómica.

Tal es la situación del transporte marítimo en un país peninsular con 3.144 kilómetros de costa. ¡Este es el resultado de quince años de gobierno del Alcade mayor del mar!

LA DECADENCIA DE LA AGRICULTURA.

Los años de franquismo se han reflejado de manera fatal en la agricultura.

La media de la producción agrícola de 1939 a 1952 ha sido el 79,9% de la de 1932-35. En 1953 no alcanzó las tres cuartas partes de las de aquellos años. Como la población ha aumentado en un 17%, resulta que por cada 100 kilos de productos de la tierra que le correspondían a un español en 1932-35, en 1953 le corresponderían solamente unos 62 kilos.

En 1953 ha sido necesario importar un millón 400 mil toneladas de trigo, la tercera parte de una cosecha media normal, para enjugar el déficit.

Tomando los cultivos fundamentales de la agricultura española tenemos el siguiente cuadro.

PRODUCCION /en miles de Qm

	Media 1931-35	Año 1953
Trigo	43.637	30.550
Centeno	5.511	4.080
Cebada	23.942	15.887
Avena	6.701	4.428
Maíz	7.094	6.723
Arroz	2.930	3.871
Patatas	47.883	28.140
Vinos /Hls/	19.756	
Aceite	3.526	

Ha descendido la producción agrícola global, y ha descendido también la productividad, pasando la del trigo de 9,56 Qm. por hectárea en el quinquenio 1931-35, a 7,25 Qm. en el de 1946-50 ; o sea un 25%.

Al mismo tiempo que disminuye la producción total agrícola, aumenta el número de brazos en la agricultura.

Mientras en Europa occidental de 1930 a 1950 la población masculina activa en la agricultura ha disminuido en cifras absolutas en un 13%, en España ha aumentado en un 11%.

En diez años, de 1940 a 1950, la población activa en la agricultura ha aumentado, aproximadamente, en 500 mil personas. Este aumento de la población activa en la agricultura, al mismo tiempo que disminuye la producción, es uno de los testimonios más elocuentes de la degradación de la agricultura española.

Otro elocuente testimonio de esa degradación es el atraso técnico

del campo español. De tres millones 300 mil arados, más de dos millones son arados romanos.

En 1953 había en España unos 15.000 tractores, mientras que en un país doce veces más pequeño como Dinamarca, se contaban 45.000, y Polonia, que hace diez años se encontraba en un atraso agrícola semejante al de la España actual, cuenta hoy con 77.000 tractores.

En cambio, en España existen un millón 300.000 yuntas de labor y 15.000 tractores. Un tractor por cada 86 yuntas y 2 arados romanos de cada tres. ¡Tal es el cuado de la técnica agraria en España!

Y esto es comprensible cuando se sabe que el Cuerpo de Ingenieros Agrónomos, en todas sus categorías y para todos los servicios del Ministerio de Agricultura, cuenta con 419 ingenieros. El de Peritos Agrícolas, con 541 miembros. Como existen en España 3.020.425 explotaciones agrícolas, resulta un ingeniero agrónomo por cada 7.209 explotaciones, y un perito por cada 5.583.

Y mientras en los presupuestos del Estado se asignan 9,6 millones de pesetas para el pago de los haberes de estos ingenieros, el gobierno franquista emplea en la compra de 603 paracaídas 12,7 millones de pesetas.

Del mismo modo, para los haberes de los Peritos Agrónomos figuran 8,8 millones de pesetas, y solo la adquisición de 100 cañones de 20 m/m para la aviación, cuesta al país 12,9 millones.

En 1951-52 el campo español recibió una media de 10 kilos de fertilizantes por hectárea, mientras que el campo francés recibió 39. El de Portugal, 20 y el del sur de Italia 15.

El franquismo anunció grandes planes de regadío; pero después de 15 años de franquismo la superficie regada es aproximadamente la de 1919. Los franquistas atribuyen las malas cosechas a la sequía, sin embargo, la media de las lluvias caídas en España de 1901 a 1934 es inferior a la media de las precipitaciones del quinquenio 1947-1951.

Un ejemplo típico, característico de la política franquista en relación con la agricultura, es lo que sucede con el vino.

España ha sido el primer exportador de vino. La vid ocupa en España una extensión de 1.580.330 hectáreas, que es aproximadamente un 7,5% del terreno cultivado en nuestro país.

La vid es una planta de terrenos pobres, es una planta que pudiéramos llamar social; y en general es objeto de pequeña propiedad. La cosecha media es de 22 millones de hectólitros de mosto que provienen de 35 millones de quintales de uvas pisadas en los lagares.

En el pasado, el enemigo de los viñedos, que causaba la ruina de los pequeños propietarios de majuelos, era la filoxera.

Hoy existe para los viñedos y para los campesinos un enemigo peor que la filoxera, más dañino que el mildiu: este enemigo es el franquismo.

La filoxera destruyó millones de cepas; el franquismo destruye las cepas y la vida de los campesinos; disgrega las familias y empuja a la miseria a millares de pequeños propietarios de majuelos.

Se prohíbe plantar vides, se arrancan los plantones. Se restringe la producción uvera y vinatera, para que los grandes fabricantes y negociantes mantengan altos los precios de los vinos y de los caldos en general.

Y esto ocurre igualmente en relación con los naranjos y con los olivos.

Cuando el aceite es un lujo para el pueblo español; cuando el azúcar no llega a los hogares españoles, cuando el vino se ha convertido en un producto inaccesible para los trabajadores, el gobierno franquista prohíbe la plantación de nuevos viñedos, de olivos y naranjos y restringe el cultivo de la remolacha azucarera.

Según opinión de uno de tantos comisionistas yanquis, los españoles estamos mal acostumbrados, y deberemos ir pensando en cambiar de gusto, empleando el aceite de soja o de algodón en lugar de aceite de oliva, porque éste es demasiado fino para nosotros.

El descenso general de la producción agrícola, se refleja seriamente en la ganadería que se ve privada de forrajes y piensos.

De 1934 a 1951 el número de cabezas de ganado bovino ha descendido de 4.234.700 a 3.300.000. El de ganado lanar, de 17.358.100 a 15.921.000. El ganado porcino, de 5.195.600 a 2.668.000. Las aves, de 35.800.000 a 21.400.000.

Tal situación de decadencia, de degradación paulatina de la agricultura española bajo el franquismo, es el resultado de la supervivencia en la economía agraria de residuos feudales que con el franquismo se han avivado y fortalecido, es el resultado de la política de exacciones del franquismo.

Una de las principales supervivencias del feudalismo en las relaciones de propiedad en el campo, es el latifundio. En 1936, en la superficie catastrada que abarca el 58% del territorio nacional, 1.260.000 campesinos poseían unos 4.000.000 de hectáreas, mientras que 13.700 grandes propietarios poseían unos 8 millones y medio de hectáreas.

El franquismo devolvió a los grandes terratenientes no solo las tierras que la reforma agraria, realizada por el gobierno republicano a iniciativa del Partido Comunista, había entregado durante la guerra a los campesinos, sino las tierras que el gobierno republicano, antes de 1936, había expropiado y pagado a los grandes propietarios, en un intento de reforma agraria.

Uno de los aspectos más trágicos y de consecuencias más funestas para toda la economía nacional de esa situación en que se encuentra la agricultura, es el paro estacional que sufren más de tres millones de braceros.

Dado el atraso técnico de la agricultura latifundista, ésta necesita imprescindiblemente de esa gran masa de brazos durante tres meses al año, y en algunos casos, como en el olivar, no más de 45 días.

El resto del año, esa enorme fuerza de trabajo no es necesaria en las haciendas latifundistas y tampoco encuentra otra ocupación; se pierde para la economía nacional y se pauperiza progresivamente como resultado de sus miserables condiciones de vida.

El bajo nivel de vida de los campesinos y del proletariado agrícola, su ínfimo poder adquisitivo, es uno de los factores fundamentales que reduce.

el mercado interior y frenan por tanto el desarrollo industrial y el mismo desarrollo agrícola.

La influencia catastrófica de tal estado de cosas en la agricultura se deja sentir cada vez con más fuerza sobre el conjunto de la economía nacional. El más pequeño paso en el desarrollo industrial choca con el atraso de la agricultura, con el bajísimo nivel de vida de los millones de masas campesinas y obreros agrícolas.

Los principales economistas españoles, e incluso los dirigentes franquistas, han tenido que reconocer la existencia de esa contradicción en numerosas ocasiones.

Pero el franquismo es también el representante de los grandes latifundistas que son parte integrante de la oligarquía financiera.

Aprisionados en esa contradicción, los grupos más rapaces de la oligarquía financiera y el Estado franquista intentan superarla con la política de favorecer la transformación gradual de los latifundios en grandes explotaciones agrarias de tipo capitalista. A ese fin responden leyes como la llamada de protección a las « explotaciones agrarias ejemplares » que concede toda suerte de privilegios y ventajas en créditos, abonos, maquinaria, etc., a las explotaciones de este tipo.

¿ Y cuáles son estas « explotaciones agrarias ejemplares » ?

Son las fincas de los aristócratas terratenientes, de los agiotistas del régimen, de los agentes de negocios yanquis. Las primeras fincas a las cuales se ha concedido el título de « ejemplar » son, por ejemplo :

« EL TORBISCAL », de Sevilla, propiedad de José Manuel de la Cámara Benjumea, con 2.700 Ha., de ellas 450 de regadío ; « TORRUBIA », de Jaén, con 1.500 ha., propiedad de Dionisio Martín Sanz, ex subsecretario de Agricultura, fundador de la « famosa » « Compañía Organizadora del Consumo S.A. », creada por el Banco Central, con participación de capitales yanquis del « National City Bank », entre cuyos negocios figura la « Nueva Panera Industrial », que monopoliza ya una buena parte de la venta de pan en Madrid y que se propone extender este monopolio a toda España ; « MATA DE TORRE EN TORRE », de Valencia, propiedad de Joaquim Manglano, barón de Cárcer, socio de negocios del general Esteban Infantes y representante en Levante de la « Coca-Cola Export Corporation ».

Al mismo tiempo, el franquismo intenta ampliar la capa de terratenientes a costa de los campesinos pobres y medios. Tal es el fin que persigue la llamada ley de concentración parcelaria, que se propone concentrar y mejorar las haciendas de los terratenientes y campesinos ricos, a través del despojo jurídico de las tierras de los campesinos pobres y medios.

Frente al franquismo, que sigue una política de concentración parcelaria, es decir, de aumento de la aristocracia terrateniente, a costa del empobrecimiento de centenares de millares de familias campesinas, el Partido Comunista propugna la confiscación de la tierra de los grandes latifundistas, para entregarla en plena propiedad a los campesinos sin tierra y con poca tierra, creando decenas de millares de pequeños propietarios

agrarios que se interesen en la prosperidad del país, que impulsen e desarrollen de la agricultura, y con ello, el de toda la economía nacional

Tales son los dos caminos de desarrollo del campo español que están en lucha.

El camino propuesto por el Partido Comunista conduciría al rápido desarrollo de las economías campesinas, a la elevación del nivel de vida de millones de campesinos y de obreros, al desarrollo industrial de España.

El camino del franquismo significa el lento y penoso desarrollo capitalista del campo, a costa de la ruina y el hambre de millones de campesinos.

En las condiciones actuales de agravación de la crisis general del capitalismo, de reducción del mercado mundial capitalista, de dominación del imperialismo norteamericano sobre la economía española, de militarización de la economía nacional, esa llamada política franquista de racionalización de la agricultura, a costa de la ruina de los campesinos pobres y medios, tiene como resultado inmediato el éxodo de los campesinos hacia las ciudades, aumentando el paro agrícola e industrial, puesto que la industria no esté tampoco en condiciones de absorber la mano de obra « liberada » del campo.

A las penosas consecuencias que para los campesinos y para la agricultura en general tiene la conservación de los restos feudales, se suma, la explotación del campo por el capital financiero, explotación que en estos años de dominación franquista ha alcanzado amplias proporciones.

Los grandes Bancos han extendido la tela de araña de sus sucursales por todo el campo español ; se han creado organismos estatales o semiestatales /como el Servicio Nacional del Trigo y otros/ que en colaboración con la gran Banca compran sus productos a los campesinos a precios ruinosos y los venden después a altos precios a los consumidores ; se han desarrollado monopolios comerciales exportadores de los productos agrícolas ; se ha acentuado considerablemente la desproporción entre los precios industriales y agrícolas, en perjuicio de los campesinos ; aumentan cada año los abrumadores impuestos y contribuciones del Estado y de sus organismos provinciales y locales que pesan sobre los campesinos.

Por todos estos canales el fruto del esfuerzo y del penoso trabajo de los campesinos va a parar a los dividendos de los Bancos, a la financiación de la industria y de las construcciones militares, a la transformación de España en una base militar norteamericana.

La explotación terrateniente-feudal más la explotación del capital financiero ; he ahí los dos grandes males, las dos grandes plagas del campo español, causa de la decadencia de la agricultura y de la miseria de las masas campesinas.

LA CAIDA DEL COMERCIO EXTERIOR.

El comercio exterior de España en el período franquista ha sufrido una disminución radical. Si en 1928 su valor global se cifraba en 5.188.5 millones de pesetas-oro, en 1953, su valor fué de 3.303,0 millones de pesetas-oro. Es decir, casi el 40% menos.

Si en 1928 el valor del comercio exterior por habitante era de 225 pesetas-oro, en 1953 era de 115 pesetas-oro. Es decir, casi el 50%.

Paralelamente ha disminuído el peso específico del comercio exterior de España en el conjunto del comercio exterior de los países capitalistas. Si en 1928 ese peso específico era del 1,6%, en 1952 bajó al 0,60%. Una disminución de más del 63%. A esto hay que agregar el déficit crónico del comercio exterior que en los últimos años se cifra en unos 350 millones anuales de pesetas-oro.

Tal es el cuadro del comercio exterior de España a los quince años de franquismo.

La significación de este proceso para la economía española y particularmente para el desarrollo industrial de España es muy importante. Si bien el valor del comercio exterior representa una magnitud relativamente no grande en comparación con la renta nacional, su significación para la economía de España es de consideración. Las materias primas y los artículos fabricados que constituyen el grueso de la importación española son imprescindibles para el funcionamiento medio normal de la industria en las condiciones actuales. Se importa maquinaria, carbón, caucho, petróleo y algodón.

Mientras las importaciones tienen un carácter de imprescindibles para la economía española actual, muchas de las principales exportaciones españolas /frutas, hortalizas, vinos, aceite de oliva y otros productos/ tienen una significación secundaria para los países importadores. En los períodos de crisis, de depresión o de reducción de importaciones, son los primeros artículos de los que se prescinde. Estos y otros factores acentúan la débil posición de España en su comercio con las principales potencias imperialistas de las que depende en grado elevado su importación y exportación, y que determina el déficit crónico de la balanza comercial española.

Las potencias imperialistas exportan a España a precios más altos e importan a precios más bajos de los que rigen en el mercado mundial.

El precio medio de la tonelada de artículos fabricados importados ha aumentado, entre 1950 y 1952, en un 49,52 %; simultáneamente, el precio medio de la tonelada de artículos fabricados exportados ha descendido en un 42,32 %.

En el mismo período, el precio medio de la tonelada de productos alimenticios importados ha aumentado en un 68,92 %, al mismo tiempo que el de la tonelada de productos alimenticios exportados descendía en un 36,26 %.

Si en 1950, con mil kilos de productos alimenticios exportados podíamos pagar 1.532 kgs. de productos alimenticios de importación, en 1952 esos mismos 1.000 kgs. sólo permitían pagar 578 kgs.; es decir, la tercera parte.

La política de militarización de la economía nacional, de inflación y carestía, que ha traído como consecuencia la disminución de la productividad industrial y agrícola y la elevación del precio de coste de las mercancías de exportación, ha agravado las dificultades tradicionales del comercio exterior.

La disminución de la producción de cereales obliga a importar cantidades crecientes de los mismos con detrimento de la importación de otros artículos fundamentalmente para el desarrollo industrial y agrícola como son materias primas, maquinaria y abonos.

Un ejemplo expresivo de ello es lo que sucede con la naranja, el primer renglón, por su valor, en las exportaciones españolas. Contra una media de 8,6 millones de quintales métricos exportados en el período 1931-35, en el período 1940-54 se exportó una media de 4,9 millones de quintales métricos.

La naranja española es desplazada de los mercados internacionales por las naranjas de Palestina y California. La exportación de estas últimas es subvencionada por el gobierno de los Estados Unidos.

Para resistir la competencia en los mercados exteriores, las mercancías españolas son vendidas en muchos casos a precios de dumping, no solo para que estos productos sean admitidos en los mercados, sino para obtener la moneda extranjera que el gobierno necesita para pago de sus importaciones; es decir, se venden a precios inferiores a su precio de costo, compensándose con los altos precios en el mercado interior, a costa de aumentar la carestía de la vida, de reducir aún más el nivel de vida del pueblo. Por ejemplo, en 1953, 150.000 toneladas de azúcar fueron vendidas en los mercados extranjeros a 3,80 pesetas kilo, mientras que el precio de fábrica era 9,30 pesetas.

Mientras desciende el precio de los productos alimenticios y materias primas que exporta España, sube el precio de los artículos industriales que ella importa. Por ejemplo: el precio medio en pesetas-oro del quintal métrico de aceite de oliva exportado a Estados Unidos bajó de 452 pesetas-oro en 1947 a 187 en 1952. En el mismo período, el precio del quintal métrico de fuel-oil importado de Estados Unidos aumentó de 4,57 a 7,70 pesetas-oro. En 1947, con un quintal de aceite se importaban 83 de fuel-oil. En 1952, ya sólo pudieron importarse 24.

El recrudecimiento de la lucha que se libra en el contraído mercado capitalista internacional se traduce en nuevas y nuevas pérdidas de mercados para los artículos españoles.

El número de mercados con un volumen de comercio igual o superior a 10.000 pesetas-oro, ha pasado de 87 en 1929 a 55 en la actualidad.

En 1935, la naranja valenciana se exportaba a 29 países. En 1952-53, sólo se ha exportado a 15 países.

Los tejidos constituyeron el primer renglón de las exportaciones en 1947 y 1948; hoy su exportación se ha reducido a una tercera parte y su colocación en los mercados exteriores tropieza cada día con dificultades más considerables.

Otros renglones de productos manufacturados como máquinas de coser, bicicletas, loza, muebles, etc..., se enfrentan a una competencia cada día más encarnizada a la que ya no es posible hacer frente ni reduciendo aún más los precios ni mejorando los cambios, es decir, procediendo a revaluaciones sucesivas de la peseta. El precio del Qm. de máquinas de coser, por ejemplo, ha descendido de 801 pesetas-oro en

1944 a 486 en 1952. Si en 1944 un Qm. de máquinas de coser exportado permitía importar 711 kgs. de carne congelada, hoy sólo se pueden importar 232.

Desde entonces, este proceso no ha hecho más que agravarse.

La intervención del Estado franquista en el comercio exterior mediante el control de las divisas, el establecimiento de licencias de importación y exportación, los complicados sistemas de cambios que en realidad son formas enmascaradas de devaluación de la peseta, no significan la «regularización» ni la «ordenación» del comercio exterior, como dicen los franquistas, sino su control por unos cuantos grandes grupos monopolistas de las finanzas, del comercio y de la industria, por unos cuantos grandes especuladores que realizan fabulosos negocios, sin hablar ya del contrabando en detrimento de las verdaderas necesidades de la economía española.

La política franquista somete cada vez más el comercio exterior a los intereses de los Estados Unidos con la agravante de que a diferencia de otros países con los que España comerciaba tradicionalmente, Estados Unidos es exportador no solo de productos industriales, sino de productos agrícolas, lo que cierra las puertas a muchos de los tradicionales productos españoles de exportación y crea un grave peligro para la producción friguera y otras que se ven amenazadas por las importaciones de los excedentes agrícolas americanos.

EL CAOS DE LAS FINANZAS FRANQUISTAS

La política de militarización de la economía nacional, de preparación de España para la guerra al dictado de los planes del Pentágono, no podía por menos de reflejarse de manera desastrosa en las finanzas del Estado franquista, en el monstruoso incremento de los gastos públicos y par consiguiente, de la deuda pública, de la circulación fiduciaria, convergiendo todo ello en el mismo resultado: la inflación.

Los presupuestos oficiales del Estado tienen cada vez menos valor como reflejo del verdadero volumen de los gastos públicos. Puede asegurarse que los gastos realizados al margen de los presupuestos oficiales, sobrepasan con mucho los autorizados en ellos y van continuamente en aumento. El carácter ficticio de los presupuestos del Estado — que los franquistas ya no se contentan con presentar equilibrados, sino hasta con superavit — tiende a enmascarar la gravedad del caos de las finanzas públicas y, ante todo, el volumen desorbitado de los gastos que exige la preparación bélica.

Así y todo, el análisis del presupuesto para 1954, que se cifra en 26 mil millones de pesetas, ofrece el siguiente cuadro:

Casi el 30 % se dedica a los ministerios de Ejército, Marina y Aire. Si a estos sumamos el ministerio de la Gobernación (el ministerio de la Guardia Civil, de la Policía armada y de la Policía secreta) tendremos el 41,8 % del presupuesto, o sea, más de 10.000 millones de pesetas destinados directamente a sostener las fuerzas armadas del franquismo con su aditamento de cárceles y prisiones. Esto sin hablar de las grandes sumas destinadas a financiar la política de guerra del franquismo (bases y

tras obras munitarias, industria de guerra, Marruecos, etc.) repartidas y disimuladas en otros capítulos del presupuesto.

El cambio, para Agricultura, Industria y Comercio se destina en total 709,5 millones de pesetas, o sea, el 2,7 % del presupuesto total.

Las decenas de miles de millones que devora anualmente el Estado franquista en beneficio de los grupos más rapaces de la oligarquía financiera y con destino a la preparación de la guerra, salen de los bolsillos de los contribuyentes, de los exiguos ingresos de las masas populares.

Las contribuciones directas e indirectas constituyen el 88 % de los ingresos del Estado /en el presupuesto de 1954/ y de ellas las indirectas, que son las que recaen más directamente sobre las masas populares, constituyen más del 50 %. En el presupuesto para 1954 se prevé extraer del pueblo por este concepto 11.800 millones de pesetas, 2.000 millones más que en el presupuesto anterior, es decir, un aumento del 24 % en la intensidad de la presión fiscal sobre el pueblo.

Pero como los impuestos son insuficientes, pese a su abrumador volumen, para cubrir sus exorbitantes gastos, el Estado franquista recurre constantemente a otros procedimientos, en particular a las emisiones de fondos públicos y de papel moneda, en proporciones sin precedentes.

De 1935 a finales de 1952 la deuda pública pasó de 21.730 millones a 78.026 millones. Cada año el contribuyente tiene que pagar una cantidad mayor con destino a cubrir los intereses y amortizaciones de la creciente deuda del Estado.

En el presupuesto para 1954 se destina para esas atenciones más del 18 % del presupuesto /4.200 millones de pesetas/, siendo el capítulo más voluminoso del presupuesto, superando incluso el del Ejército que viene inmediatamente después.

Con las emisiones de deuda pública se cubren fundamentalmente los gastos que no figuran en los presupuestos ordinarios, gastos destinados a financiar las empresas del capital estatal monopolista como el Instituto Nacional de Industria, las construcciones navales militares, las ferroviarias y otras. Por ejemplo, en el bienio 1952-53 se emitieron 1.900 millones cada año para el INI y otros 1.900 millones anuales para el « crédito naval ».

Uno de los principales medios a que recurre el franquismo para financiar los gastos del Estado es la emisión de papel-moneda. Mientras que de 1921 a 1953, o sea en 14 años, la circulación fiduciaria en España aumentó en menos de un 14 %, bajo el franquismo ha aumentado en un 728 %.

Este aumento desbocado de la circulación fiduciaria, mientras la producción agrícola permanece inferior a la de hace 20 años y la producción industrial productiva apenas ha superado el nivel de entonces, representa una enorme inflación que se trasluce en la desvalorización cada vez mayor de la peseta, en el aumento constante de la carestía de la vida.

La inflación no es solo un resultado objetivo de la política económica franquista, sino que constituye uno de los métodos fundamentales,

conscientemente empleados, para financiar la política de guerra. La inflación, combinada con el bloqueo de los salarios, y la política de altos precios a impuestos es el método de que se vale el Estado franquista para redistribuir, en beneficio del capital monopolista, la renta nacional y canalizarla hacia las inversiones de guerra.

Pero esta política lleva a la miseria creciente de las masas y daña los intereses de sectores cada vez más importantes de la industria, de la agricultura y del comercio.

DESCENSO VERTICAL DEL NIVEL DE VIDA DEL PUEBLO

Toda la política económica del franquismo se basa en la explotación brutal de la clase obrera, en la reducción hasta límites inconcebibles, del nivel de vida de las masas populares.

Los grupos más rapaces de la oligarquía financiera, persiguiendo la obtención de las máximas ganancias, necesitaban acumular rápidamente capitales para financiar sus planes de expansión industrial al servicio de la máquina de guerra, primero del imperialismo hitleriano y, después, de su sucesor, el imperialismo americano, y trataron de lograrlo aplicando la política de «reducción voluntaria y obligatoria del consumo», según la fórmula de un economista franquista.

No sé si habrá algún español que voluntariamente haya reducido su consumo para entregar sus ahorros a los capitanes de industria franquistas, pero lo que sí es indiscutible, que millones de españoles han sido OBLIGADOS a reducir su consumo, porque el franquismo les ha reducido sus ingresos mediante la congelación de los salarios y el aumento de los precios, mediante los impuestos y contribuciones.

Los miles de millones así «ahorrados» han servido para financiar el INI y otras empresas del capital monopolista estatal, para pagar los pedidos de guerra del Estado y para preparar las bases que necesitan los norteamericanos.

La fuente principal de donde han salido esos capitales ha sido la intensificación de la explotación de la clase obrera, mediante la reducción de los salarios reales, la prolongación de la jornada de trabajo, la intensificación de éste y el empeoramiento de las condiciones de seguridad, higiene, etc., en el trabajo.

La Cámara de Comercio de Madrid, en un documento dirigido al Ministro de Hacienda con fecha 22 de abril de este año, reconoce que el sueldo de 30.000 pesetas anuales cubre escasamente hoy lo que puede considerarse como el mínimo vital a que debe aspirar cualquier trabajador para su propio sustento y el de su familia.

Es decir, que el salario de un obrero calificado es poco más de la tercera parte de lo que la Cámara de Comercio de Madrid considera como el mínimo vital.

Pero, además, el franquismo ha implantado un sistema discriminatorio de salarios por ramas, zonas, estado social /plus familiar/, sexo /las mujeres reciben salarios inferiores en un 30 % a los del hombre/, edad /ley de aprendizaje/, diversificación de categorías /en el ramo de la

madera, por ejemplo, hay establecidas 350 calificaciones profesionales distintas/.

Con este sistema no sólo se trata de entorpecer la unidad de la clase obrera en su lucha, sino que se reduce al mínimo el salario de la gran mayoría de los trabajadores /obreros de baja calificación, peones, aprendices, mujeres/.

Para este gran sector de la clase obrera, el salario medio resultante es alrededor de 20 pesetas, es decir, menos de la cuarta parte de lo que la Cámara de Comercio de Madrid considera mínimo vital.

El franquismo, por lo tanto, ha reducido el salario real de la clase obrera de 3 a 4 veces en comparación con 1935.

Esta brutal reducción del salario real ha tenido como consecuencia la prolongación, en la práctica, de la jornada de trabajo a 10, 12 y más horas. Los obreros se ven obligados a trabajar, cuando pueden, horas extraordinarias en su misma empresa o en otros lugares para compensar, aunque sólo sea en parte, la reducción del salario real.

A la reducción del salario real, a la prolongación de la jornada de trabajo, se une la intensificación del trabajo mediante la introducción en escala del trabajo a destajo, del sistema de premios y de otros procedimientos « científicos » de aumento de la productividad, importados de los Estados Unidos.

Para reducir el costo de la producción y aumentar los beneficios en la mismas obras y fábricas, se reducen las medidas de seguridad, y como consecuencia, se multiplican los accidentes de trabajo.

A todo esto, hay que agregar el paro forzoso, cuyo volumen real los franquistas ocultan cuidadosamente, aunque se han visto obligados a reconocer que entre abril de 1953 y abril de 1954 se ha incrementado en un 16 %.

Esta es la realidad sangrante de la vida del obrero bajo el franquismo.

En los últimos tiempos, en relación con el desarrollo de la crisis de superproducción, se señala, efectivamente, un serio aumento del paro forzoso. Las fábricas suprimen las horas extraordinarias, algunas cierran sus puertas. El incremento del paro hará aún mucho más trágica la situación de la clase obrera bajo el franquismo.

Aún peor, si cabe, que la situación de los obreros industriales, es la de la gran masa de braceros agrícolas condenados al paro durante la mayor parte del año. Con el salario de mes y medio a tres meses tienen que vivir todo el año. Y eso cuando ese salario existe. En años de mala cosecha es el hambre desnuda para centenares de miles de ellos.

No es mucho mejor la situación de los millones de arrendatarios y campesinos pobres y medios.

El franquismo no solo despojó a los campesinos de la tierras que habían recibido de la República, sino que decretó la revisión de los contratos de arrendamiento en perjuicio de los arrendatarios .

Por la ley de arrendamientos del 23 de julio de 1942 el

gobierno franquista estableció la escala móvil de la renta rústica. A cada subida del precio base del trigo, subidas que son decididas por el gobierno, es decir por los grandes latifundistas, suben automáticamente las rentas, independientemente de la índole de cultivo a que se dediquen las tierras.

A los aumentos de renta, determinados por esta ley, hay que agregar los aumentos impuestos por los terratenientes valiéndose del Poder y la impunidad que gozan en el agro desde que el franquismo está en el Poder.

La reciente ley de arrendamientos rústicos representa una nueva revisión general de los contratos de arrendamientos que elevará las rentas en un 50 % en el espacio de cinco años.

A los millares de campesinos que no puedan soportar estas condiciones leoninas, les espera el desahucio de las tierras arrendadas.

La ley concede al arrendatario un ilusorio acceso a la propiedad que significa un negocio para los terratenientes porque establece para la tierra precios superiores a los que rigen en el mercado.

Simultáneamente el franquismo ha dictado otra ley que amenaza a los campesinos con la expropiación forzosa de sus propias fincas cuando éstas no alcancen una « cierta unidad mínima de cultivo »: Esas medidas constituyen un rudo golpe a más de 800.000 familias campesinas de arrendatarios.

Durante muchos años, casi todos los productos agrícolas han estado intervenidos por el Estado. El sistema de requisas, de cupos obligatorios de producción, de imposición de cultivos y de castigos consiguientes a los infractores, ha sido el sistema mediante el cual la oligarquía financiera, a través del Estado franquista, ha saqueado a los campesinos trabajadores, transvando parte del valor creado por ellos a sus bolsillos y a las inversiones en la industria de guerra.

Esta política franquista también ha perjudicado los intereses de muchos campesinos acomodados.

Después de suprimida la intervención oficial en una serie de aspectos — aunque continúa en algunos tan fundamentales como la producción triguera —, los campesinos han seguido a merced de la oligarquía financiera, a través de toda una serie de organizaciones monopolistas estatales o privadas, que controlan la producción agraria y dictan al campesino los precios de venta de sus mercancías.

Detrás de esas organizaciones monopolistas están los Bancos que financian la compra de las cosechas cobrando un elevado interés.

Los grandes beneficios de estos monopolios y de los Bancos que los financian son uno de los principales factores que explica el aumento de los precios de los productos agrícolas para el consumidor y los precios ruinosos que se paga al campesino productor.

Por otro lado, el capital monopolista saquea a los campesinos mediante la desproporción entre los precios agrícolas y los industriales.

En nuestro país no se publican índices de los precios pagados al agricultor por sus productos, y el alza de los precios agrícolas es por mayor,

qu ya vienen cargados con los beneficios de los intermediarios mayoristas. Así y todo, si comparamos el índice de los precios agrícolas al por mayor con el índice de los precios industriales al por mayor observamos que en relación con 1946, los agrícolas han aumentado en un 99 %, mientras que los industriales aumentaron en un 140,7 %. Esto quiere decir que los campesinos, para comprar hoy la misma cantidad de productos industriales que en 1946 necesitan entregar un 41,63 % más de sus productos agrícolas que entonces; o dicho, de otra manera, que su poder adquisitivo ha disminuído en más de un 40 %.

A la explotación de los campesinos por los terratenientes mediante las rentas, a la explotación por los monopolios financieros mediante la compra y venta de los productos agrícolas, a la explotación por los Bancos y los usureros que se aprovechan despiadadamente de las dificultades del campesino para prestarle a altos intereses, se une la explotación a través del Estado franquista que impone penosas contribuciones a los campesinos, en tanto que arrendatarios y propietarios /contribución rústica, pecuaria, etc./ o en tanto que compradores de mercancías /impuesto de usos y consumos/.

El franquismo ha elevado la contribución rústica y pecuaria por dos caminos. Por la elevación de la cuota impositiva y por la revisión del líquido imponible. Al mismo tiempo ha autorizado a los terratenientes que tienen tierras arrendadas a cargar integramente todos los aumentos contributivos sobre los arrendatarios, poniendo así de manifiesto abiertamente, una vez más, el carácter de clase del régimen franquista.

El peso mayor de esos aumentos recae sobre las espaldas de los pequeños campesinos propietarios. Esto explica el que los aumentos más considerables se registren en las regiones minifundistas.

Mientras los latifundistas andaluces pagan 44 pesetas par hectárea, los minifundistas gallegos pagan 71 par hectárea /en 1953/.

Según informaciones, en Galicia la contribución rústica en 1949 había aumentado en la mayoría de los casos en un 720 %; en Tarragona, un huerto que en 1936 pagaba 14 pesetas de contribución, hoy paga 130. Es decir, nueve veces más; en las provincias de Castellón, Valencia, Teruel, la contribución rústica en 1953 era diez veces mayor que en 1935.

Por la ley de 20 de diciembre de 1952 el gobierno fijó en un 6,70 % el recargo de la contribución territorial con el pretexto de la cuota para el seguro social.

Los campesinos no sólo sufren las cargas tributarias en tanto que pequeños propietarios y arrendatarios. Las sufren además en tanto que productores de mercancías. Los arbitrios, consumos, derechos de puertas, usos y consumo, etc..., etc..., encarecen considerablemente los productos agrícolas y agravan las dificultades de su realización en el mercado.

Además de estas contribuciones e impuestos comunes a todo el país, existen multitud de impuestos y cargas de carácter provincial y local que varían de unas a otras regiones y que hacen aún más penosa la carga tributaria que debe soportar el campesino.

En este año de 1954 la situación se agrava por el establecimiento

de nuevas cargas /un nuevo arbitrio sobre la riqueza provincial que grava en un 3 % de su valor los cereales, el viñedo, las legumbres, las aceitunas, etc.; un nuevo arbitrio del 9 % sobre la riqueza rústica y pecuaria.

Además en todos los municipios de hasta 10.000 habitantes se establece la prestación personal para todos los residentes varones de 18 a 65 años que podrá ser redimida en metálico al tipo del jornal de un bracero en la localidad. En decir, un nuevo impuesto para los que puedan pagarlo y para los más pobres una carga de tipo medieval.

El resultado de esta explotación multilateral del campesino por los terratenientes, por el capital financiero y el Estado, unida a la política de racionalización de la agricultura a que antes me referi, tiene como resultado la ruina de extensos sectores del campesinado, el éxodo de miles de familias campesinas en busca de trabajo a la ciudad.

Aunque no hay datos oficiales que registren ese proceso, según cálculos incompletos se estima que entre 1940 y 1953 más de un millón de personas abandonaron el campo.

Igualmente ha empeorado en proporciones extraordinarias la situación de la gran masa de pequeños industriales y comerciantes. Este importante sector de la sociedad española es afectado directamente en sus intereses por la reducción del nivel de vida de la masa obrera y campesina que es su principal cliente.

La subida de los impuestos y contribuciones, el alza de los precios de la electricidad, el carbón, el gas, los alquileres, las materias primas y de los precios mayoristas, obliga a los pequeños y medios industriales y comerciantes a reducir cada vez más sus márgenes de beneficio e incluso a producir o vender con pérdida; son desplazados del mercado por la competencia desigual de las grandes empresas monopolistas, que además de sus superiores recursos económicos y productivos disponen de los resortes del Estado. Y estos pequeños comerciante e industriales contraen deudas cada vez más abrumadoras con los Bancos, hasta que son absorbidos o quiebran.

Mientras la cifra de ventas de los grandes almacenes en Madrid asciende regularmente y se ha más que triplicado desde 1940, la de los establecimientos medios está hoy por debajo de la de aquella fecha y se ha reducido en un 45 % desde 1948.

Este proceso no solo afecta a los pequeños comerciantes e industriales, sino a muchas empresas medianas, e incluso a grandes.

Un índice de la acentuación de este proceso bajo el franquismo lo da el gran aumento de quiebras y suspensiones de pagos. Solo en seis años, de 1948 a 1953, quebraron 336 sociedades y empresas comerciales e industriales, afectando con su quiebra a 4.487 acreedores y a un total de créditos de 505 millones de pesetas.

En ese mismo periodo hubo 567 suspensiones de pagos de sociedades y empresas comerciales e industriales con un activo de 2.570 millones de pesetas y un pasivo de 1.933 millones.

Igualmente durante esos seis años se registraron casi tres millones

de protestas de letras de cambio por un valor de más de 30.192 millones de pesetas. De 1948 a 1953 el número de protestas aumentó en un 38%.

Con el pretexto de la elevación de los salarios el gobierno ha decretado este año nuevos aumentos de precios, primero en los precios de las materias básicas y después en los artículos de primera necesidad. Esto asfale al pan, electricidad, gas, periódicos, hulla, antracita, transportes ferroviarios, productos siderúrgicos, cemento y tarifas postales. Aumentos que varían entre el 10 y el 63%.

La repercusión que estos aumentos van a tener en el acrecentamiento de los gastos de producción y por tanto en el incremento de la carestía de la vida, no necesita de grandes explicaciones.

No solo anula el pequeño aumento de salarios impuesto por la protesta de la clase obrera, sino que el poder adquisitivo de los mismos, el salario real, disminuirá, en muchos casos ha disminuido ya, en relación con el que existía antes del aumento.

Resumiendo el cuadro expuesto a grandes rasgos de la situación de las masas de la ciudad y del campo y de la pequeña y media burguesía urbana, podemos decir que el franquismo ha reducido el nivel de vida de la inmensa mayoría de los españoles en beneficio de una minoría de magnates de la Banca, de los monopolios industriales y comerciales; en beneficio del capital extranjero, en particular del capital norteamericano, en beneficio de los planes de guerra del imperialismo yanqui.

Tal es la < justa > y cristiana distribución de la riqueza que proponen los franquistas.

EL PODER DE LOS MONOPOLIOS

Durante los quince años transcurridos desde la instauración del franquismo en nuestro país, el proceso de desarrollo monopolista del capitalismo en España se aceleró considerablemente.

Solo seis grandes Bancos controlaban el 31 de diciembre de 1952 más del 63% del activo de toda la Banca española y el 70% de todas las cuentas corrientes. Los grupos bancarios, encabezados por esos seis grandes Bancos, controlaban en la misma fecha el 87,18% de todo el activo, el 89,54% de todas las cuentas corrientes y el 94,01% de todas las letras de cambio descontadas. Los seis Bancos más importantes controlan el 65% de la industria española.

En la producción de energía eléctrica unas cuantas grandes empresas agrupadas en el gigantesco trust conocido por UNESA monopolizan más del 81% de la producción total de energía eléctrica, dictan los precios de la electricidad, sirven energía a las actividades industriales que les interesa favorecer y privan de ella a las que les conviene liquidar.

Nueve grandes empresas monopolizan el 87% de toda la capacidad productiva de cemento.

Las grandes empresas siderúrgicas < Altos Hornos de Vizcaya > y < Duro-Folguera > producen el 80% del lingote de hierro y de acero que se fabrica en España.

Una sola gran empresa petrolífera, la « Refinería de Escombreras », refina los dos tercios del petróleo que se consume en España.

Tres o cuatro grandes empresas tienen el monopolio de las construcciones navales.

Algo semejante ocurre en la metalurgia y en la construcción de maquinaria, en la industria química, en la construcción y en el transporte.

El monopolio se ha desarrollado también en gran escala en la industria ligera.

Dos grupos de empresas, la « Papelera Española » y « Papeleras Reunidas », dominan completamente el mercado papelero.

En manos de tres compañías, la « General Azucarera de España », « Industria Agrícolas S.A. » y « Ebro » se concentran casi todas las fábricas azucareras.

En la industria textil, pese a que se caracteriza por una gran dispersión, se han desarrollado bajo el franquismo grupos monopolistas, como el de Muñoz Ramonet, que de 65 obreros que tenía ha pasado a 13.000. Este grupo monopolista controla el 15% de la producción textil y construye nuevas modernas fábricas, mientras centenares de empresas textiles están al borde de la quiebra. Las grandes empresas monopolistas amenazan con absorber o hacer desaparecer a manufacturas textiles que fabrican el 40% de la producción textil.

En la industria del calzado el trust Segarra monopoliza gran parte del mercado.

El capital monopolista se ha introducido igualmente en la agricultura controlando una gran parte de la producción agraria a través de diferentes organizaciones monopolistas estatales o privadas.

El Servicio Nacional del Trigo monopoliza la compra de toda la producción triguera del país a los precios de tasa que establece el gobierno. Detrás del Servicio Nacional del Trigo están los Bancos que financian sus operaciones y los consorcios harineros.

Los campesinos arroceros son explotados por la Cooperativa Nacional del Arroz, que monopoliza la cosecha arrocera y fija los precios de compra al campesino.

Los campesinos remolacheros están a merced de las tres grandes empresas constituidas en trust, que monopolizan casi totalmente la compra de la remolacha y que valiéndose del gobierno franquista fijan precios ruinosos a la remolacha, mientras mantienen los altos precios del azúcar.

Los campesinos algodoneros son explotados por el trust llamado HYTASA y por el grupo de socios de Nicolás Franco, que controla la « Compañía Española Productora de Algodón Nacional S.A. » /CEPANSA/ y las Algodoneras de Levante, de Castilla, del Ebro, de Cataluña y de Canarias.

A los cultivadores de naranja los explota el grand monopolio exportador constituido por el Banco Central y su filial el Banco de Valencia, junto con el Banco Exterior de España /Banco oficial que es, en realidad, un feudo de Juan March/, que dispone de numerosas empresas a este

efecto, de astilleros propios, de compañías de navegación, etc., y de todas las palancas oficiales.

Está el Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas, el monopolio del tabaco, los monopolios aceiteros, etc...

La Compañía « General Azucarera de España » ha incrementado sus beneficios el último año en un 40%, y de 275.000 pesetas en 1935 han pasado a 65 millones en 1953.

La Campaña « Asland », de cemento, ha obtenido unos beneficios en 1953 de 27 millones, frente a 21 en 1952 y 2 millones en 1935.

« Minas del Rif » ha obtenido en 1953 unos beneficios de 150 millones de pesetas, contra 105 millones en 1952 y 13 millones en 1945.

La « Iberduero » ha cerrado el último ejercicio con 125 millones de beneficios frente a 96 en 1952 y 33 en 1945.

« Saltos del Sil » ha pasado de 12 millones de pesetas en 1952 a 27 millones en 1953.

La « Española de Construcciones Eléctricas », ha cuadruplicado sus beneficios en un año, saltando de 2.200.000 pesetas en 1952 a 8,6 millones en el año pasado.

El « Consorcio Nacional Almadrabetano », pasó de 21,5 millones en 1952 a 33,4 en 1953.

« Manufacturas Metálicas Madrileñas », ha saltado de 11,6 millones en 1952 a 25 millones de pesetas en 1953.

Y mientras numerosas empresas textiles quiebran, la SNIACE ha visto aumentar sus beneficios de 106 millones de pesetas en 1952 a 138 millones en 1953, frente a menos de medio millón de pesetas en 1945.

Una vez adueñados del Poder, los grupos más rapaces de la oligarquía financiera utilizan a fondo el Estado para el desarrollo de sus negocios.

En vez de invertir solamente sus propios recursos financieros utilizan los fondos del Estado para colocarlos en empresas donde ellos no quieren arriesgar sus capitales, o porque los suyos son insuficientes, principalmente en las empresas ligadas a la política de guerra del franquismo.

Como consecuencia de ese proceso, en el periodo franquista ha tomado grandes proporciones el capitalismo monopolista de Estado, de manifiesto carácter bélico. Su expresión más destacada es el llamado Instituto Nacional de Industria, que agrupa a más de 45 grandes empresas de casi todas las ramas de la industria nacional. Este es el consorcio más potente existente en España, que centraliza en sus manos cerca del 10% del capital de todas las Sociedades Anónimas.

En su dirección figuran numerosos jefes militares y prácticamente se encuentra bajo la dirección y el control del Estado Mayor Central. Este consorcio estatal concentra en sus manos una parte importante de la producción minera, petrolífera, química, metalúrgica, eléctrica y ahora se extiende, con la construcción de la gran factoría de Avilés, a la industria siderúrgica.

Este es el instrumento principal de la militarización de la economía nacional en la preparación de España para la guerra. Sus beneficios dependen de la producción de guerra, y por ello, es una de las principales fuerzas interesadas en la transformación de España en una base militar norteamericana.

El crecimiento del capital monopolista en todas las esferas de la vida económica lleva aparejada, cada vez más, la transformación del Estado de instrumento de toda la burguesía y los terratenientes en su conjunto, en instrumento de los círculos más rapaces y agresivos del capital monopolista de la oligarquía financiera.

La pretendida economía « dirigida » del franquismo es en la práctica la supeditación total del aparato del Estado al dictado de las más rapaces sociedades monopolistas. El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado es la máxima expresión de ese proceso. La fascistización del Estado está estrechamente ligada al mismo. A su vez el Estado fascista, una vez nacido, acelera extraordinariamente todo ese proceso al servicio de sus propios engendadores. Así ha ocurrido en España, como antes ocurrió en Alemania e Italia.

El desarrollo del capital monopolista y en particular del capitalismo monopolista de Estado, con la creación del Estado fascista, crea las máximas dificultades a la lucha liberadora de la clase obrera y de las masas populares, pero al mismo tiempo agudiza en grado extremo todas las contradicciones que conducen a su destrucción.

El desarrollo de las formas monopolistas y en particular del capitalismo monopolista de Estado, significa llevar a su límite, dentro de los marcos del capitalismo, la socialización del proceso de producción. Así llega a su máxima agudización la contradicción fundamental entre esa socialización y la apropiación capitalista-monopolista, la contradicción entre trabajo y capital.

Ese desarrollo monopolista entra en contradicción, cada vez más violenta, con el conjunto de la base económica dispersa, atrasada, débil, predominantemente agraria, con fuertes supervivencias feudales de la economía española.

El capital monopolista no sólo explota a los obreros y campesinos, provoca también la ruina de los pequeños industriales y comerciantes, incluso de empresas de importancia. Les ahoga mediante la política de precios monopolistas, mediante el control sobre las materias primas y la energía eléctrica, sobre las exportaciones e importaciones, sobre las divisas, etc...

Los monopolios de la industria pesada provocan ellos mismos la escasez, como ocurre con el acero, el cemento, la energía eléctrica y otros productos, para mantener los altos precios oficiales y vender en el mercado negro a precios aún más exorbitantes. De esta manera obligan a la industria de transformación a pagarles un tributo en forma de altos precios, lo que frena el desarrollo industrial y encarece la producción.

Al mismo tiempo, se agudiza la lucha entre los diversos grupos del capital monopolista por el control de los resortes del Estado, la lucha por los mercados y las materias primas.

Un ejemplo de esa lucha es la instalación de la siderúrgica de Avilés, por el INI, que ha entrado en conflicto con los intereses de Altos Hornos de Vizcaya y de otras grandes empresas siderúrgicas.

Otro caso que ilustra esa sorda lucha es el conflicto entre el Banco Central, advenedizo del régimen, y el resto de la gran Banca controlada por el capital vasco. El Banco Central, hasta la sublevación fascista tenía una importancia secundaria. Hoy ocupa el tercer puesto, detrás del Banco Hispano-Americano y el Español de Crédito. El grupo bancario controlado por el Banco Central se ha convertido en el más poderoso.

La rivalidad entre los diferentes grupos de la oligarquía financiera se manifiesta con especial fuerza en Cataluña. En estos últimos años ha sido absorbida la Banca catalana. Los viejos financieros catalanes agrupados en la Lliga se han incorporado en lo fundamental a los Bancos vascos, mientras que los de más acusado matiz franquista, como el conde de Ruiseñada, el barón de Viver y los estraperlistas como Muñoz Ramonet y Marcel Coll, se han unido al Banco Central. La lucha de intereses entre los grupos del capital monopolista ha adquirido caracteres agudísimos en torno a las concesiones para la construcción del tractor nacional, alrededor de los negocios eléctricos de la « Barcelona Traction »; en torno a la adquisición de una sucursal del Banco de la Propiedad, de Sabadell, por el Banco Central, etc.

Se manifiesta esa lucha alrededor de « Tranvías de Barcelona » y « Aguas de Barcelona », controladas todavía por el grupo de la Lliga, y a las que pone cerco la voracidad del Banco Central. La lucha está entablada con ocasión de los proyectos de saltos eléctricos sobre el río Ebro. En la batalla entablada entran en juego los intereses de los imperialistas extranjeros.

LAS CONSECUENCIAS DEL PACTO YANQUIFRANQUISTA PARA LA ECONOMÍA ESPAÑOLA

Las contradicciones de la economía española se agudizan por el hecho de que en el desarrollo monopolista del capitalismo en España juega un papel determinante el capital extranjero, sobre todo el capital americano que en el « avasallamiento y el saqueo sistemático » de España, junto con el de otros países, encuentra una de las fuentes principales de los máximos beneficios que exige su desarrollo.

El capital americano ocupa fuertes posiciones en la producción de energía eléctrica y sobre todo en la industria de material eléctrico y radio técnico; tiene el control en el suministro y refinado de petróleo; controla la compañía telefónica « nacional »; tiene posiciones clave en las incipientes industrias de construcción de automóviles, camiones y tractores; en la industria química, en los transportes aéreos, en las comunicaciones radiotelegráficas, etc. Ocupa importantes posiciones en el capital bancario, en la industria minero-metalúrgica.

Las posiciones del capital monopolista americano en la economía y la política de España son tales que le permiten apropiarse la parte del león en el conjunto de los beneficios que recibe el capital monopolista invertido en España. Por ejemplo: en 1950, las 187 mayores empresas

de la industria y la Banca obtuvieron, por término medio, un beneficio del 19,45% del capital invertido. En cambio, cinco compañías americanas (Ford Motor Ibérica, General Electric, Standard, Telefonos, Mollinos-Madriditas) declararon un beneficio medio del 33,09% del capital invertido.

La General Electric, que se distingue por las fuertes posiciones monopolistas que ocupa en la economía española, como principal fabricante de material eléctrico, obtuvo beneficios del 61,09%.

Y es significativo que ese mismo año de 1950 el capital americano invertido en los países capitalistas hubiera obtenido por término medio el beneficio de 30,2%. España, por tanto, figura entre los países donde los imperialistas yanquis obtienen mayores ganancias, superiores al promedio mundial.

La dominación del capital imperialista americano no sólo frena al desarrollo económico del país, como sucedió en su época con la penetración del capital inglés, francés, belga, sino que entraña la supeditación de la economía de España a la política de guerra de los grupos más agresivos y aventureros del imperialismo americano.

Esa supeditación es el factor más importante que determina la militarización de la economía española, la hinchazón parasitaria de los sectores que producen para la guerra, y la atrofia y decadencia de las ramas que producen para las necesidades nacionales.

El pacto yanquifranquista, firmado en septiembre de 1953, inaugura una nueva etapa en esa deformación militarista de la economía española ajustada a las necesidades del Pentágono, y en la penetración del capital yanqui. Es una nueva etapa en la colonización de España por los monopolios norteamericanos. Es la subordinación más ventajosa y más cómoda de la economía española, pues de un solo golpe han conseguido poner íntegramente la máquina estatal a su servicio.

Las vanas ilusiones que se habían hecho algunos capitalistas españoles de recibir ayuda en dólares para el desarrollo industrial y agrícola del país, se han desvanecido.

Los dólares americanos están destinados íntegramente a fines militares como se deduce de las cláusulas del pacto. La propaganda franquista especula con la división entre la «ayuda militar» y la «ayuda económica», tratando de hacer creer que esta última está destinada a desarrollar la economía nacional.

Esto es falso. En la nota oficial con motivo de la firma del pacto, refiriéndose al destino de los 226 millones de dólares asignados para empezar, se especificaba que «141 millones de dólares serán empleados en gastos MILITARES y los 85 restantes serán destinados a fortalecer la base económica del programa de cooperación MILITAR».

Dicho con otras palabras: los 85 millones de la sedicente ayuda económica también están destinados a la preparación militar de España, a intensificar la producción de aquellas materias, a construir aquellas líneas férreas, o a desarrollar aquellos cultivos que interesan a los planes de guerra americanos y no a las necesidades económicas de España.

Una demostración de ello son las declaraciones hechas a la prensa el 10 de julio por el ministro de Obras Públicas, en las que reconoció abiertamente qu

« en lo concerniente a los ferrocarriles, la ayuda americana se limita por el momento a rejuvenecer y modernizar la parte de la red española que ha servir directamente a las importantes obras de tipo militar que se han de construir en la región de Cádiz y Sevilla ».

Con este fin, los yanquis asignan once millones de dólares que supondrán el tener que ingresar en la « cuenta especial » 440 millones de pesetas, sin contar, como ha agregado él mismo,

« que estas obras también darán lugar a una serie de gastos en pesetas que los ferrocarriles españoles deben sufragar y que se estiman en 323 millones de pesetas de fondos propios ».

En total, 763 millones de pesetas a costa de los españoles para sufragar los planes del Pentágono. Y eso lo llaman « ayuda económica ».

Los 85 millones de dólares se han asignado fundamentalmente para la adquisición de materias primas y maquinaria con destino, bien a la industria de guerra, bien a la que abastece a aquella de fabricados o a la construcción de las bases. Otras cantidades se asignan a la industria eléctrica, a las fábricas de cemento, a la aviación, etc... Para reponer la maquinaria de la industria textil, tan urgentemente necesitada de ello, ni un dólar.

Pero si el pacto no da ni un dólar para las industrias que no están ligadas a los planes americanos en España, por otro lado, entraña nuevos aumentos exorbitantes en los gastos del Estado destinados directo o indirectamente al rearme de España y a su transformación en base aeronaval americana.

Como es sabido, el gobierno franquista se ha comprometido a depositar en una cuenta especial el valor en pesetas de las mercancías americanas que sean enviadas a España sobre la base del pacto.

Esto quiere decir que el valor en pesetas de los 85 millones citados, o sea 3.400 millones de pesetas, así como el de las cantidades que se asignen en los años siguientes, tiene que ser depositado en la cuenta especial al tipo de cambio que decida el gobierno norteamericano, quedando a plena disposición de Washington.

Según informaciones de las revistas económicas españolas, el rearme de España y la construcción de las bases representará unos 2.000 millones de dólares, o sea 80.000 millones de pesetas, más de tres veces el presupuesto total del Estado.

Esto por un lado. Pero además, en el pacto el gobierno franquista se compromete a emplear todos los recursos necesarios para reforzar el potencial bélico de España, se compromete también a la producción de « los productos originarios de España que los Estados Unidos necesiten, como resultado de deficiencias reales o potenciales de sus propios recursos y para la formación de stocks y otros fines »; es decir, se compromete a intensificar la extracción de minerales y la producción de productos agrí-

colas y otros que sean necesarios no a España, sino a la máquina de guerra norteamericana.

Estos compromisos que el gobierno franquista contrae en el pacto, significan nuevos miles de millones de pesetas que sumados a los de la cuenta especial dan una idea parcial de la carga que el pacto significa para la economía española, para el pueblo español.

Para cubrir estos gastos, el gobierno recurrirá, recurre ya, a nuevos aumentos de los impuestos y contribuciones, como lo demuestra que la recaudación por este concepto para el presupuesto de 1954-55, en relación con el de 1952-53, prevé un aumento de casi 4.900 millones de pesetas.

El gobierno recurrirá, y recurre ya, a nuevas emisiones de deuda pública, como lo demuestra la emisión de 4.000 millones en junio de este año, destinados al cumplimiento de los planes derivados del pacto. El gobierno recurrirá a nuevas emisiones de papel-moneda.

El resultado inevitable será un incremento de la inflación con su secuela de agravación de la carestía de la vida y de descenso del nivel de vida de las masas.

Los aumentos de precios que han tenido lugar este año, a los que ya anteriormente me he referido, demuestran que ese proceso está en marcha, que la inflación avanza sin cuidarse de las afirmaciones franquistas sobre que la inflación sería evitada.

La industria y la agricultura, que no producen para los planes militares del Pentágono, no sólo sufrirán nuevas dificultades con el aumento de los gastos del Estado, con el aumento de los precios de las materias primas, de la energía y del combustible, con el descenso de la capacidad adquisitiva de las masas, sino que sufrirán - y ya han empezado a sufrir - la ofensiva en toda la línea de las mercancías y los capitales americanos, a los cuales el pacto les entrega las llaves de la economía española.

El pacto exime á las mercancías y capitales yanquis de los siguientes impuestos y aranceles; impuesto sobre la transmisión de bienes y derechos reales; derechos de importación; derechos de exportación; transportes e impuestos del timbre; impuestos de usos y consumo; impuestos provinciales; impuestos municipales; impuestos sobre industrias u oficios y profesiones; cualquier impuesto adicional que sea de aplicación. Es decir, les exime de todas las cargas que soportan los capitales y las mercancías españolas o de otros países en España.

Las repercusiones que esto va a tener para la industria, el comercio y la agricultura españolas son incalculables. Desde hace más de 50 años, los productos agrícolas e industriales se han podido defender de la competencia extranjera en el mercado nacional, gracias a la política proteccionista de todos los gobiernos, independientemente de su color político. La ruptura de esa política en favor de las mercancías americanas tendrá consecuencias catastróficas para los intereses de la economía española.

Ya el fuel-oil americano está desplazando al carbón español de los ferrocarriles, de la industria del cemento, centrales térmicas y de otros sectores.

La producción de carbón ha iniciado una tendencia al descenso. En

visperas del pacto fueron suprimidas una serie de primas, cánones, etc., que tenían por objeto estimular la producción de carbón.

Se importan productos siderúrgicos, carriles, laminados, en competencia con la siderurgia española, en vez de facilitar la ampliación de ésta.

Se importan locomotoras americanas que podrían fabricarse por la industria nacional.

Se importa trigo americano que podría producirse en el campo español, si sobre él no pesaran las consecuencias del franquismo. Se importa algodón americano que podría cultivarse con éxito en España.

A la invasión de mercancías va unido un reforzamiento de la invasión de capitales. Ya están ahí, como avanzada, las empresas constructoras de las bases que han instalado sus sedes en Madrid, y que según algunas informaciones, explotarán a unos 9.000 obreros españoles.

La explotación brutal de éstos, sirviéndose de la tiranía fascista, es uno de los grandes alicientes del capital americano.

En la revista americana « Engineering News Record », de mayo de 1953, se decía, refiriéndose a las empresas americanas que construyesen las bases americanas en España :

« ...No tropezarán con huelgas que entorpezcan los trabajos. Existen asociaciones de obreros llamadas Sindicatos, pero dependen del Gobierno y han sido organizada por éste... »

Y refiriéndose a los precios de los materiales, agregaba :

« Se observa que aunque son menores que en los Estados Unidos, la reducción es solo de un 30%. En cambio, el tanto por ciento del costo de la mano de obra es cerca del 90% menos de lo que se paga en los Estados Unidos. Ni que decir tiene la economía que esto significará en la construcción de bases en España ».

El pacto entraña no sólo la agudización de la competencia en el mercado nacional, sino mayores dificultades para la industria y la agricultura españolas en los mercados exteriores.

El capital monopolista americano, lo mismo que hace en otros países, practica con España la política de exigir que se derriben delante de él las barreras aduaneras como figura en el pacto, pero manteniendo él las altas barreras para los productos de los demás países. El déficit del comercio de España con los Estados Unidos crecerá cada vez más.

Por otra parte, mientras más se acentúa la dependencia de España del imperialismo norteamericano, mayores serán sus dificultades para desarrollar el comercio tradicional con Francia, Inglaterra y otros países europeos.

En los momentos en que importantes sectores de la burguesía francesa, inglesa, alemana y numerosos pequeños países se orientan cada vez más decididamente, a despecho de las amenazas de Washington, a desarrollar el comercio con la Unión Soviética y los países de democracia popular, el franquismo cierra cada vez más esa posibilidad a la burguesía española.

La obtención de beneficios máximos por los trusts norteamericanos exige que paguen su tributo no sólo los trabajadores españoles, no sólo la

pequeña y mediana industria y los campesinos, sino también importantes grupos del capital monopolista, cuyos intereses entran en conflicto con los de los trusts norteamericanos.

La realización de los planes previstos en el pacto divide y dividirá cada día más al capital monopolista que actúa en España en dos grupos: el grupo del capital americano y de los grupos monopolistas españoles asociados a sus negocios, y los restantes grupos del capital monopolista español y del capital monopolista de otras potencias.

La lucha entre estos dos sectores jugará un papel cada vez más importante en la economía y en la política de España y puede constituir una importante reserva indirecta de la lucha por el derrocamiento del franquismo y, por la liberación de España del yugo americano.

LA CRISIS ECONOMICA DE SUPERPRODUCCION.

Sobre el sombrío fondo de la situación creada en la economía española por quince años de franquismo, de dominación de los grupos más rapaces de la oligarquía financiera y del imperialismo americano, aparece ahora, por segunda vez en el período franquista, la crisis cíclica de superproducción.

La contracción del mercado capitalista mundial a la que me he referido anteriormente, crea las premisas para que las crisis cíclicas de superproducción, inherentes al capitalismo, se hagan más frecuentes y más destructoras.

El capital monopolista internacional, en primer lugar el capital monopolista americano, trata de evitar el desencadenamiento de las crisis periódicas intensificando la militarización de la economía para utilizar los sobrantes crónicos de la producción en el mercado de guerra, en los pedidos militares del Estado, financiados con el dinero de los contribuyentes.

Pero el imperialismo no puede destruir ni cambiar las leyes objetivas que rigen su propia existencia. La expansión de la producción de guerra reduce, en fin de cuentas, hasta límites extremos, la capacidad adquisitiva de las masas, agudiza por tanto la contradicción entre la capacidad de producción de la economía nacional y la capacidad de consumo de las amplias masas, y en definitiva conduce a las crisis de superproducción sobre una base aún más profunda y violenta.

La crisis industrial de superproducción que se ha iniciado en los Estados Unidos y en otros países capitalistas se entrelaza con la crisis agraria aparecida después de la segunda guerra mundial en el mundo capitalista.

En la España franquista, al igual que en los Estados Unidos, se inició en 1948 la crisis cíclica de superproducción que se contuvo en 1950 como consecuencia de la agresión yanqui al pacífico pueblo coreano, debido por una parte a la demanda exterior de materias primas de carácter estratégico, de víveres y de algunos productos manufacturados, y por otra, a la intensificación de la militarización de la economía española.

Paralelamente a este proceso se redujo el poder de compra de las

masas, elevándose el índice del coste de la vida de 477,5 en 1949 a 584,9 en abril de 1954, en relación a la base 100 en 1936.

Al mismo tiempo, el agro vió reducir sus ingresos como consecuencia de la mala cosecha y las pérdidas sufridas por algunos cultivos y por el ganado.

La crisis de superproducción afecta a la industria de la alimentación. La producción de azúcar en la campaña de 1952-53 fué superior a la del año precedente, pero como en el año 1953, debida al alto precio del azúcar, disminuyó el consumo interior y las exportaciones no absorbieron los sobrantes, se creó un grave problema de superproducción que ha provocado el descenso de la producción en la campaña 1953-54.

El periódico « Pueblo » escribía : « Una producción discreta de 400.000 toneladas hace el efecto de una inmensa catástrofe, aunque el consumo del azúcar del español medio sigue siendo típicamente medieval o de colonia africana ».

En efecto, el español consumió en 1953 unos 7,8 kilos de azúcar al año, mientras que en Inglaterra se consumen 50 kilos.

La crisis afecta a la producción de vino, cerveza, embutidos, pastas para sopa, etc. ; afecta a la industria conservera, pesquera, etc.

La cantidad de pesca contratada en lonja ha disminuido en 1953 en un 18%, en relación con 1952, y su valor, en un 21,5%. Esta disminución ha representado una pérdida para los pescadores de 700 millones de pesetas.

La crisis de las ramas de la industria de la alimentación se extiende a otras ramas de la industria.

La producción de aceite de orujo y grasas desdobladas para jabones ha descendido en un 47%. La producción de materiales destinados a la construcción más económica y popular y a las reparaciones ha descendido de forma impresionante. La producción de yeso en 1953 ha sido inferior en un 79% a la de 1952 ; la de cal hidráulica, en un 24%, y la extracción de arcilla en un 21%.

La rama de la industria química productora de colorantes ve reducir su producción a consecuencia de la crisis textil. Ha disminuido en 1953 la producción de ácido sulfúrico, nítrico y carbonato sódico, así como la de sulfato amónico y oleum, base de la producción de abonos nitrogenados, hasta el punto de que sólo se utiliza el 50% de su capacidad de producción. La producción de azufre ha descendido en un 16% ; la de oxiaeno, en un 41%.

La crisis empieza a extenderse a la industria pesada.

« El Economista » escribía a principios de este año :

« El cambio de coyuntura, por tanto, es innegable. La misma industria pesada, que hasta aquí no había sentido disminución de la demanda, empieza a sentirla. Firmas que antes tenían cartera de pedidos por dos o tres años, ahora no la tienen ni para uno ».

Y la Memoria de « Altos Hornos » de Vizcaya, presentada a la Junta de accionistas el 6 de mayo último, reconoce que « en lingote empiezan a anularse algunos pedidos ».

La crisis industrial se entrelaza con la crisis agraria que reviste caracteres no menos graves.

Si en 1952 se produjo la crisis de la patata, y decenas de miles de toneladas se pudrieron sin encontrar salida, mientras decenas de miles de familias padecían hambre y muchos campesinos se arruinaron, en 1953 tuvo lugar la crisis de la remolacha. Millones de kilos de remolacha no encontraron salida. El gobierno tomó medidas draconianas. Ordenó la reducción de la superficie de cultivo y amenazó con arrancar la remolacha que fuera plantada infringiendo las normas dictadas por él. Entre estas normas figuraba la prohibición de plantar remolacha que no fuera previamente contratada con el trust azucarero, poniendo así a los cultivadores en manos del trust. En beneficio del trust el gobierno rebajó el precio de compra de la remolacha a los campesinos, de 725 pesetas la tonelada a 660, y más tarde a 600.

Está en pleno desarrollo la crisis vitivinícola, que afecta a más de 400.000 campesinos cultivadores de la vid. Aparece la superproducción, pese a que la producción es de unos 14-16 millones de hectólitros, frente a 20 o 22 millones de promedio en 1926-35.

La crisis afecta igualmente al arroz, donde se acumulan los excedentes, mientras se impone a los campesinos un cupo obligatorio de 100.000 toneladas; donde se comienza a obligar a arrancar pequeñas plantaciones, mientras se autorizan en Sevilla grandes explotaciones arroceras de más de mil hectáreas.

La crisis golpea duramente a los cultivadores de cebolla de Levante, a los productores de pasas de Málaga y Denia, por haberse perdido numerosos mercados exteriores.

Está en crisis la naranja que también ve reducidos sus mercados exteriores como ya indicábamos antes. El gobierno ha prohibido la plantación de nuevos naranjos.

Está en crisis el olivo, habiendo bajado verticalmente los precios de orujo para la fabricación de aceite.

La crisis afecta también a la ganadería. Los campesinos se ven obligados a deshacerse del ganado debido a la carestía de los piensos. Se ha reducido el consumo de carne de 23,4 kilos por habitante y año, de promedio en el período de 1931-35, a 12 kilos en los años 1951-53. Las importaciones de cueros y lanas impuestas por los sectores industriales monopolistas, como también la contracción de las exportaciones de pieles sin curtir, hundieron los precios y precipitaron el sacrificio del ganado.

El desarrollo de la crisis de superproducción industrial y agraria es tan evidente que la prensa y especialmente las revistas económicas se ven obligadas a reconocerlo con toda claridad.

La revista agraria « Ceres » del 15 de marzo de este año sintetiza así la situación agrícola :

« Malas cosechas, malos cobros y malas ventas de la poca que se puede recolectar, los mercados mayoristas de cereales, legumbres secas, grano para pienso y forrajes se hallan totalmente paralizados ».

Y agregaba que a los factores internos se suman las « importaciones

inesperadas», aludiendo a las importaciones de trigo americano que amenazan con extender la crisis a la producción triguera española.

Algunos síntomas se manifiestan ya, como puede verse por la cita de « Ceres, « pese a la mala cosecha de cereales de 1953, los mercados cerealistas se encuentran paralizados a principios de este año ».

El 15 de abril, la misma revista escribía :

« Liquidaciones por todas partes ; rebajas grandes ; ofertas de artículos con precios ruinosos. Esta es la marea baja que tiene el mar de la economía nacional... A muchos peces y mariscos los ha llevado la corriente bajista a una ruina total de sus negocios ».

Bajo estas metáforas marinas la revista alude a las numerosas empresas pequeñas y medias que son barridas por la crisis. En otra información dice :

« Son innumerables las letras de cambio que se devuelven por los Bancos ; asistimos a la mayor crisis de ventas en la historia económica nacional... porque hasta pag se vende menos y hasta hojas de afeitar. ¿ Terminará la gente por dejarse la barba por la crisis ? ».

Señala que en todos los sectores « para evitar ruinas reducen los gastos, reducen el personal, cuyas vacantes ya no se ocupan y en muchos casos se realizan despidos con indemnizaciones y no digamos las tiendas y almacenes que van cerrando definitivamente por perder dinero ».

« El Economista » del 3 de abril se refería a numerosas industrias que

« ahora se encuentran con la amenaza del paro al ser eliminadas sin remedio del mercado... La industria mediana - dice la revista - se considera como la verdadera víctima de la situación ».

Refiriéndose a los pequeños industriales y artesanos dice :

« Tendrán que volver a ser obreros ».

El imperialismo yanqui utiliza el pacto concertado con el franquismo para tratar de aliviar a costa de España la crisis de superproducción que se inicia en los Estados Unidos.

Los yanquis piensan pagar los millones de dólares invertidos en España con « sobrantes agrícolas de las últimas cosechas ».

Las importaciones de productos agrícolas americanos no solo amenazan la producción agrícola española, sino que repercuten gravemente en dificultar las exportaciones de las manufacturas españolas. Un ejemplo ilustrativo es que las importaciones de trigo americano han determinado la suspensión de las importaciones de trigo turco, y con ello los fabricantes de tejidos españoles pierden la posibilidad de exportar géneros españoles a Turquía, como contrapartida de las importaciones de trigo agudizando la crisis de la industria textil. Esas mismas importaciones han cegado las posibilidades de exportación que existían al Canadá y Australia.

La crisis está trayendo ya el paro para miles de obreros, la reducción de los ingresos para los que siguen ocupados, la bancarrota de millares de pequeñas y medias sociedades comerciales e industriales, la ruina de cientos de miles de campesinos.

La crisis agudizará todas las contradicciones que exigen objetivamente

la liquidación de la dictadura franquista. Plantea la necesidad de esta liquidación con más urgencia y apremio, y por tanto, hará más evidente la necesidad de la unión de todos los intereses afectados, de todas las clases y grupos sociales perjudicados, oprimidos, golpeados por el franquismo, para liquidar a éste y realizar un cambio radical en la orientación política y económica del país.

LA CRISIS DEL FRANQUISMO

Todo lo enunciado, que muestra la profundidad de la crisis económica de la España franquista, así como los rasgos de la lucha, y la resistencia al franquismo de que hablaré más adelante, confirman lo que el Partido Comunista había afirmado en 1939, frente al pesimismo de los dirigentes socialistas que sostenían que había franquismo para cincuenta años, o frente a las posiciones de otros dirigentes republicanos o anarquistas que consideraban que la etapa democrática en España se había cerrado, sin posibilidad de resurgimiento.

El Partido Comunista ha sido el único que ha manifestado frente a todos estos diversos y pesimistas criterios la opinión de que el franquismo era un régimen terrorista, sangriento, más precario, temporal.

Ahora, aún los menos optimistas, están convencidos de que « eso » es decir, el franquismo, no puede durar.

Las cifras, datos y hechos que he presentado a vuestra consideración muestran la agudeza de la crisis económica del franquismo y explican algunos de los fenómenos de la crisis política, que aparecen públicamente. Esta crisis continúa desarrollándose y la lucha por cambios políticos, está colocada al orden del día ante todas las fuerzas interesadas en la salvación de España.

Sin embargo, no hay que creer que la crisis puede desembocar por sí sola en un cambio revolucionario, como el que es necesario en España. La experiencia histórica muestra que no todas las crisis revolucionarias desembocan en revoluciones.

¿ Cuáles son los factores objetivos necesarios para la realización de los cambios revolucionarios ?

Primero, la imposibilidad para las clases dominantes de mantener sin cambios las formas de su dominación ; que cualquier crisis en las alturas, crisis política de las castas dominantes, se agudice por la agravación del descontento y de la indignación de las clases oprimidas.

Para el estallido de la revolución no suele ser suficiente que los de abajo no quieran continuar soportando su miseria, sino que es obligado que los de arriba no puedan seguir gobernando al viejo estilo.

Segundo, agudización por encima de lo corriente de la miseria y de la pobreza de las masas.

Tercero, aumento extraordinario, como resultado de estas causas, de la actividad combativa de las masas que en la época pacífica se dejan explotar sin grandes protestas, pero que en los periodos de lucha formidosa son empujadas por toda la situación de crisis, lo mismo que las propias alturas, a una intervención histórica independiente.

Cuando coinciden estas condiciones objetivas se crea una situación revolucionaria y se abren las POSIBILIDADES de la victoria de la revolución.

Pero la transformación de estas POSIBILIDADES en REALIDADES se consigue solamente cuando a las condiciones objetivas se unen condiciones subjetivas; es decir, si a las condiciones objetivas se une el hecho de que la capacidad revolucionaria de las masas sea lo suficientemente fuerte para quebrantar el viejo sistema, el cual nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, cae por sí mismo si no se le empuja.

Veamos, pues, aunque sea de forma somera, cuales son las fuerzas en presencia de España y cual es en la actualidad la situación de estas fuerzas.

Existe la aristocracia, mantenedora de las supervivencias feudales en las relaciones de propiedad en el campo, aristocracia que oprime y explota a los campesinos y obreros agrícolas, que está fundida con la oligarquía financiera y se opone a toda reforma democrática, tanto en el dominio político como en el económico y en la cultura, y no ha aportado el menor progreso.

Es por esencia antidemocrática y reaccionaria; se sirve del franquismo como instrumento de opresión y de terror, y si en algún momento muestra veleidades antifranquistas es porque Franco no está en condiciones de satisfacer todos sus caprichos y deseos. Sin embargo, ella constituye uno de los pilares del régimen.

Existe la oligarquía financiera - monopolista que ha vendido por la ayuda americana la independencia y soberanía nacionales y que es una fuerza ferozmente contrarrevolucionaria.

Más dentro de la burguesía financiera industrial monopolista existen distintos grupos ligados a diferentes círculos extranjeros, y entre ellos surgen las mismas contradicciones que existen entre los grupos imperialistas a los están ligados. Por tanto, en la medida que se sienten lesionados por la política franquista, una parte de esta burguesía, aparece con una posición antifranquista, y desea ciertos cambios políticos.

Existe la burguesía no monopolista que no está ligada con el capital extranjero. Esta burguesía no monopolista es la burguesía de tipo medio, situada entre la gran burguesía monopolista y el proletariado, que tiene una idiosincrasia particular y que a veces se inclina hacia la democracia, especialmente cuando la burguesía monopolista la comprime y empuja a la ruina.

Esto se pone de relieve en España actualmente. Esta burguesía en los primeros años del franquismo, que coincidieron con la segunda guerra mundial, estaba al lado de Franco porque con la guerra hacía negocio. La burguesía textil catalana es un ejemplo elocuente. Cuando cesó la guerra, que para ella fué el período de la abundancia, esta burguesía ha sido la primera en sufrir las consecuencias de la crisis y la gran burguesía monopolista la golpea sin compasión, empujándola al cierre de las pequeñas fábricas. Y en Cataluña, las quiebras y la ruina de comerciantes e industriales se dan casi a diario.

Esto la radicaliza y acerca a la oposición antifranquista y puede, por

ello, ser un aliado del proletariado en la lucha por el derrocamiento del franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en nuestro país.

Asimismo, existe en España una pequeña burguesía urbana que constituye un importantísimo sector de la población española. Pequeños comerciantes e industriales modestos, artesanos y pequeños propietarios, para los cuales la vida es cada vez más difícil, y a los que si bien su voluntad los inclina hacia la burguesía, a la que querrían igualarse y a la que imitan en sus costumbres, sus intereses están cada vez más ligados a los de la clase obrera.

Para estos núcleos de la pequeña burguesía sólo existe salvación con un cambio de situación, con el restablecimiento de la democracia en España, por lo que ellos pueden constituir un aliado más o menos seguro en la lucha por el derrocamiento del franquismo.

Además de las clases y grupos enunciados anteriormente, existe en España una amplia clase media dividida en diferentes estratos, clase media acomodada, regularmente acomodada y clase media pobre, compuesta en su mayoría de empleados y funcionarios, de intelectuales y hombres de profesiones liberales.

Entre estos grupos yo quiero destacar el papel que en la lucha por el progreso y la democracia están llamados a jugar los intelectuales. No es una casualidad el hecho de que el Partido Comunista se haya dirigido de una manera especial a los intelectuales con el Mensaje que todos vosotros conocéis. No es desconocido para nosotros, ni para nuestro pueblo, el papel que intelectuales y estudiantes han jugado en las diferentes revoluciones democráticas y liberales en España.

Y no hay duda que los intelectuales volverán a jugar un papel revolucionario junto a las masas que van hacia adelante, como lo evidencian ya las corrientes antifranquistas que entre estudiantes e intelectuales discurren subterráneamente en busca de una salida.

El Partido Comunista cree en la sinceridad democrática de los verdaderos intelectuales. Y es que no puede ser de otra manera, independientemente de que haya intelectuales tan arrimados a la cola que para ellos, la única aspiración sea marchar a rastras o en la zaguera de las carrozas de los poderosos.

Pero los intelectuales « ¡ Hombres ! », esos hombres con mayúscula a los que corresponde por entero la humana exclamación de Gorki : « ¡ Hombre !... cuán orgullosamente resuena esta palabra ! », no pueden resignarse a la miseria intelectual y física a que los ha condenado el franquismo.

Y yo saludo desde nuestro Congreso a esos intelectuales, a esos estudiantes y hombres de ciencia que vienen hacia nosotros, que vienen hacia el Comunismo convencidos de que sólo el Comunismo da al hombre la plena medida de su valor humano y la posibilidad de desarrollar sus capacidades en todas las ramas del saber y de la ciencia.

Los empleados y funcionarios del Estado, constituyen una capa social a la cual hemos prestado poca atención, no obstante constituir una gran fuerza en nuestro país que puede ser extraordinariamente útil, no sólo en

el desarrollo de la lucha revolucionaria contra el franquismo, sino en el establecimiento de un régimen democrático en España.

Los empleados dependen de empresas particulares, de sociedades industriales, comerciales y financieras, de la Administración y de las instituciones culturales del Estado.

Estos empleados y funcionarios pertenecen, por su situación y por su mentalidad, a la pequeña burguesía. Pero ellos viven de su trabajo, de su capacidad intelectual o técnica, sin explotar a otros.

Y ellos, como los obreros manuales, están siempre bajo la amenaza del despido y del paro, y a veces, su vida es más dura y difícil que la de los obreros, aunque exteriormente aparezcan mejor vestidos que aquellos. Pero solo dios sabe a costa de cuántas miserias y de cuántas privaciones familiares se realiza el milagro de que el cabeza de familia vaya decentemente vestido para no desentonar en la oficina, en el despacho, o en la institución donde presta sus servicios.

Estos empleados, a pesar de su mentalidad pequeño-burguesa, constituyen por la propia fuerza de su situación, una fuerza revolucionaria en potencia que puede ser aprovechada en la lucha por el establecimiento de un régimen democrático en nuestro país.

Ellos constituyen, especialmente en el aparato del Estado, una burocracia especializada, cuya experiencia y capacidad puede servir en la reconstrucción de España sobre una base democrática.

Y para el final he dejado las dos fuerzas motrices de la revolución democrática; los campesinos y el proletariado, cuyos intereses se funden en la lucha por la democracia.

En esta comunidad de intereses se apoya nuestra política de unidad de las fuerzas antifranquistas, ya que sin los campesinos, vuelvo a repetir, no hay posibilidad de victoria de la democracia en España.

¿Cuál es la actitud de estas fuerzas en la situación actual? De abierta repulsa al régimen, especialmente en la clase obrera, que es la más consciente, la más consecuentemente democrática.

Ha sido la clase obrera la primera en romper la pasividad, la inercia, en cierta medida la resignación, impuesta a la sociedad española por la inaudita violencia del terror franquista.

La clase obrera, con su decisión y su combatividad, ha mostrado una vez más ser la dirigente en la lucha por el progreso de España, en la lucha contra la opresión y la tiranía.

La primera gran demostración de protesta por la vida de miseria a que el franquismo condenó a la clase obrera y a las fuerzas populares, fué la huelga general del año 1947 en el País Vasco.

Han sido después las luchas diarias, las diarias protestas contra los robos en los salarios, contra la imposición de normas de trabajo brutales, contra la vida cara. Mas la culminación de la voluntad de lucha de la clase obrera y fuerzas populares españolas es la gran protesta de las masas obreras y del pueblo catalán en la primavera de 1951, que asestó un golpe demoledor al franquismo, y de la cual hay que partir para comprender la rapidez de los cambios operados en las posiciones de las

diversas fuerzas sociales, que hasta entonces negaban la posibilidad de grandes luchas bajo el franquismo.

La situación y actuación de los campesinos es más compleja, ya que si se exceptúa el núcleo más homogéneo de los obreros agrícolas que llega casi a cuatro millones, los campesinos están divididos en diversos grupos y capas bien diferenciados entre sí, pero con una misma aspiración: poseer la tierra, liberarse de cargas injustas y tener mercados asegurados para la producción agraria, y productos industriales a precios proporcionados a los precios de los productos agropecuarios.

Y aunque en la lucha por el establecimiento de un régimen democrático en nuestro país el aliado del proletariado, de una manera general, son los campesinos, esta alianza es, naturalmente, más sólida y más firme con los obreros agrícolas y campesinos pobres, ya que la vida del bracero en los campos andaluces, extremeños y castellanos bajo el franquismo no tiene comparación posible con la vida de ningún trabajador, ni aún siquiera con la vida de los esclavos.

Los esclavos dependían del señor y tenían asegurada más o menos la pitanza. Los braceros españoles son — aunque la expresión resulte sangrientamente irónica — hombres libres.

Hombres libres que se mueren de hambre ellos y sus familias, hombres que no tienen trabajo más que dos o tres meses al año, hombres que se alimentan de raíces y que visten de andrajos; hombres a los que quema un sol implacable, pero aún más les quema el odio que fermenta en lo hondo de su consciencia hacia sus explotadores y hacia la sociedad que tolera la injusticia que representa su existencia.

Estos hombres que con sus familias constituyen casi la mitad de la población española, son una fuerza revolucionaria impresionante que al ponerse en movimiento, junto al proletariado industrial, será capaz de derribar montañas, de levantar sobre sus hombros una nueva sociedad, de construir una vida de justicia y de dignidad humanas.

Entre las cuestiones que para la lucha de las masas contra el régimen franquista tienen importancia de primer orden, está el problema nacional, está la lucha de Cataluña, Euzkadi y Galicia por las libertades nacionales.

En el Programa que el Partido Comunista presenta para el período de lucha por la democratización de España, el problema nacional ocupa un lugar destacado, ya que él puede jugar un grand papel en la lucha contra el franquismo, en la lucha contra la oligarquía financiera-terrateniente.

La historia de España ha sido falsificada y desfigurada permanentemente por la mayoría de los historiadores burgueses que han tendido a dar una imagen deformada del desarrollo histórico de nuestro país, con objeto de reforzar el poder centralista, el poder de la monarquía unificadora.

La unidad española se constituyó no sólo sobre la base de la liquidación de la dispersión feudal que se había ido produciendo en el transcurso de ocho siglos de reconquista, sino a costa del desarrollo de la

personalidad nacional de los pueblos existentes en la Península que fueron forzosamente asimilados a Castilla.

Para dominar a Cataluña y matar su personalidad se la debilitó, se la empobreció, se le privó del comercio con América. Se quiso hacer olvidar, sumiéndola en la decadencia, que Cataluña era un pueblo con personalidad nacional bien acusada.

Pero los esfuerzos de la monarquía centralista en el pasado y del franquismo en la actualidad por extirpar la nacionalidad catalana, por matar en el pueblo catalán la consciencia histórica de la catalanidad, fueron vanos.

Stalin ha dicho que la nación se distingue por una colosal fuerza de estabilidad. Que el sentimiento nacional, representa una poderosa fuerza, especialmente cuando las naciones oprimidas llegan a establecer su existencia en lucha contra la política de asimilación, realizada por las clases dominantes de las naciones opresoras.

Las violencias ejercidas por el franquismo contra Cataluña hacen que el sentimiento nacional, el sentimiento de su categoría histórica, soterrado bajo la presión terrorista, sea hoy más intenso que nunca, especialmente en las comarcas campesinas, y lógicamente donde antes también lo era : entre la clase media y los intelectuales, entre los empleados y comerciantes de las ciudades.

Y lo mismo ocurre con Euzkadi, aunque la formación de la nacionalidad en Euzkadi haya sido posterior y surgido a la vida política prácticamente a últimos del siglo XIX y principios del XX, no obstante la existencia secular del pueblo vasco como una formación autóctona.

La participación de la población catalana en la protesta de la clase obrera en la primavera de 1951 no puede verse únicamente como expresión de solidaridad con los obreros, sino de protesta contra el régimen franquista, como expresión de sus sentimientos nacionales, pisoteados y escarnecidos por el franquismo.

Los escarceos literarios catalanistas de ciertos grupos falangistas que se presentan como defensores de la cultura catalana, son una prueba más de la disgregación del « Movimiento », de la crisis del régimen. Estos grupos de jerarcas que se distinguieron antaño por su fobia anticatalanista trata nhogaño de conquistarse la simpatía del Pueblo catalán, cosa bastante difícil, ya que los sufrimientos infligidos a las masas catalanas, como a las de toda España, por el terror franquista, dejan huellas imborrables e inolvidables.

El pueblo catalán añora la República, y no se conformará con esa llamada autonomía cultural falangista, vieja receta reaccionaria para rehuir la solución del problema nacional, sino que luchará por conquistar el derecho a decidir libre y democráticamente su destino.

La cuestión nacional en diferentes tiempos sirve a diferentes intereses, toma diferentes aspectos en dependencia de cuando y por qué clase es promovida esta cuestión. Pero solo podrá ser resuelta justamente por la revolución proletaria, con el triunfo del socialismo. Lo que no significa que el proletariado deba desentenderse de este problema, en la lucha por la democracia, sino al contrario,

Por eso, el Partido Comunista mantiene y defiende consecuentemente, frente a la incomprensión de otros Partidos y fuerzas políticas, el derecho de los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia a la autodeterminación, incluso hasta la separación, si así lo decidieran los pueblos, si así conviniese al desarrollo progresivo de España.

Actualmente, nuevas tareas se presentan ante el Partido respecto a Cataluña y Euzkadi. En interés de la lucha contra el franquismo, en interés de los pueblos catalán, vasco y gallego, deberemos dedicar una mayor atención al problema nacional, que hasta ahora ha servido a la burguesía, tanto en Cataluña como en Euzkadi, para sus especulaciones políticas.

Deberemos esforzarnos por que el proletariado haga suyo este problema en la lucha por la liberación de España del yugo oligárquico, en la lucha contra el franquismo, en la lucha contra los intentos de las fuerzas reaccionarias nacionalistas, por servirse del movimiento nacional en beneficio propio.

La cuestión nacional en las condiciones del franquismo, especialmente en la situación de crisis de éste, debe ser un ariete que golpee sin cesar al régimen franquista, debe ser un poderoso medio de movilización de las masas por la recuperación de los derechos nacionales.

Y precisamente porque tanto la burguesía centralista como la burguesía nacionalista, cultivaron de antiguo enemistades artificiales entre los pueblos, los comunistas debemos hacer que los trabajadores españoles sientan la importancia del problema nacional; que los trabajadores de las nacionalidades oprimidas comprendan la necesidad de su unidad con el resto de los trabajadores y de los pueblos de España y tengan su criterio propio, revolucionario, proletario, de este problema, que es muy distinto del criterio burgués.

Por ello, insisto, deberemos prestar una gran atención a Cataluña y Euzkadi, los dos centros de concentración proletaria más importantes de España, en donde existe de una manera aguda el problema nacional, y cuya clase obrera va a la cabeza de la lucha contra el franquismo.

Pero que mañana, si el Partido no toma en sus manos decididamente la lucha por el derecho de los pueblos a la libertad nacional, en Euzkadi, Cataluña y Galicia pueden surgir focos de reacción nacionalista y de freno para las grandes luchas por la democracia y el socialismo en España.

Y que no extrañe a los camaradas que yo no me refiera ampliamente a la cuestión de Marruecos, que tanto ha preocupado a nuestros militantes en las discusiones, por ser éste un problema muy específico que requiere un estudio particular, que nosotros haremos cuando llegue el caso.

Hasta tanto que el pueblo marroquí no logre su unidad y determine libremente su régimen, el Partido Comunista defenderá la concesión a la zona dominada por los españoles en Marruecos las mismas libertades democráticas, sociales y nacionales que defiende para los pueblos que constituyen el Estado español.

Mas el pueblo marroquí puede estar seguro que cuenta con el apoyo

del Partido Comunista en la lucha por la liberación social y nacional de su país.

¿ COMO SE MANIFIESTA EN EL ASPECTO POLITICO LA CRISIS DEL REGIMEN ?

Cuando en 1950 la Organización de las Naciones Unidas, bajo la presión norteamericana, levantó las sanciones al régimen franquista, el general Franco y sus ministros declararon que para España habían pasado los años de las vacas fiacas y que se entraba por la puerta grande en un período de prosperidad.

Desde el levantamiento de las sanciones al régimen franquista hasta la firma del pacto entre Franco y los yanquis, han pasado tres años.

En ese interregno en el que se han ido gestando y madurando las condiciones de la entrega de España a los Estados Unidos, la prosperidad anunciada no ha llegado. Al contrario, la situación general de las masas ha empeorado, y la crisis del régimen se ha hecho más profunda: Las protestas populares encabezadas por la clase obrera en Cataluña, en la primavera de 1951, a las que siguieron las huelgas y protestas de Vizcaya, de Navarra, de Madrid, fueron la respuesta inequívoca, rotunda, de las masas a la demagogia franquista, a la política criminal y antinacional del franquismo.

Con estas protestas, comenzaba una nueva etapa en la lucha contra el franquismo. La huelga de Barcelona, fué como un trueno amenazador en el cielo franquista que estremeció la conciencia de millones de genios en toda España, que dió coraje y decisión a millares de hombres y mujeres para incorporarse a la lucha contra el franquismo.

La sacudida llegó hasta la juventud intelectual que inquieta y desasosegada buscaba caminos y oteaba horizontes por donde caminar y adonde dirigirse.

En la historia de la lucha por la libertad de España, la huelga de Barcelona quedará como un hito que recuerde el gesto de la clase obrera y el pueblo barcelonés, como un testimonio de la justeza de las afirmaciones del Partido Comunista, de que la lucha es posible en todas las situaciones.

Cuando después de esta el Partido Comunista afirmó que el régimen había sido duramente quebrantado, y que se abría un nuevo período de luchas contra el franquismo, hubo camaradas que esperaban que a la semana siguiente de la huelga de Barcelona estallasen huelgas generales revolucionarias en todas las regiones, que abocasen a una insurrección armada, que en un dos por tres derrocara al franquismo.

Al no ocurrir como ellos pensaban, como ellos interpretaban las afirmaciones del Partido, consideraban que el Partido se había equivocado en sus apreciaciones.

Y yo quiero decir que de esta concepción del desarrollo en línea recta de la revolución y de la interpretación mecánica de las afirmaciones del Partido no tienen la culpa nuestros camaradas de base, sino la propia Dirección del Partido, por no haber realizado un análisis más profundo

y exhaustivo de las huelgas y protestas de la primavera de 1951, explicando lo que éstas significaban en las condiciones de un régimen fascista y las posibles repercusiones de estas luchas en toda la marcha de la política franquista.

Más que el Partido tenía razón al enjuiciar las luchas de la primavera de 1951 como la iniciación de una nueva etapa en la lucha contra el franquismo, ha sido demostrado por la marcha de los acontecimientos en España.

Yo quiero aportar un testimonio de gran valor, puesto que se trata de la confesión de un ciudadano, que pertenece al grupo de los que en España quisieran cambiar la situación, dejando en pie todo el tinglado represivo y la base económico-social en que se apoya el régimen franquista, cubriéndolo con la corona monárquica.

En un artículo publicado a últimos del verano pasado en la revista « Ecris », de París, un catedrático de la Universidad de Madrid, el señor Calvo Serer, decía lo siguiente :

« La atonía pública impuesta por el « nihilismo de la derechas », había de provocar la primera crisis profunda del régimen. Las huelgas de Barcelona, del País Vasco y de Navarra tuvieron por causa, no tanto el malestar económico, como el cansancio y el desaliento provocados por la impotencia de ciertos ministros para reaccionar ante las exigencias naturales de los gobernados. La voluntad de suprimir « la política » tan característica de esa época, tuvo por resultado en abril de 1951 el hacer reaparecer con violencia la política. De ahí una crisis ministerial » /Subrayado por mi. D. I./»

¿ Qué quiere decir ese diplomático « hacer reaparecer con violencia la política », después de las luchas de la primavera de 1951 ?

Quiere decir, lo que el Partido Comunista había afirmado entonces mismo ; que las fuerzas políticas que permanecían a la expectativa habían sido empujadas a la lucha activa y con ello se abría un nuevo período de luchas que el franquismo está cada día más imposibilitado de impedir.

Uno de los aspectos más característicos de la crisis política del régimen franquista es el debilitamiento de Falange, el aislamiento y desprestigio de los franquistas, el abandono de las filas falangistas, no sólo de los afiliados de base, sino de los grupos políticos que se unieron en 1937 a Falange bajo la imposición de Hitler, y que hoy prácticamente constituyen agrupaciones políticas independientes, aunque todavía no se llamen partidos.

La Falange como organización política dirigente ha dejado de existir en muchos pueblos importantes e incluso en provincias enteras.

Su propio papel como organización política estatal dirigente, es cada día más insignificante, y el papel preponderante pasa, especialmente después del pacto con los americanos, a la camarilla de generales que rodea al caudillo.

El actual ejército español, por la composición y la ideología del alto mando puede caracterizarse como un ejército de casta, que actúa en la vida política como el puntal principal del régimen.

France y su camarilla de generales como Muñoz Grandes, Vigón, Gona

zález Gallarza, Valiño y otros, se han esforzado por hacer del Ejército un cuerpo armado fascista, un defensor encarnizado del régimen y por tanto, un guardián de los intereses y privilegios de la oligarquía financiera y de los grandes terratenientes.

En esta línea, Franco y la camarilla militar aplican una política de corrupción, pues muchos generales y coroneles forman parte de los Consejos de Administración de las empresas del Instituto Nacional de Industria y algunos otros han sido colocados al frente de sindicatos verticales. Además, hay generales y coroneles que participan como consejeros en las empresas y negocios de los imperialistas yanquis en nuestro país.

En la actual situación, la camarilla militar franquista, desarrolla una propaganda infame y calumniosa sobre la « amenaza soviética » y sobre el papel del ejército español « como abanderado de la cruzada en defensa de la civilización cristiana, amenazada por el Oriente suropeo ».

Después de la firma del pacto yanquifranquista, el ejército español está instruido y adaptado en su organización a los planes militares y al modelo de organización del ejército norteamericano, bajo la dirección de especialistas e instructores de las diferentes armas y servicios del ejército norteamericano. Con este mismo objetivo son enviados por el alto mando franquista, generales y oficiales españoles a Norteamérica y a la zona de ocupación americana en la Alemania occidental para recibir instrucciones de los mandos norteamericanos.

Mas, a pesar de los esfuerzos de la camarilla militar franquista por despañolizar el ejército y hacer de él una fuerza mercenaria, en el ejército se refleja y operan las contradicciones de clase que bajo la dominación franquista se han agudizado en el país.

El ejército franquista no es una entidad sólida y homogénea. Al contrario, existe en él un malestar latente, cuyas manifestaciones aparecen no sólo entre los soldados, sino también entre la oficialidad de grados inferiores.

Por otro lado, muchos de estos oficiales empiezan a ver la verdadera cara del pacto yanquifranquista. Y se conocen ya algunos casos de oficiales que expresan su descontento, que se sienten heridos en su patriotismo al ver que España está siendo convertida en una base militar yanqui.

Las ideas democráticas se van abriendo paso en la oficialidad del ejército, porque el ejército no vive dentro de una campana neumática, totalmente aislado de las ideas democráticas predominantes en el pueblo, ni tampoco está inmunizado contra las consecuencias de la crisis económica.

En esta situación se inicia, aunque todavía muy débilmente, una reacción antiyanqui en muchos oficiales y clases del ejército.

Se discute en la calle la legitimidad del régimen. Y se discute no ya por los trabajadores que odian a muerte al franquismo sino por las propias fuerzas burguesas, en las cuales se apoyó el franquismo y que constituían soportes fundamentales del régimen.

Se habla en público de la necesidad de cambios políticos y de

desfalangización, y los propios jefes falangistas se ven obligados a salir el paso de este estado de opinión, declarando, como en la concentración falangista de Charnatín de la Rosa, de Madrid, que aquello no era el « canto del cisne de Falange ».

En el ya citado artículo del profesor Serer, después de dar un cuadro del fracaso del régimen, pone de relieve la hostilidad de las masas hacia el régimen, y llama al general Franco a tomar medidas encaminadas a la realización de los cambios que exige el país.

« Nos somos ajenos al disgusto que impregna a la opinión — dice el señor Calvo Serer —, y no se nos escapa el riesgo de dejarlo desbordar. Sin embargo, sea cual fuere la gravedad de esta situación, estimamos más grave el extravío de la política nacional por caminos que conducen inevitablemente a las catástrofes que hemos sufrido. Debemos esforzarnos en examinar el desarrollo intelectual y político de las fuerzas que operan en la vida política española en estos últimos años... España aspira a una nueva política que adoptando una posición realista tenga en cuenta sus posibilidades sociales ». /Subrayado por mí. D. I./.

¿ Qué ha ocurrido en España, que después del levantamiento de las sanciones al régimen franquista por la Organización de las Naciones Unidas, el período de las vacas gordas, prometido por Franco, no ha llegado, y la crisis del régimen es proclamada, incluso, por los partidarios del régimen ?

Lo que lógicamente había de ocurrir. Ni el levantamiento de las sanciones, ni los créditos americanos pudieron actuar de galvanizantes, como esperaba Franco, porque operaban sobre un régimen condenado. Y porque, además, se produce cuando la doble crisis que abarca hoy a todo el mundo capitalista repercute en España con fuerza demoledora. España vive cogida en las tenazas de la crisis general del capitalismo y en las de su crisis de superproducción que por la escasa capacidad adquisitiva de las masas, para muchas industrias es una verdadera catástrofe.

Franco no ha podido resolver ninguno de los problemas económicos y políticos que quedaron pendientes en España después de la guerra. Y este fracaso de Franco ha quebrantado de arriba a abajo el bloque de fuerzas franquistas.

Lo que se llamó Falange Española Tradicionalista y de las JONS, comprendiendo a todas las fuerzas fascistas y reaccionarias que llevaron a cabo la sublevación contra la República, está fraccionándose en diversos grupos que discrepan, sobre los cambios que es preciso realizar en el régimen político a fin de asegurar el poder de la burguesía y de los terratenientes.

Porque la necesidad de hacer cambios, no se niega incluso dentro del bloque mismo de las fuerzas franquistas, ni por los más gubernamentales. ! Tal profundidad y extensión tiene la idea de que así no se puede seguir !

En sus últimos discursos, Fernández Cuesta, Secretario General de Falange y ministro de Franco, se ve obligado a abordar públicamente esta situación de descomposición en el seno del bloque gobernante. Los términos que emplea el Secretario General de Falange no son, ni mucho

mones, los términos usuales en un Partido fascista que se encuentra en el Poder, y que se propone gobernar « para siglos », como han dicho frecuentemente los falangistas.

Son más bien los términos de quienes se ven acosados, incluso por sus amigos y cómplices, y que se defienden, no con la fuerza de un Poder que se sienta sólidamente establecido, sino con la amargura del que se reconoce derrotado.

Los monárquicos que combatieron ayer con Franco se pronuncian hoy contra el franquismo en publicaciones legales, aderezando sus diatribas de manera que puedan ser toleradas por la censura, pero no tan disimuladas que no se perciba contra quien van dirigidas.

Los tradicionalistas, por su parte, tienen igualmente una actividad antifalangista. Los tradicionalistas en su propaganda clandestina hablan del restablecimiento de la monarquía constitucional y de los Fueros. Y en el País Vasco y en Navarra se conocen intentos de acercamiento entre tradicionalistas y nacionalistas.

Reflejo de la crisis política del régimen franquista es la posición de los intelectuales, y no ya solamente de los jóvenes intelectuales que se asfixian en la España del fascismo y del « Opus Dei », sino de los viejos intelectuales, que respaldaron con su adhesión al régimen de Franco y que hoy adoptan posturas de insolidaridad y de alejamiento del régimen, como Oriega y Gasset, Azorin, Fernandez Florez, Pio Baroja, Marañón y otros.

Es igualmente interesante la posición del Duque de Maura que ha publicado dos libros en los que crudamente exige de Franco el abandono del Poder para dar paso a una monarquía constitucional y evitar una revolución popular en España. En estos panfletos, que no han podido ser editados en España, se niega la legitimidad del régimen y se acusa a Franco de haber vendido España a los americanos.

La aparición en la escena política de la « Lliga de Cataluña », aunque todavía velada y en segundo plano, muestra que la burguesía catalana quiere de nuevo jugar un papel independiente en la política española. Y en previsión de acontecimientos, inicia sus primeras actividades con una tibia oposición al régimen y con la bandera de la defensa de los intereses catalanes.

Mas sus propósitos no pueden confundir a nadie. Una vez más trata de frenar la lucha revolucionaria en Cataluña.

Las manifestaciones estudiantiles organizadas por los jefes falangistas con motivo de la visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar se convirtieron, y no por casualidad, en manifestaciones antifalangistas, asestando un serio golpe a Falange.

A la juventud estudiantil, procedente de la pequeña burguesía y de la clase media, no puede engañar Falange con cursitorias líricas sobre los caídos y sobre los luceros.

Es demasiado dura la vida española para que la juventud estudiantil se resigna a servir de comparsas en las mascaradas organizadas por Falange, y la juventud universitaria vuelve por los fueros de sus tradiciones combativas.

rompiendo la tutela falangista y terminando con el mito de que la juventud estudiantil era un soporte del falangismo.

Falange ha perdido su influencia incluso entre aquellas fuerzas de la clase media, de las cuales extrajo sus grupos de choque y sus escuadras fascistas, es decir, de la base donde fueron reclutadas las primeras formaciones falangistas.

Y prácticamente, el SEU, la organización estudiantil falangista, ha saltado, por la hostilidad de los propios estudiantes, que se orientan a constituir sus propias organizaciones estudiantiles independientes.

Uno de los signos característicos del resquebrajamiento del Poder franquista y que constituyó una victoria de la clase obrera, es la ruptura del bloqueo de los salarios establecido en 1939; son las huelgas por reivindicaciones económicas, que se producen cada día con más frecuencia en todas las regiones y centros industriales.

Después de las grandes protestas de la primavera de 1951 han estallado nuevas huelgas que han abarcado a millares de obreros y empleados, entre las cuales puede señalarse como la más importante la huelga de la « Euzkalduna » de Vizcaya; el plante durante un mes de los obreros de la « Maquinista Terrestre y Marítima » de Cataluña, negándose a hacer horas extraordinarias y exigiendo el aumento de los salarios; la de la « Macosa », de Valencia; la de « Batlló », de Barcelona y otras.

Paralelamente a las huelgas de los obreros se producen las huelgas y protestas de los empleados de Banca, de Madrid y Barcelona; la huelga de los empleados de Seguros de Barcelona; los plante de los empleados de la Telefónica, de Madrid, y muchas otras que no cito por no hacer excesivamente larga esta enumeración.

Sin embargo, no es posible pasar en silencio, por la importancia que tiene, la actitud de los campesinos frente al régimen. En todo el país los campesinos están descontentos del régimen. Este descontento ha dejado de ser silencioso.

Se manifiesta en las asambleas de las Hermandades de Labradores y Ganaderos convocadas por los jefes falangistas. Se manifiesta igualmente en los pueblos, en protestas contra la política de hambre y miseria del franquismo.

Qué plantean y qué exigen los campesinos en estas asambleas? Conviene destacar, por la significación que ello tiene, que a estas asambleas, convocadas por los jefes falangistas, no tienen acceso los representantes de las clases pobres y más radicalizadas del campo.

Los delegados que acuden a estas asambleas son generalmente campesinos acomodados y ricos. Pero las consecuencias de la grave crisis agraria y de las supervivencias feudales en las relaciones de propiedad en el campo, también afectan, y muy seriamente, a estos grupos. Ellos también sufren de la política reaccionaria del franquismo, y por esta razón, entre otras, se explica, que el clamor de protesta que hay en el campo repercute hasta en dichas asambleas de Hermandades.

Y así, en las asambleas provinciales de Hermandades de Salamanca, Burgos, Zamora, por no citar más que algunas de ellas, los campesinos.

frente a la política del franquismo, han exigido la supresión de las importaciones de productos agrícolas y de ganado de Norteamérica; disminución de los impuestos; supresión del sistema de fijación de precios por las denominadas Juntas Reguladoras franquistas; libertad de comercio; han protestado por la regulación impuesta por los franquistas a la actual cosecha de remolacha azucarera y contra el funcionamiento del Servicio Nacional del Trigo.

En la asamblea provincial de Hermandades de Madrid se ha planteado que la crisis agraria que sufre el país no tendrá solución mientras no aumente la capacidad de consumo del pueblo.

En la de Lérida, por unanimidad se acordó protestar contra los precios fijados por el franquismo a la cosecha de avellana.

En las de Jaén y Cuenca, frente a las imposiciones y amenazas de los jefes falangistas, las asambleas de Hermandades de estas provincias, aprobaron resoluciones exigiendo el aumento de salario para los obreros agrícolas, medidas eficaces contra el paro obrero en la agricultura y garantías para los arrendatarios amenazados de ser desahuciados de sus tierras.

Los jefes falangistas convocan estas asambleas con el propósito demagógico de calmar el gran descontento que existe entre las masas campesinas.

Pero como la experiencia está demostrando, los resultados de dichas asambleas a vuelven contra la política agraria del franquismo pese a los amaños y maniobras de los jefes falangistas.

Por otro lado, la resistencia y la lucha de las masas campesinas también se manifiestan más activamente en diversas provincias. Por ejemplo, en la comarca de Batea /Tarragona/, los campesinos se manifestaron ante el Ayuntamiento en señal de protesta por la elevación de los impuestos en más de un 100 por 100, llegando a obligar al alcalde de Batea a presentar la dimisión si el gobierno mantenía dichos impuestos.

En la provincia de Navarra los viticultores se niegan a aceptar la disposición del franquismo de no plantar nuevas cepas, pese a las multas que les imponen.

Centenares de campesinos muestran así su voluntad de no acatar las disposiciones franquistas.

En las comarcas de Quintanar de la Orden y Villa de Don Fadrique /Toledo/ ha habido manifestaciones de masas en protesta por los precios impuestos por el franquismo a la cosecha de uva, precios bajísimos que no llegaban a compensar ni los gastos de explotación.

En esta situación de rebeldía general, latente, de descomposición del franquismo, se han firmado el Concordato y el Pacto yanqui-franquista con los cuales Franco ha querido apuntalar su régimen y frenar la actividad de las fuerzas de oposición. Pero todo lo que pueda obtener el franquismo es, en el mejor de los casos, una precaria estabilización de su régimen. Y como muestra la experiencia, la estabilidad es el prelude de una nueva agudización de la crisis.

Con el Concordato, la Iglesia ha refirmado su posición de fuerza dirigente de un Estado dentro de otro Estado.

El Concordato autoriza a la Iglesia a crear sus propias organizaciones

y con ello la lucha que ya se desarrollaba en los medios intelectuales universitarios contra la intromisión de la Iglesia se hará mucho más aguda.

La lucha contra la Iglesia y de la Iglesia por la conquista de posiciones determinantes, no va a ser, y no lo es ya, solamente una lucha en terreno cultural ; es una lucha política de dimensiones nacionales, pues lo que está en pleito no es la autoridad espiritual de la Iglesia, sino el régimen capitalista que la Iglesia quiere salvar.

La firma del Concordato no ha de dejar de pesar en el forcejeo que existe entre las diversas fuerzas políticas que componen el bloque franquista por jugar un papel más determinante en el curso de los acontecimientos políticos, e incluso por decidir a su favor los cambios que las circunstancias van presentando, de día en día, como inevitables.

La Iglesia, que ha sido continúa siendo uno de los puntos de apoyo fundamentales del régimen, que se ha comprometido en toda su política y que conoce mejor que nadie la inestabilidad del régimen, trata de crear una fuerza política católica independiente, del tipo de la democracia cristiana italiana y belga, con objeto de impedir la revolucionarización de las masas y de recoger las fuerzas que se desgajan del falangismo.

La Iglesia está tratando de atraerse a los obreros y campesinos con una bandera demagógica que puede tener cierto éxito y que puede incluso ser apoyada por la clase patronal ; la bandera de una llamada libertad de asociación con sindicatos obreros, desligados de los patronos ; es decir, sindicatos católicos, frente a los sindicatos verticales.

Y estos intentos de la Iglesia provocan una gran inquietud entre los falangistas que por boca de su Secretario General declaran :

« La democracia cristiana no puede tener posturas absolutas, tajantes y resueltas... De aquí el que nosotros seamos opuestos a ella y la miremos con verdadero temor, corroborándose esta opinión con la realidad de lo que sucede en aquellos países en que ha vuelto a imperar, en los que la inestabilidad política y el avance hacia el comunismo son bien patentes ».

La Iglesia se esfuerza por atenuar u ocultar su responsabilidad por lo que ha ocurrido en España desde 1936, de la responsabilidad del franquismo.

En abril de este año, el general Franco, en un discurso pronunciado en Salamanca, mostrándose más papista que el papa, declaró que había sido la voz autorizada del Primado de España quien había expresado lo incomprensible que es la separación de la Iglesia y el Estado.

Unas semanas después de este discurso, el Primado de España, desde el Boletín del Arzobispado de Toledo, puso los puntos sobre las íes al caudillo en un artículo, declarando, como respuesta indirecta a Franco, que :

« La colaboración de Iglesia y del régimen no debe ser confundida. Las dos sociedades, la religiosa y la civil, son sociedades perfectas e independientes, cada una en su órbita. La Iglesia, incluso en el seno de una colaboración cordial, no está enfeudada a ningún régimen. Ella, deja al Estado la gloria de sus éxitos, así como la responsabilidad de sus fracasos. »

El juego de la Iglesia está encaminado no solo a fortalecer sus posi-

ciones entre el pueblo, descontento del régimen franquista, previniéndose para el futuro, sino a conservar el actual régimen en lo fundamental, y a quedar como fuerza que pueda servir de mediadora en una nueva situación.

De este análisis no exhaustivo de la situación económica y política de la España franquista, el Partido Comunista llega a la conclusión de que el pacto yanquifranquista no solo no salvará al régimen, sino que llevará a una agudización de la crisis económica y con ello a una más rápida descomposición del régimen franquista, empujando a nuevas capas sociales a la oposición y a la lucha contra el franquismo.

Y no está excluido que al hacerse aún más aguda la crisis, el franquismo, bajo la inspiración americana, intente ampliar su base social para combinar, sin alterar su carácter de clase, la dictadura terrorista descarada con una burda falsificación del parlamentarismo y de la democracia.

En esa dirección se orientan los Lain Entralgo, los Serrano Suñer, los Ridruejo, los Tovar y otros. A éstos responden igualmente los cables que con bastante frecuencia lanzan los falangistas desde el periódico « Pueblo » a los dirigentes socialistas de derecha.

Los capitalistas y terratenientes españoles que ven sus intereses en peligro, que sienten crecer la protesta y la indignación de las masas, que saben la impotencia del régimen para dominar la situación, quieren un cambio político, que garantice la defensa de sus intereses.

Y si no han ido más lejos en su presión sobre Franco, es porque temen que la iniciación de ese cambio político se convierta en un desbordamiento de las fuerzas populares, que arrase no solo el régimen franquista, sino a todas las fuerzas sociales en las cuales se apoyó el franquismo en la realización de su política terrorista, antipopular y antiespañola.

La burguesía española manobra buscando el apoyo de los grupos más reaccionarios de los partidos y organizaciones republicanas.

Esto explica la posición de los socialistas de derecha como Trifón Gómez y Araquistain y la actitud conciliadora de muchos dirigentes republicanos, de los catalanes y de los vascos, que en el fondo, es el ofrecimiento de sus servicios a la reacción española, para impedir que el desarrollo de la revolución democrática se realice con la activa participación de las masas y bajo la hegemonía de la clase obrera.

De ahí su negativa a la formación del Frente Nacional Antifranquista, de ahí su negativa a toda relación con los comunistas, a toda acción unida con nosotros, aunque esto retrase la liberación de nuestro pueblo; aunque esto lleve a la transformación de nuestro país en un campo de destrucción y de muerte; aunque esto significase, en la eventualidad de una agresión americana, la destrucción de España y la muerte de millones de españoles.

La posición de estas gentes no debe sorprendernos. Es el miedo del pequeño y del gran burgués a la revolución. Es el miedo del filisteo socialdemócrata a la radicalización de las masas, es la impotencia del anarquismo ante los grandes problemas de la revolución.

Y creo que no nos equivocamos al decir que esos alineamientos que vemos perfilarse de una y otra parte, ese movimiento de tanteo, de acercamiento lento de las posiciones de unos y otros puede llegar a cuajar en un

bloque heterogéneo, reaccionario, pretendidamente democrático que facilite no solamente los planes de la reacción española, sino de los imperialistas yanquis.

Un frente de tal naturaleza sería el mayor error político que podrían cometer a estas alturas los dirigentes republicanos, porque este frente sobre la base del anticomunismo no podría ofrecer a las masas otra cosa que la consolidación de la reacción española, nada que no fuese la continuación de la explotación de los obreros y los campesinos por la burguesía y los terratenientes; y porque la política anticomunista, como lo demuestran los hechos de cada día, es una política condenada al fracaso, una política que lleva a quienes la realizan a situaciones difíciles de las que no salen sin serios descabros.

Es Partido Comunista — como ya he señalada a todo lo largo de mi informe — reitera su invariable disposición a luchar junto con todas las fuerzas antifranquistas en un Frente Nacional Antifranquista, y en primer lugar junto con los partidos republicanos, con el Partido Socialista y con los trabajadores cenetistas, por el derrocamiento del franquismo, por el establecimiento de un régimen democrático en España, por la recuperación de la independencia y soberanía nacionales.

El Partido Comunista, deseoso de facilitar el acercamiento y el entendimiento de todos los partidos y grupos de oposición antifranquista, ofrece a la consideración de todo el país su Programa democrático como expresión de su firme y sincera voluntad de colaboración con las fuerzas políticas interesadas en el restablecimiento de un régimen democrático y en la pervivencia de España como país libre, independiente y soberano.

LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA

Si en el plano internacional los años que separan nuestro actual Congreso del último celebrado por nuestro Partido han estado saturados de acontecimientos decisivos para la vida de los pueblos, en el orden nacional, el tiempo transcurrido ha sido igualmente un periodo de apasionadas luchas políticas, de ardientes combates revolucionarios.

Después del derrocamiento de la monarquía en 1931, se crearon en nuestro país condiciones para un impetuoso desarrollo de la democracia.

Mas la dirección de la República cayó en manos de hombres sin sentido de la realidad política española, que creían poder gobernar huyendo o soslayando esta realidad.

Que creían poder resolver los graves problemas económicos y políticos que había planteados en España, con grandes justas oratorias en el Parlamento, con torneos de brillantes discursos de juegos florales, en los cuales buscaban un refugio para evadirse de la obligación de poner fuera de combate a las castas reaccionarias y de asentar sobre bases inmovibles las instituciones republicanas.

La República de 1931 fue la República de los grandes discursos y pequeñas realizaciones, de brillantes oradores y de mediocres políticos.

Con un falso concepto de su función, desconfiando de su propia obra e incluso de la viabilidad de la República; con un criterio oficinesco y

despreciativo de las masas, los dirigentes republicanos pretendieron poner un revoque idealista al Estado ; querían hacer del Estado español, en el que las contradicciones y antagonismos de clases habían alcanzado una agudeza extraordinaria, « la imagen y la realidad de la razón », según el pensamiento hegeliano.

Los dirigentes republicanos mantenían la idea absurda del Estado por encima de las clases, como si el Estado fuese algo impalpable y abstracto, y no la expresión de la existencia de una sociedad dividida en clases, en la cual el Estado, con todo su aparato administrativo, represivo, etc., es el instrumento de las clases dominantes para defender sus intereses de clase.

Así podía afirmar Azaña, el hombre más representativo de la República :

« Me niego terminantemente a poner las fronteras políticas por la misma línea que las fronteras económicas. Me niego terminantemente, aunque será un error político ». /Madrid, 11 febrero de 1934/.

Y efectivamente, era un error político este criterio azañista, y lo más grave fué, que este error político, de funestas consecuencias para la República, era compartido por sus colaboradores políticos, incluso y muy particularmente por los socialistas, todos los cuales hicieron suya la famosa divisa « sosténlo y no enmendallo », norma de conducta posible en una época de caballeros andantes tan soberbiamente ridiculizada por nuestro immortal Cervantes, pero inaceptable en política, sobre todo entre dirigentes responsables del movimiento obrero y de las fuerzas democráticas.

? Comprendían Azaña y sus colaboradores socialistas y republicanos que el país que ellos dirigían estaba dividido en clases antagónicas y que estas clases tenían intereses opuestos, que eran defendidos por los diferentes partidos que existieron durante la monarquía y que actuaban también bajo la República ?

Naturalmente que lo comprendían, pero habían acordado tácitamente no reconocerlo oficialmente para no « aplebeyarse », es decir, para no verse obligados a tomar las medidas revolucionarias que exigía el pueblo, que exigía la propia seguridad de la República, contra los castas oligárquicas que eran los enemigos jurados de la República y de la democracia.

Sin embargo, y a pesar de todo, la instauración de la República fué un gran paso adelante en el desarrollo democrático de nuestro país. El derrocamiento de la monarquía despertó a la vida política, a la vida democrática a las masas campesinas, a millones de hombres y mujeres que habían vivido aplastados y oprimidos por una burguesía cerril, por un señoritismo feudal odioso.

Y estos millones de gentes que no habían conocido de generación en generación más que el derecho a morir de hambre, tenían prisa porque las cosas cambiaran ; querían, con razón, que la República marchase más rápidamente, querían que cambiase no sólo algunos aspectos de la superestructura del régimen, sino su base económica.

Los dirigentes republicanos y socialistas no comprendían la inmensa fuerza revolucionaria constructiva que había en estas masas puestas en movimiento por la caída de la monarquía, sino que los despreciaban y las temían.

No comprendían que solamente dando satisfacción a las aspiraciones

mínimas de estas masas, que era la realización de una justicia soñada y necesitada especialmente por las masas campesinas, podría la República consolidarse, podría el régimen republicano levantarse sobre una sólida base.

Así se daba la triste paradoja de que mientras las masas trabajadoras luchaban por el desarrollo de la democracia, los gobernantes republicanos y socialistas frenaban esta lucha y la reprimían brutalmente, mientras se tenía toda clase de consideraciones con los verdaderos enemigos, que iban pérfidamente minando las bases de la República.

Y si la República de 1931 fué la República de las pequeñas realizaciones y de los políticos vacilantes, fué también la República de las grandes luchas de la clase obrera y de los campesinos; fué la República de las grandes acciones de masas contra el fascismo; la República en la cual se escribieron las páginas de la lucha antifascista de octubre de 1934 y de la gloriosa guerra nacional revolucionaria contra el fascismo y la intervención extranjera, luchas que mostraban el inextinguible amor del pueblo a la libertad, a la democracia y a la independencia patria.

En todo ese período de enconadas y ardientes luchas, el Partido Comunista, bajo la dirección de José Díaz y del Comité Central liberado del grupo sectario-oportunista que había frenado la actividad del Partido durante largos años, realizó un intenso trabajo de organización, de agitación y de propaganda, denunciando la actuación antirrepublicana de las fuerzas reaccionarias y exigiendo del gobierno medidas drásticas contra los que conspiraban contra la República, y conquistando con su lucha abnegada la simpatía y la adhesión de millares de trabajadoras, que ya empezaban a ver en el Partido Comunista al verdadero dirigente del proletariado.

Tenazmente luchó el Partido Comunista por la realización de la unidad de las fuerzas obreras frente a la amenaza fascista y reaccionaria que cada día se perfilaba con mayor claridad.

Y solo después de haber sido desplazados del gobierno los socialistas en 1933, hubo la posibilidad de establecer entre el Partido Socialista Obrero y el Partido Comunista, un principio de unidad de acción que tuvo su expresión viva en las acciones conjuntas en la lucha de 1934, y que más tarde sirvió de cimiento a la organización del Frente Popular.

En 1935 se celebró el VII Congreso de la Internacional Comunista a la que pertenecía el Partido Comunista de España, y en cuyo Congreso se trazó la política de unidad de las fuerzas democráticas y obreras para hacer frente al peligro fascista que, después de la subida de Hitler al Poder en 1933, crecía y se desarrollaba en todos los países.

Esto ayudó extraordinariamente al Partido Comunista de España a terminar con los restos de estrechez que a veces aparecían en nuestra actividad, y nos permitió, en colaboración con los socialistas, constituir el Frente Popular con las fuerzas republicanas, Frente Popular que rescató la República de las manos de la reacción con la victoria de las fuerzas democráticas en las elecciones del 16 de febrero de 1936.

Mas las castas reaccionarias españolas, que se habían adiestrado en la lucha contra la República, que no ignoraban las debilidades de los Partidos republicanos, no se resignaron con esa derrota, y decidieron lanzarse a

fondo contra las instituciones republicanas prefiriendo el hundimiento de España a cualquier merma de sus privilegios de casta y de clase.

De acuerdo con las potencias fascistas que habían prometido su apoyo a la reacción española, el 17 de julio de 1936, el general Franco se sublevaba en Marruecos y la sublevación era inmediatamente secundada en las principales ciudades españolas por el ejército y las fuerzas reaccionarias.

Pero las masas populares, cuya vigilancia estaba despierta por la actividad de los comunistas, de los socialistas y del Frente Popular, que en todas partes llamaban al pueblo a defender la República, decidieron que no era posible entregar las instituciones republicanas a los enemigos de la democracia, que no era posible aceptar resignadamente la instauración del fascismo en España.

Durante casi tres años, nuestro pueblo en lucha heroica y desigual hizo frente a las fuerzas militares fascistas españolas y a las fuerzas fascistas extranjeras que llegaron a España en ayuda de la reacción española, hasta que en marzo de 1939 la Junta de capitulación del coronel Casado, constituida por inspiración de servicios policíacos extranjeros, puso fin a la resistencia republicana y entregó España al fascismo.

No es posible dar al olvido lo pasado, aunque haya gentes que aseguren que la historia no enseña nada. Al contrario, la historia enseña mucho. Y enseña no a hacer paralelismos históricos y comparaciones sin sentido, a despecho del tiempo y de las circunstancias, sino para mostrar-nos que el desarrollo de los pueblos no es una sucesión de hechos casuales, sino un proceso de desarrollo progresivo, de impetuoso desarrollo que va desde las formas inferiores de la sociedad hacia las formas superiores de ésta, a través del surgimiento y de la resolución de las contradicciones, a través de la lucha de las nuevas fuerzas sociales de vanguardia contra las viejas fuerzas reaccionarias, a través de revoluciones sociales que llevan al Poder a nuevas fuerzas en sustitución de las fuerzas caducas y sobrepasadas por el desarrollo histórico.

La historia enseña mucho; la historia de la humanidad hasta nuestros días muestra que en un determinado grado del desarrollo de las fuerzas productivas, la sociedad entra en contradicción con las relaciones de producción existentes, es decir, con las relaciones de propiedad, con el sistema social predominante que es solo la forma jurídica de estas relaciones de producción. Y entonces, de esta contradicción insoluble, surge la necesidad de la revolución que transforma esas relaciones de producción. Así ocurrió con la sociedad primitiva, así con el esclavismo y el feudalismo, así está ocurriendo con el capitalismo.

Tal conocimiento de la historia es utilísimo e imprescindible para todo hombre progresivo, y muy especialmente para los dirigentes obreros, porque este conocimiento de la historia muestra el desarrollo de la sociedad no como una sucesión de casualidades, sino como lo que es en realidad; como un proceso de hechos ligados entre sí, que se derivan del desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clases en el seno de cada formación histórica social.

Elle de una seguridad tan absoluta en el derrumbamiento de lo

viejo, de lo caduco, y en la victoria de las nuevas fuerzas que surgen en el seno de la sociedad que ha vivido su época, que no hay lugar para la duda ni para las vacilaciones, por duras y sangrientas que sean las derrotas temporales que esas fuerzas nuevas, jóvenes, puedan sufrir en el desarrollo de su devenir histórico, ya que la marcha de la revolución no se produce nunca en línea recta, sino en zig-zag, en avances y retrocesos.

Es necesario también, que cada comunista conozca la historia del Partido, que conozca el camino seguido por el Partido en su desarrollo, que corresponde al desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas trabajadoras en el cual el Partido ha influido de manera determinante.

Cada comunista debe saber que la fuerza del Partido no ha caído del cielo, que el Partido se ha forjado y templado en luchas políticas y en luchas por la reivindicaciones económicas de la clase obrera, en pequeñas escaramuzas y en grandes combates, y en condiciones muy difíciles para los comunistas.

Porque frente a nosotros estaba la influencia del anarquismo y del reformismo socialista, con sus viejas tradiciones y la fuerza que daba a los socialistas el tener resortes de poder en sus manos, el contar con la protección oficial tanto durante la dictadura de Primo de Rivera, como durante la República.

En otro orden de cosas, el conocimiento de los hechos históricos, de la actuación de cada grupo, de cada fuerza social, y del papel que juegan en la historia también es útil y necesario para nosotros, como Partido revolucionario del proletariado.

Porque los comunistas, a pesar de lo que afirman los charlatanes anti-comunistas, al mismo tiempo que sostenemos que no es la conciencia del hombre lo que determina su manera de ser social, sino su manera de ser social lo que determina su conciencia, no negamos el papel del hombre en la marcha de la historia y reconocemos su influencia sobre los acontecimientos, aunque siempre en última instancia lo que determina es lo económico.

Los partidos socialistas de la II Internacional y entre ellos, también el Partido Socialista Español, habían vivido su época en el periodo de antes de la guerra, cuando las contradicciones catastróficas del imperialismo no habían aún aarecido con la violencia que surgieron más tarde, cuando las organizaciones obreras se desenvolvían normalmente, cuando los partidos socialdemócratas obtenían ruidosos triunfos parlamentarios.

Estos partidos eran — como decía Kautsky, el teórico de la II Internacional —, partidos hechos para la paz: por ello resultaban inservibles para la lucha revolucionaria.

Para las batallas de clase que se aproximaban inevitablemente en nuestro país, se necesitaba un partido combativo, capaz de educar y preparar a las masas para la lucha revolucionaria, un partido pertrechado con la teoría revolucionaria marxista, con el conocimiento de las leyes del desarrollo histórico, con el conocimiento de las leyes de la revolución, un Partido capaz de aprender de la experiencia de las masas y de llevar a éstas la conciencia socialista.

Este Partido era el Partido Comunista, el Partido que se fundaba

sobre la misma base teórica que el Partido Comunista que en la Unión Soviética había llevado a los trabajadores al Poder, derrocado el Poder de la burguesía y establecido la dictadura del proletariado.

La acción del Partido Comunista en la lucha por la República, en la defensa de las instituciones democráticas y en su participación en el gobierno, resolviendo por vez primera en España el problema agrario, y abriendo el camino a la enseñanza superior a los trabajadores, dejó una huella tan indeleble en los anales de la historia patria, que no podrán borrar ni achicar los esfuerzos de los anticomunistas de ayer, de hoy y de mañana.

En el interior del país, en la lucha clandestina en donde la prisión o la muerte acechan a cada paso, así como en el forzado exilio, donde tantas convicciones han quebrado, tantas voluntades se han roto y tantas pobrezas políticas manifestado, el Partido Comunista se ha mantenido como fortaleza del antifranquismo, como ejemplo para todos los otros.

Contra el Partido Comunista se han desencadenado furiosas persecuciones policíacas, rabiosas campañas anticomunistas y pérfidos ataques de cobardes enemigos, campañas y persecuciones conjugadas, con el propósito bien determinado de hacernos desaparecer de la arena política; de facilitar el desarrollo de otras fuerzas, que llamándose representantes de los obreros, están dispuestas a realizar la política que interesa a la burguesía, la política que interesa a la reacción imperialista.

Han querido acallar nuestra voz, han querido asfixiar nuestra propaganda, mientras que a nuestros adversarios políticos se les daba toda clase de facilidades para desarrollar la suya, antiobrera, antinacional, anticomunista, al servicio del imperialismo, al servicio de las fuerzas de la agresión y de la guerra.

Han querido impedir que nosotros hablásemos, que el pueblo conociese la política del Partido, la posición del Partido sobre los problemas que afectan vitalmente a las masas.

Pero todo ha sido y todo será inútil. El Partido Comunista vive y lucha, y ha mostrado que las raíces del Comunismo son tan profundas en la conciencia de los trabajadores, que las persecuciones no lo debilitan ni lo desarman, sino que preparan el terreno para nuevas floraciones comunistas.

Para destruir las raíces del comunismo, los gobiernos tendrían que destruir la dominación del capital sobre el trabajo, y ésto no pueden hacerlo, porque ella es la base de su existencia parasitaria; tendrían que destruir la humanidad, porque la humanidad en su desarrollo social va inexorablemente hacia la sociedad comunista; porque las raíces del comunismo vienen de lo hondo de la sociedad, están en todos los avances de los pueblos y renuevan su vitalidad inextinguible en las conquistas democráticas de las masas.

Cada progreso en la técnica, cada nueva modificación en la producción industrial, son como un riego fecundo que la propia sociedad capitalista hace involuntariamente a las raíces del comunismo.

Los partidarios de la «democracia» imperialista, se pronuncian con

diferentes pretextos contra los comunistas, contra la Unión Soviética y las democracias populares.

Mas, cualquiera que sea la bandera con que cubran su mercancía, nacionalista, liberal, cosmopolita e incluso internacionalista o supernacional, como la usada por los socialdemócratas partidarios del sacrificio de la soberanía e independencia de sus países en el altar imperialista, no podrán ocultar su verdadera faz de enemigos de la clase obrera, de enemigos de la democracia y del progreso.

Todo el contenido de la historia mundial contemporánea, y que determina su marcha y su futuro, es la lucha entre el capitalismo agonizante y el comunismo que crece y se desarrolla y triunfa, como la fuerza más avanzada del desarrollo social.

Por ello, la actitud hacia los comunistas y hacia la Unión Soviética es, en nuestra época, el criterio fundamental para valorar en su verdadera substancia reaccionaria o progresiva a éste o aquel movimiento político, a éste o aquel Partido, a ésta o aquella personalidad.

DE CARA AL PAIS

La primera preocupación de la Dirección del Partido al salir de España después de la derrota de la República fué reagrupar nuestras filas, restablecer la unidad de las fuerzas republicanas y organizar la continuación de la lucha en las difíciles condiciones del terror franquista.

El estallido de la segunda guerra mundial creó nuevas dificultades al trabajo del Partido. A pesar de ello, la fundamental preocupación de la Dirección del Partido fué ayudar a mantener la organización en el interior y a desarrollar la lucha contra el régimen. Y todos los medios de que disponíamos, y toda nuestra actividad estuvieron dedicados a mantener la resistencia popular, a impedir la consolidación del franquismo. Durante muchos años el Partido Comunista ha sostenido él solo, como organización, la lucha contra la tiranía franquista, sufriendo durísimos golpes y pérdidas de entrañables camaradas.

No es obra del azar la gran influencia que el Partido Comunista tiene entre las masas trabajadoras de nuestro país. Ello es el resultado de la actividad permanente de los comunistas, es la obra de todos nuestros camaradas.

Millares de comunistas a todo lo largo de la geografía patria mantienen en alto la bandera del Partido y son los primeros en la lucha contra el régimen, los más abnegados defensores de los intereses de los trabajadores.

Desde la emigración, y a reforzar las filas de los que continuaban la lucha, volvieron a España numerosos militantes heroicos y abnegados, en cumplimiento de las tareas que les asignaba el Partido.

Dirigentes políticos y jefes guerrilleros, simples militantes del Partido y sencillos combatientes de filas que llevaban a los hombres que en el interior del país mantenían encendida la llama de la rebelión, el refuerzo de su experiencia, de su energía, de su fe y de su confianza en el futuro libre de la patria.

Muchos de estos camaradas han magnificado y sublimado su vida con su muerte. Y ellos fueron y ellos son, ellos representaban y representan la conciencia y el honor del Partido, la dignidad y el orgullo heroico de un pueblo bravo y celoso de su libertad, temporalmente condenado a la esclavitud fascista.

Se reorganizó el Partido, y nuestra organización se extendió a los puntos fundamentales del país.

Fué este un período que se destaca especialmente entre los años 42 y 47 en el que hubo numerosas e importantes acciones de lucha de la clase obrera en las zonas industriales y acciones guerrilleras de carácter político en Aragón, en Levante, Galicia, Asturias, Andalucía, Extremadura y Toledo.

A pesar de los golpes policíacos y de la represión que se cebaba con particular ensañamiento contra los comunistas, a pesar de las torturas en la Dirección General de Seguridad, Comisarias y cuartelillos de la Guardia Civil, de las largas condenas a presidio y de la muerte, el Partido no cesó un momento en su actividad.

El puesto de los camaradas caídos era ocupado por nuevos héroes; a un Comité detenido reemplazaba otro Comité, en una continuación de heroísmo y de abnegación difíciles de superar.

La influencia del Partido creció y se extendió por zonas en las que antes de la guerra apenas era conocido, como en el campo gallego y en la zona industrial de El Ferrol, así como en el campo aragonés. Y aumentó considerablemente en lugares donde antes ya éramos fuertes.

El Partido extendió y acrecentó su autoridad y su prestigio no sólo entre las masas trabajadoras, sino entre núcleos de la pequeña burguesía y los intelectuales.

Se publicaron con más o menos regularidad diferentes periódicos comunistas, cuya edición y reparto eran verdaderamente milagrosos. Milagrosos por la abnegación y por el espíritu de sacrificio de nuestros camaradas.

Se publicó « Mundo Obrero », ediciones de Madrid, Galicia, Asturias, Valencia, Sevilla, Baleares, Alicante; « Treball » en Cataluña; « Euzkadi Roja » en Bilbao; « Unidad » en Málaga; « Unidad » en Valladolid; « Juventud » en Madrid y « Jujol » en Cataluña, como órganos de la Juventud Socialista Unificada; « El guerrillero » en Galicia; « El guerrillero » en Levante; « El guerrillero carpetano » en el Centro; « Por la República », órgano de los guerrilleros de Málaga; « Patria y Ejército » y « República », de la organización de fuerzas armadas antifranquistas; « Demócrito », de los intelectuales de Madrid; « Nuestro Tiempo », de los intelectuales de Valencia; « Unión » de la UGT en Madrid, y « Las noticias », de la UGT de Cataluña.

Este intenso trabajo que contribuye al ascenso del movimiento de masas y de la oposición al régimen tiene lugar fundamentalmente en vísperas de la terminación de la segunda guerra mundial y en los años inmediatos posteriores a ésta, y en los cuales la actividad del Partido se veía favorecida por el sentimiento extendido en todo el país de que la inminente derrota del hitlerismo sería seguida por el derrocamiento del franquismo.

En esa situación, millares de comunistas que habían permanecido inactivos, buscan al Partido, se organizan y toman la iniciativa de crear organizaciones a su alrededor.

Del seno de la clase obrera, de entre los campesinos y los intelectuales surgen nuevos combatientes que vienen hacia el Partido llenos de entusiasmo y de combatividad.

Este fenómeno se da particularmente en las zonas agrarias, en las que pervive el recuerdo de la reforma agraria realizada por un ministro comunista, siguiendo las inspiraciones del Partido ; donde el aparato del Estado franquista es más débil que en los grandes centros y en cuyas zonas se produce una gran reanimación del sentimiento democrático con la presencia de las Agrupaciones guerrilleras.

La acción del Partido en el movimiento guerrillero y la actividad de las agrupaciones guerrilleras hallaban un extraordinario eco en todo el país, que el franquismo trataba de ahogar, de desfigurar y de calumniar hablando de grupos de bandidos.

Pero estos grupos de bandidos, ateniéndonos a la lexicografía franquista, eran tan importantes que el gobierno se vió obligado a realizar contra ellos operaciones militares, empleando la aviación y la artillería, como en Levante y en Málaga, y a crear un cuerpo especial de contrapartidas compuesto de policía, de guardia civil y de falangistas.

El Partido recogió y unificó los grupos guerrilleros que vivían dispersos en las montañas, y transformó estos grupos de hombres que vivían a salto de mata, abandonados a sus propias fuerzas, en una organización política de combate, que no sólo infligió golpes de castigo a los falangistas, sino que realizó una amplia y fructífera labor de propaganda entre los campesinos.

El trabajo de los guerrilleros elevó la conciencia política de los campesinos, les dió fe y confianza en la victoria de la causa de la democracia y de la República.

Sin embargo, este trabajo no estuvo exento de graves defectos y debilidades.

Y con todos estos defectos y debilidades, propios de las condiciones en que debía desarrollarse, la actividad guerrillera contribuyó a acrecentar la resistencia de la población campesina al régimen, a arrancar a decenas de millares de campesinos de la influencia reaccionaria y a llevar las ideas democráticas a amplias zonas en las que antes habían predominado los caciques y la reacción.

La dirección del Partido desarrolló una gran actividad para poner la organización comunista en el interior del país en condiciones de actuar y de ejercer su papel dirigente en la lucha contra Franco, en la tarea de unir al pueblo en la lucha por el derrocamiento del régimen, por el restablecimiento de la democracia en España.

Y ese gran esfuerzo, realizado por el Partido, no dió todos los resultados que hubiera podido dar, por la reiterada negativa de los dirigentes republicanos, socialistas y anarquistas a constituir un frente de lucha con los comunistas contra el franquismo, y por el apoyo descarado de las

potencias imperialistas a Franco, las cuales, rompiendo la coalición democrática con la Unión Soviética que dió la victoria sobre los países fascistas, y violando los acuerdos establecidos en Potsdam, desarrollaban abiertamente su vieja política reaccionaria, antidemocrática, que había llevado a la segunda guerra mundial.

Luchamos solos, creyendo que con nuestro esfuerzo podríamos galvanizar a todo el mundo, olvidándonos que sin la movilización de las masas, sin la participación de las masas en la lucha, nuestro esfuerzo no sería más que un esfuerzo desesperado y heroico, como así ocurrió, sobre todo, como he señalado, por la actitud de los dirigentes socialistas, repulicanos y anarquistas que esperaban de los imperialistas yanquis la solución del problema español.

Solo el Partido Comunista luchaba, y el Partido Comunista sólo no podía llevar sobre sus hombros todo el peso de la lucha contra el franquismo.

La huelga general del Primero de Mayo de 1947 en Euzkadi es la culminación del proceso de ascenso revolucionario que se inicia en 1942 y cuyo reflujó había comenzado ya en 1946.

Se produce un período de estancamiento, de disminución de las acciones obreras y de retroceso del movimiento guerrillero, golpeado implacablemente por las fuerzas represivas franquistas.

El Partido sufre duros golpes y el esfuerzo de organización se atenúa. Entre el año 1947 y 1948, con algunas excepciones, las organizaciones del Partido se dispersan y actúan de manera intermitente.

Y yo no puede entrar en detalles del trabajo del Partido en el interior del país por motivos que vosotros podéis comprender fácilmente.

Mas sí quiero decir que en ese trabajo oscuro, peligroso, difícil, mal colaborado y muestran su temple heroico centenares de camaradas sencillos, que poniendo su vida a disposición del Partido han realizado tareas como solo son capaces de realizar los hombres que se han entregado en cuerpo y alma a la lucha revolucionaria, los hombres que viven animados del espíritu comunista de victoria y de los cuales no es posible hablar sin emoción y sin cariño, sin respeto y sin admiración, algunos de los cuales están aquí presentes.

No es ni ha sido fácil el trabajo. Además de los sabuesos policíacos lanzados contra nosotros en el interior de España y fuera de ella, el Partido ha tropezado con la perfidia de un grupo de gentes turbias, de degenerados políticos que habían vivido agazapados ocultando su verdadera faz de agentes del enemigo y cuya misión consistía en castrar al Partido quitándole su vigor proletario, en destruir el Partido, en limpiar el terreno a la reacción española y a los servicios policíacos extranjeros para que éstos pudiesen actuar libremente.

Hemos desenmascarado y arrojado de nuestras filas a los Hernández, a los Comorera y a los Del Barrio, tipos de consciencia podrida, cuyos dientes ratoneros se han mellado en el acerado tejido muscular del Partido y en la firmeza de su Dirección, dispuesta a defender el Partido y su unidad, dispuesta a no tolerar ni torpes maniobras de aventureros políticos, ni actividades de disgregadores policíacos en las filas comunistas.

Al desaparecer la Internacional Comunista, estos especímenes de la traición consideraron que había llegado su hora y planearon al servicio del diablo, convertir el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña en aglomeraciones políticas amorfas, en partidos dispuestos a servir a quien ofreciese a sus líderes medios de vida fáciles, liquidando su base doctrinal revolucionaria.

Es decir, en partidos de aventureros y arrivistas, que para mantener en su filas a las masas continuarían empleado una fraseología socializante izquierdista y alardeando de una moralidad quintaesenciada, que hace descoyuntarse de risa a todas las celestinas políticas y de otro género.

Y es interesante señalar las coincidencias de unos y otros grupos en los intentos de liquidar el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, a pesar de las diferentes formas en que se ha manifestado y de los distintos lugares en que han actuado, que muestran, sin ninguna duda, cómo unos y otros estaban unidos por el mismo cordón umbilical al mismo saco reaccionario de las fuerzas interesadas en destruir el Partido Comunista.

Algunos de estos aventureros, a los que asustaban las dificultades de la lucha, proponían que el Partido renunciase a tener una política propia, independiente. Esta corriente la encabezaba Hernández, y no es casual que Franco le mencione en sus discursos.

Proponían hacer desaparecer al Partido como fuerza política independiente, como Partido de la clase obrera española. Proponían que la fuerza y la influencia del Partido se dedicase a servir de peana a un personaje político en boga durante nuestra guerra, porque creían que este personaje podría ser el árbitro de la política republicana y ofrecerles a ellos, a cambio de la fuerza y del apoyo del Partido, los cargos a que aspiraban.

Monzón, disolvía el Partido en una deformé Unión Nacional, y el ilustre Comorera, el aspirante a César, quería terminar con el PSU de Cataluña, diluyéndole en un pretendido Frente de la Patria, con el propósito de inaugurar en Cataluña nada menos, que una llamada etapa histórica comperista, como continuación de la Mancomunidad de la Lliga, de Maciá y de Companys.

La negativa de la dirección del Partido Comunista de España a marchar por las oscuras veredas del aventurerismo político, forzó a estos turbios personajes a arrojar la careta y a presentarse como lo que son en realidad: agentes de servicios policíacos, tipos extraños al movimiento obrero, tipos que no tienen nada de común ni con el pueblo español, ni con el pueblo catalán.

Y ahí están, unos, engargantados como capones en cebadero, cantando las glorias del imperialismo, de cuyos desperdicios se alimentan, y otros, esperando su hora, tratando de hacerse los mártires, esperando la resurrección de la República para jugar el papel a que los han destinado.

Hemos tenido que poner coto, retirándoles de todo cargo de responsabilidad, a camaradas que ocupaban puestos de responsabilidad, y que arrogándose atribuciones que no les correspondían, falseando los

acusados de la derecha del Partido, se deducen a depositar este hecho una sublección a la izquierda, dejando fuera de nuestros filas a centenares de excelentes camaradas y de hombres obreros, y elevando a puestos de responsabilidad a quienes si no eran los mejores, tenían una cualidad: la de cumplir ciegamente todas las órdenes, por absurdas que fueran, que les llegaban de « arriba ».

Planes preparados también con los folletos « subestimados », con los « incomprendidos », que especulando con la derrota, han tratado de presentarse como Calones o como eructos con don de admiración retrospectiva, y que repitan como los « Kirios » de la letanía el « yo lo decía yo... » o « si me hubieran hecho caso a mí... ».

La falta de espíritu crítico de estos camaradas para analizar sus propias debilidades, y en algunos, su miedo ante las dificultades de la lucha y de la vida, los llevó a quedar al margen del Partido, convertidos en Zentos resentidos, sin más ocupación política conocida que la de leer los zomeños a aquellos que sin hacer caso de sus jeremiadas siguen adelante.

Muchas de estas gentes creyeron que sin ellos se hundiría el Partido. Pero el Partido ha marchado y se ha desarrollado sin ellos, porque en el Partido, si todos son necesarios, nadie hay insustituible. Le fundamental en el Partido es el Partido mismo, que en el seno de las masas halla siempre nueva savia y nuevos hombres que llenos de fe y de entusiasmo llevarán adelante la bandera del Comunismo.

Y pesar de todo, y si vosotros no estáis en contra, yo considero que sería conveniente para el Partido dar posibilidades a estos compañeros — me refiero a los amargados y no a los provocadores y renegados —, de ingresar de nuevo en el Partido, si la experiencia los ha enseñado algo, si es que aún son capaces de luchar honradamente en las filas del gran ejército del Socialismo, en las filas del Partido Comunista.

NUESTROS ACIERTOS Y NUESTROS ERRORES

Al examinar el trabajo del Partido desde el fin de nuestra guerra destaca con acurada relieve la correcta y acertada política del Partido Comunista, su política de unidad de las fuerzas democráticas, su política de unidad antifranquista.

Destaca la continuidad del trabajo hacia el interior del país, la presencia del Partido y de la orientación política del Comité Central en toda la heroica y tenaz resistencia de nuestro pueblo al franquismo; la continuidad de la existencia de la organización del Partido en el interior, con los altos y bajos consecuentes lógicos de una lucha en condiciones tan difíciles; el fracaso de todos los intentos de dividir el Partido o de enfrentarlo al Comité Central; el aumento y la extensión de la influencia del Partido entre las masas populares, especialmente entre la clase obrera; los campeonos y los intelectuales; la lucha tenaz, constante, continuada del Partido contra el terror franquista, por arrancar de la prisión y de la muerte a los combatientes antifranquistas caídos en manos de la policía.

Porque no se ha tratado solamente de luchar contra la represión política; hemos debido enfrentarnos, como he señalado, con las deserciones de los menos firmes de los más influenciables por la propaganda enemiga.

con el derrumbamiento moral que las derrotas producen siempre, y también, con la traición de gentes que accidentalmente cayeron en nuestras filas con la esperanza de hacer carrera y que al fallarles esta esperanza se han convertido en perros rabiosos que babeaban sobre el Partido su hidrofobia de impotentes y de tarados.

Junto a la actividad positiva, junto al gran esfuerzo del Partido, hay también sus lados negativos.

Varias veces, y en conversaciones accidentales, algunos camaradas han preguntado: ¿No fué una debilidad del Partido no dejar establecida en el país una organización clandestina?

Sí, camaradas. Fué una gran debilidad no haber dejado organizado en España el trabajo ilegal del Partido. No sólo al salir del país después de la derrota, sino antes, en el transcurso de la guerra, cuando nos veíamos obligados a abandonar pueblos y ciudades en las sucesivas retiradas del ejército republicano.

No lo hicimos, a pesar de tener medios y hombres para realizarlo, no lo hicimos porque no se dió toda la importancia que se debía al trabajo en el campo enemigo; no se dió la importancia debida a la organización del trabajo del Partido en la retaguardia enemiga.

Creíamos en la victoria de la República, y la victoria de la República hubiera sido posible, a pesar de todas las dificultades, sin la traición de Casado, sin el espíritu capitulador que los servicios policíacos extranjeros, interesados en la derrota de la República, llevaron a los núcleos dirigentes del campo republicano.

No entró en nuestras consideraciones, o se planteó muy ligeramente en nuestras discusiones, la necesidad de organizar el trabajo del Partido en las condiciones de reflujo del movimiento revolucionario en las perspectivas de una posible derrota.

E incluso después de la derrota faltó el análisis de la situación y de la orientación sobre el trabajo de organización del Partido en un período en que teníamos que replegarnos, y en que se planteaban ante nuestros cuadros y militantes cuestiones totalmente nuevas para las cuales no estaban preparados y sobre las cuales no tenían ninguna experiencia.

No aceptamos, a pesar de hallarnos ante ella, la realidad de la terrible derrota y no comprendimos la necesidad de trabajar en las condiciones del repliegue, de ahorrar fuerzas a fin de mantenernos largo tiempo, a fin de no cesar la lucha contra la tiranía franquista, a fin de luchar no sólo durante unos meses o unos años, sino hasta el derrocamiento del franquismo, hasta la victoria de los trabajadores.

El desconcierto en que se halló el Partido en ese primer período tan difícil y complicado de la derrota contribuyó a la desorganización del Partido; hizo posible la penetración de corrientes extrañas en nuestras filas y las maniobras de los agentes policíacos tendentes a acabar con toda posibilidad de resistencia.

Y así Quiñones, un aventurero internacional, agente de servicios policíacos, en el que todo, hasta el nombre, era falso, pudo colocarse a la

cabeza del Partido para frenar la actividad de éste, para destruirle entregando a la policía todo lo que iba surgiendo como organización del Partido.

Así cayó la organización del País Vasco, así cayó la organización de Madrid, la de Guadalajara, la de Extremadura, la de Toledo, la de Andalucía, prácticamente la organización del Partido en todo el país.

Descubrimos y denunciemos a Quiñones mostrándole como un provocador de doble faz al servicio de la policía franquista y como agente de un servicio policiaco no español.

Pero Quiñones había hecho ya su trabajo. Y había dejado además entre los restos de la organización ilegal del Partido sus hombres de tal manera que todavía en el año 1946 fueron descubiertos dentro de la organización madrileña elementos quiñonistas, que habían continuado su obra provocadora de disgregación del Partido y de entrega de los comunistas a la policía.

El interés de la reacción española y de los servicios policiacos franquistas e imperialistas por destruir al Partido Comunista de España, al que habían visto al frente de la resistencia popular contra la sublevación fascista como una poderosa fuerza que garantizaba el desarrollo democrático de España y los avances de las masas hacia el socialismo, no disminuyó con el descubrimiento de uno de sus agentes, sino que por distintos caminos continuó esforzándose por golpear al Partido y en este sentido uno de sus principales puntos de apoyo fueron Monzón y Trilla.

Monzón y Trilla fueron a España no por mandato del Partido, sino respondiendo a intereses ajenos al Partido, y cuando la derrota del hitlerismo estaba próxima. Fueron a España protegidos por amigos carlistas de Monzón a quien éste, a espaldas del Partido, había salvado en el periodo de nuestra guerra.

¿ A qué fueron a España estos « héroes » ?

Fueron a España, como más tarde ha ido Comorera, a valorizarse como « revolucionarios » capaces de arrostrar la represión, mientras el resto de la dirección quedaba en la emigración, argumento que ellos pensaban utilizar demagógicamente contra la dirección del Partido.

Fueron a España a « situarse », a impedir la actividad del Partido, a convertir a éste en un apéndice de la reacción, a disgregarle, a destruirle, a privar a las masas de su dirección revolucionaria.

Su trabajo es bien significativo. Sus primeras medidas fueron la eliminación de camaradas honestos como Rozas que se resistían a su política, que se oponían a sus tendencias liquidacionistas.

Su actividad fundamental, bajo la mirada tolerante de la policía, consistía en constituir grupos de unión nacional que sustituyesen al Partido, negando e impidiendo el papel dirigente de la clase obrera en la lucha contra el franquismo y por la democratización de España.

Como un viejo y experimentado provocador, Trilla entregó a la policía la organización del Partido y de guerrilleros que había sido reconstruida después del golpe de Quiñones y realizó un trabajo de confusiónismo político entre los camaradas que trabajaban cerca de él.

Monzón y Trilla se oponían al acercamiento del Partido a los socialistas, cenetistas y republicanos despreciando a quienes, en esta situación, más que nunca, deben ser nuestros más próximos aliados.

Habiendo actuado en Francia en el período de la ocupación alemana, Monzón y Trilla estuvieron ligados con el policía norteamericano Field, dándole la posibilidad de reclutar para su trabajo a elementos vacilantes, aventureros y arribistas que han actuado en Francia en el período de la ocupación alemana.

Monzón y Trilla acultaban su acción disgregadora con una fraseología demagógica sobre la insurrección armada, sobre la insurrección nacional, mientras impedían y frenaban la lucha contra el franquismo.

Y después de haber entregado la organización del Partido del interior preparaban la destrucción en masa del Partido en la emigración con la famosa operación del Valle de Arán, que sin la rápida intervención de la dirección del Partido para cortarla nos hubiera costado la pérdida de millares de camaradas.

Esta suma de hechos iluminó con cruda luz la verdadera esencia de la política monzonista que la dirección del Partido había tratado en vano de corregir cuando todavía creía en su honradez, cuando creía que eran, simplemente, los resultados de su formación pequeño-burguesa. Y aunque llevamos de manera resuelta la lucha contra el quijonismo y el monzonismo es indudable que no llegamos hasta la raíz.

Los errores y fallos del Partido están ligados fundamentalmente a la falta de combinación del trabajo ilegal con las posibilidades legales, es decir, el trabajo dentro de las organizaciones de masas del franquismo, cuestión capital para el Partido en un período de reflujo del movimiento revolucionario.

A pesar de la experiencia internacional, a pesar de las enseñanzas y de la experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética, hemos tenido una posición sectaria, estrecha en orden a la realización del trabajo dentro de las organizaciones de masas, especialmente en las organizaciones sindicales.

Este ha sido nuestro error más grave, error de carácter político. No supimos aprovechar las mínimas condiciones de posibilidades legales de trabajo y combinar la acción ilegal del Partido con la acción en los sindicatos, en las mutualidades, en los montepíos, en las organizaciones deportivas y culturales, en las hermandades, creadas por el franquismo.

Hasta 1948 hemos mantenido esta posición, considerando equivocadamente que era imposible realizar en esas organizaciones ninguna labor útil y aprovechar posibilidades legales que nosotros juzgábamos absolutamente inexistentes porque estábamos predispuestos negativamente en este sentido.

Como lo demuestra la experiencia, ese criterio era falso; y cuando ha corregido esta orientación, los resultados han sido muy positivos, como testimonia la activización de la lucha de la clase obrera por sus reivindicaciones, en las fábricas y en los lugares de trabajo, y sobre todo, en la imponente protesta de la clase obrera y fuerzas populares de

Cataluña en la primavera de 1951, en la cual el Partido Comunista jugó un papel decisivo.

No teníamos suficientemente en cuenta tampoco los cambios operados en la propia composición de la clase obrera, a la que continuábamos viendo bajo el mismo prisma que en 1936, olvidando que los mejores combatientes del proletariado, de los campesinos y de los intelectuales que hubieran podido orientar y educar a las masas habían caído unos en los frentes defendiendo la República, otros asesinados por el franquismo y que millares de ellos estaban en las cárceles imposibilitados de actuar.

Olvidábamos, que a la clase obrera habían sido incorporados grandes núcleos de trabajadores procedentes del campo de las regiones más atrasadas sin ningún sentido de organización ni conciencia proletaria que han llevado a la clase obrera sus hábitos, sus costumbres, sus vacilaciones, sus titubeos y a los que había que educar, a los que había que dar conciencia de clase y ésto bajo el fuego de la constante persecución y vigilancia policíacas.

Al no tener ésto presente, al olvidar que para que las masas se movieran hace falta una larga y paciente labor de preparación y de educación que nosotros no habíamos realizado más que parcialmente nuestras consignas de lucha no correspondían, a veces, a la situación real de madurez de las masas.

De ahí la diferencia entre los esfuerzos realizados y los resultados obtenidos. Y lo que es peor, el cansancio, el desánimo de nuestros propios camaradas que se sentían disminuidos, que llegaban a perder confianza en sus propias fuerzas y en la posibilidad de trabajar.

Otro error, que está ligado con la ausencia de nuestro trabajo en las organizaciones de masas, fué la directiva de constituir sindicatos obreros y organizaciones campesinas clandestinas cargando sobre el Partido un doble y a veces un triple trabajo: el trabajo de organización del Partido, el trabajo sindical y el trabajo en las guerrillas, como si en las condiciones del fascismo fuera posible esta multiplicación de funciones y fuera posible, además, el funcionamiento de tales sindicatos.

¿ De dónde nacía nuestra orientación hacia la creación de sindicatos clandestinos ?

Primero, de la creencia en el inminente derrumbamiento del franquismo después de la derrota del hitlerismo.

En nosotros había en cierta manera prendido, aunque no se manifestase de una manera abierta la idea tan extendida en los medios republicanos de la posibilidad de la ayuda de las potencias que lucharon el lado de la Unión Soviética para restablecer la República y la democracia en España.

Es verdad que esta idea no cuajó en resoluciones políticas, pero que ella influía en nuestra actividad, no cabe ninguna duda.

De ahí nuestra resistencia al trabajo en las organizaciones sindicales faiangistas a las que considerábamos a punto de desaparecer con todo el armatoste franquista. Y lógicamente, se planteaba esta cuestión: si iban a desaparecer, ¿ para qué trabajar en ellas ?

De otra parte, y en reforzamiento de esta actitud no correcta, hacia

el trabajo en las organizaciones de masas franquistas y de nuestras consignas de reconstrucción clandestina de los sindicatos, existía el respeto a lo que hacían los camaradas en el país, y nuestra falta de examen crítico de su actividad, de la inclinación sentimental a considerar que lo que nacía de la iniciativa de nuestros camaradas que actuaban en el interior del país era lo más justo.

Por informaciones de los propios camaradas conocíamos la existencia de grupos sindicales compuestos en su mayoría de comunistas que entregaban las cotizaciones de sus viejas organizaciones a algunos de sus antiguos dirigentes que habían quedado en el país, manteniendo una ficción de los antiguos sindicatos. Y pensamos, dejándonos influir por el entusiasmo de los propios camaradas, que esto podía generalizarse y extenderse a todo el país.

Esta idea no era justa, y en lugar de haber ayudado a estos camaradas a corregir su equivocación aconsejándoles el trabajo entre los obreros de su profesión encuadrados como ellos mismos en los sindicatos verticales, consideramos posible la reorganización y actuación de sindicatos de clase en la clandestinidad.

En esta dirección orientamos durante largo tiempo nuestra política, hasta que la propia experiencia, y la experiencia de otros partidos que antes debíamos haber tenido en cuenta, nos mostró nuestra equivocación y la necesidad de corregir el error.

Pero en este error, entra fundamentalmente nuestro olvido de la necesidad de la retirada, y de saber trabajar en las condiciones de retroceso del movimiento revolucionario, aprovechando toda posibilidad, por pequeña que sea, para continuar nuestro trabajo entre las masas.

Los resultados de nuestro cambio de táctica, los resultados del trabajo en las fábricas y entre los obreros, dentro de los sindicatos verticales, han sido, aparte de los grandes movimientos de masas ya señalados, el crecimiento de la influencia del Partido en todo el país y la posibilidad de reconstruir la organización del Partido sobre bases más seguras y a cubierto, en la medida que esto es posible, de los golpes policíacos.

Ha existido una debilidad extraordinaria de nuestro trabajo en el campo. Y aunque en los últimos tiempos se presta una mayor atención a esta cuestión vital para el desarrollo de la lucha contra el franquismo, de ninguna manera podemos sentirnos satisfechos.

No se ha prestado la debida atención a la terrible existencia de más de tres millones de obreros agrícolas en paro casi permanentemente, arrojando una vida de parias y que con sus familias constituyen casi la mitad de la población española y en las cuales tenemos una reserva formidable para la lucha por el socialismo en nuestro país.

Y lo mismo por lo que respecta al problema nacional. No hemos trabajado tan activamente como es necesario y posible en Cataluña y Euzkadi entre los núcleos de obreros, campesinos y empleados nacionalistas.

Sólo en una medida muy limitada hemos hecho conocer nuestra política en orden a la solución del problema nacional entre las masas que están bajo la influencia de la burguesía nacionalista.

Sobre nosotros, como dirección del Partido Comunista de España, y sobre los propios camaradas del Partido Comunista de Euzkadi y del Partido Socialista Unificado de Cataluña, recae la responsabilidad de no haber hecho todo lo que estaba en nuestras manos hacer, para orientar a las masas nacionalistas sobre la verdadera y justa solución del problema nacional en nuestro país, sobre cómo se ha solucionado el problema nacional en la Unión Soviética, sobre cómo puede resolverse en nuestro país.

NUESTRA POLITICA DE UNIDAD

Señalaba más arriba que una de las preocupaciones de la dirección del Partido, desde que salimos de España había sido el rehacer la unidad de las fuerzas democráticas, rota por el final de nuestra guerra.

Con el convencimiento de que solo con la unidad de las fuerzas que Juntas habían hecho la guerra podría ser organizada la resistencia al franquismo, dedicamos una gran atención a esta cuestión chocando con la resistencia y con la hostilidad de los culpables directos de la derrota de la República.

Y a veces, resultaba muy difícil saludar o estrechar la mano a ciertas gentes a quienes proponíamos la unidad, y que eran cómplices por acción u omisión de la pérdida de la guerra, de las persecuciones y de la muerte de centenares de comunistas, del establecimiento del fascismo en nuestro país.

Pero los comunistas hemos aprendido de Lenin « que sería el mayor de los errores creer que el proletariado revolucionario "por vengarse", digámoslo así, de los socialrevolucionarios y mencheviques por el apoyo prestado por éstos a la campaña de represión contra los bolcheviques, a los fusilamientos en el frente y al desarme de los obreros, pueden negarse a apoyar a esas partidos frente a la contrarrevolución. Plantear así las cosas equivaldría, en primer lugar, a querer aplicar al proletariado los conceptos de moral burguesa /pues si conviene para la causa, el proletariado, ahora y siempre, no sólo apoyará a la pequeña burguesía vacilante, sino incluso a la gran burguesía/, en segundo lugar, y esto es lo más importante de todo, sería un intento pequeño burgués de velar la esencia política del problema con argumentos de índole moral ». /« A propósito de las consignas ». T. VIII pag. 17/.

La Junta de Casado, en la que estaban comprometidos muchos dirigentes republicanos, se sublevó contra el gobierno republicano que dirigía la lucha contra los fascistas, con el pretexto de la influencia del Partido Comunista, pero en realidad al servicio de la reacción imperialista que necesitaba urgentemente terminar con la guerra de España para dejar las manos libres a Hitler en la preparación de la segunda guerra mundial que pensaban comenzarla con la agresión hitleriana a la Unión Soviética.

Estos hechos, de extraordinaria gravedad, no fueron obstáculo para que el Partido Comunista insistiese en la reanudación de la unidad entre las fuerzas republicanas.

Porque a pesar de lo ocurrido, ante nosotros estaba España, estaba el pueblo desangrándose bajo los golpes de los falangistas, estaba la

necesidad de restablecer en España el régimen democrático, de reanudar el desarrollo democrático iniciado en nuestro país en 1931.

Este mismo sentimiento, unido a la necesidad de impedir que España ingresase en la guerra al lado de Hitler, peligro que no era una fantasía sino una posibilidad inmediata, nos llevó más tarde, en 1942, a propugnar la Unión Nacional.

¿ Por qué proponíamos la formación de la Unión Nacional anti-franquista que significaba una unidad más amplia que la unidad de las fuerzas democráticas que habíamos defendido hasta entonces, que significaba un compromiso con las fuerzas de derecha que no habían dejado de ser nuestros enemigos, pero que tomaban una posición antifranquista ?

Porque el Partido Comunista no renunció en ningún momento a la recuperación de la República y la democracia, suprimidas temporalmente, porque ninguna derrota puede anular definitivamente las instituciones políticas progresivas establecidas por el pueblo. La derrota y las violencias de los vencedores no hacen más que reforzar en las masas populares su cariño hacia esas instituciones y el deseo de restablecerlas.

Y al Partido revolucionario del proletariado, al Partido Comunista corresponde no subestimar ninguna posibilidad por mínima que sea, que permita golpear a los vencedores temporales y quebrantar de una u otra forma la dictadura fascista.

Eran muy torpes los que no veían que algo había cambiado en España en 1942 ; y de su torpeza, de su sectarismo o de su cerrazón política han resultado muy graves daños para nuestro pueblo.

En 1942 la guerra contra Hitler estaba en su apogeo y Franco había dado el primer paso hacia la participación en la guerra, declarando a España país no beligerante pero no neutral.

Al mismo tiempo en el interior de España comenzaba a perfilarse una oposición de derechas que estaba latente desde 1939, oposición que mostraba abiertamente su desacuerdo con la política franquista, hecho que tenía una gran importancia y que nosotros no podíamos desconocer ni ignorar.

Era necesario tender un puente hacia estas fuerzas, era necesario impedir que España participase en la guerra.

Y el Partido Comunista propuso la formación de una Unión Nacional que se opusiese con la movilización de todas las fuerzas patrióticas a que España participase en la guerra.

Nuestra política de Unión Nacional produjo el escándalo de los dirigentes republicanos y socialistas, los cuales juraban que jamás estrecharían las manos de quienes se habían levantado contra la República.

Pero en política no se puede decir « de este agua no beberé », porque, a veces, hay que beberla aunque tenga renacuajos, si ésto va en interés de la causa que se defiende.

Y el que afirme o crea que los partidos obreros y fuerzas democráticas no pueden establecer compromisos con sus adversarios políticos o de clase, si estos compromisos benefician al pueblo y a las masas, es un hombre que vive fuera de la realidad.

Nuestra política de unidad democrática y antifranquista es tan real que los mismos que la han combatido y que han denigrado a los comunistas por sostenerla, la adoptaron más tarde, desfigurándola.

El Partido Comunista proponía la formación de la Unión Nacional para cambiar la situación política, para hacer posible el derrocamiento del franquismo y el establecimiento de un régimen democrático, para hacer posible el establecimiento de la convivencia entre los españoles.

Los que denigraban a los comunistas por su política de Unión Nacional han buscado más tarde alianzas con las fuerzas reaccionarias, y no para realizar un profundo cambio político en nuestro país, sino para mantener en el Poder a la burguesía y a la reacción.

No era una política nueva la que proponía el Partido Comunista. La Unión Nacional era la continuación de los esfuerzos realizados no sólo por el Partido Comunista, sino por el Gobierno republicano en el que estaban representadas las organizaciones obreras y partidos políticos de la República para terminar con la guerra que desangraba al pueblo español, esfuerzos que tenían su expresión gráfica en el programa de los 13 puntos de Negrin, aprobado por todas las fuerzas republicanas.

Por ello, es tanto más extraña e incomprensible la actitud hostil bajo un pretexto < izquierdista > absurdo, del grupo socialista negrinista contra la Unión Nacional, después de haber sido prácticamente Negrin, como jefe del gobierno, quien propusiera en 1938 la ampliación del programa de unidad de los españoles demócratas, que era el Frente Popular, para establecer el programa de Unión Nacional contenido en los 13 puntos.

A este respecto, la posición del Partido Comunista ha sido firme y consecuente. En la Conferencia pronunciada en Barcelona el 29 de noviembre de 1938 José Díaz, Secretario del Partido Comunista de España, dijo lo siguiente:

< La unidad nacional no es una formación política o parlamentaria cualquiera, es el agrupamiento de todo el pueblo cuando están en peligro los bienes comunes como son la independencia del país, la integridad territorial, la existencia misma de España como Estado.

< Por eso, cuando hablamos de unión nacional, nuestra mirada no se dirige sólo a los que en nuestro territorio deben estar unidos para correr el peso del invasor, sino especialmente a los del otro lado de las trincheras. >

Las palabras de nuestro Secretario General fueron acogidas con especial satisfacción por los socialistas que apoyaban la política del gobierno Negrin.

¿ Por qué una política de las mismas características y tendiendo al mismo fin — la salvación de nuestro país, la liberación de nuestro pueblo — es rechazada por los que en las circunstancias particulares de la guerra fueron sus iniciadores y defensores ?

Misterios son de la política de campanario, que han estado acostumbrados a realizar ciertos llamados dirigentes socialistas.

Pero a buen seguro que no estarán hoy muy satisfechos de su

pretendido izquierdismo, que los ha llevado al aislamiento de las masas y a la esterilidad política, restándoles la posibilidad de influir en la marcha de los acontecimientos y en la lucha de las masas.

Y a pesar de que contra el Partido Comunista presentan un gran capítulo de quejas sin ningún fundamento serio, invitamos a estos compañeros socialistas a reconsiderar su posición advirtiéndoles de antemano que los comunistas no solamente no tenemos inconveniente en reanudar nuestras relaciones con ellos, sino que lo deseamos, ya que no olvidamos que fuimos aliados y compañeros de lucha en momentos cruciales para España y que podemos serlo igualmente ahora y en el futuro en la lucha por la democracia y el socialismo en nuestro país, contra el régimen franquista.

La política de unión nacional defendida por nosotros era aceptada por sectores políticos antípodos del Partido Comunista que se adhirieron desde un principio a esta política y que la consideraban como la única salida viable de la situación.

La importancia de este hecho causaba no poca inquietud en los medios franquistas y entre los « observadores » extranjeros que había en España, a los que preocupaba que la política del Partido Comunista fuese vista con simpatía en sectores que han estado considerados impermeables al comunismo y que por sus intereses están efectivamente muy lejos de la ideología comunista.

Frente a la política de unión nacional defendida por el Partido Comunista aparecieron los representantes del anarquismo monárquizante, levantando la bandera de la alianza democrática a la que prestaron su adhesión los Partidos republicanos y el Partido Socialista.

Ante tal situación, y a pesar de que la dirección del Partido tenía sospechas muy fundadas de que esta Alianza era un artificio policiaco para impedir la unidad de las fuerzas antifranquistas, fuimos a ella porque veíamos ciertas posibilidades de actuación y movilización de las masas, apoyándonos en las cuales podrían ser rotos los turbios manejos de los patrocinadores de la Alianza.

Pero nuestras esperanzas resultaron fallidas y la Alianza Democrática de los Leiva y los Luque resultó, como sospechábamos, una creación policiaca para impedir la unidad.

Todo esto, odioso y desagradable no ha sido un obstáculo para que los comunistas continuemos defendiendo la política de unidad antifranquista, porque la situación que nos obligaba a defender esta política no ha cambiado; el régimen de Franco continúa existiendo, y contra él hay que concentrar todos los fuegos.

Y cuando hemos criticado a los socialistas sus tratos con los monárquicos no lo hemos hecho porque estuviésemos en contra de compromisos políticos que faciliten el desarrollo de la lucha contra el enemigo principal.

Les hemos criticado porque ese compromiso del Partido Socialista con los monárquicos, hecho a espaldas de las masas, era un compromiso antidemocrático y antipopular, tendente no a cambiar a fondo la situación,

sino a mantener un régimen reaccionario en España con ligeros cambios en la fachada.

CONTINUIDAD DE NUESTRA POLITICA

Dicen que los comunistas somos muy tenaces. Es verdad. Somos tenaces porque somos revolucionarios, porque estamos convencidos de que defendemos una causa justa y sagrada.

Insistimos e insistiremos una y cien veces en nuestras proposiciones de unidad porque sin la unidad en la lucha contra el franquismo, las perspectivas de victoria son más largas y la lucha más penosa y difícil.

Somos tenaces porque nos duele España, porque nos duele el pueblo; porque sentimos en lo hondo de nuestra conciencia la angustia de nuestra clase obrera, de nuestros campesinos, de esos millones de obreros agrícolas, de hombres, de mujeres y de niños que viven en dolorosa agonía en los campos de nuestro país, bajo el yugo de los explotadores de la miseria humana.

Y con nuestra consecuente política unitaria, tendente a salvar a nuestro pueblo, damos — frente a la garrulería democrática de los otros — la medida de la combatividad, de la seriedad, de la firmeza revolucionaria, de la dignidad política y humana de los comunistas.

Continuamos y continuaremos defendiendo una política de unidad, de unidad obrera, de unidad democrática y antifranquista.

En la lucha por el establecimiento de un régimen democrático en nuestro país, y en el problema de la unidad, hay un aspecto fundamental, que es la cuestión de la alianza de la clase obrera y de los campesinos, y que ocupa, que debe ocupar, un lugar de primer orden en nuestras preocupaciones políticas.

Y no puede ser de otro modo; sin la alianza de los obreros y de los campesinos, sin la participación junto a la clase obrera de los millones de campesinos y obreros agrícolas que componen la población agraria de nuestro país, en la lucha por la revolución democrática, no es posible la victoria de esta revolución, no es posible realizar los cambios que exige la situación de nuestro país.

Aunque en las condiciones de hoy, la lucha por la unidad de la clase obrera y la lucha por la unidad de las fuerzas democráticas y antifranquistas, se enlazan y entretajan, fundiéndose, por la dialéctica viva de los hechos en el proceso de la lucha contra el régimen franquista, no debemos confundirlas.

La unidad de las fuerzas antifranquistas es una necesidad temporal que surge del imperativo de salvar a nuestro país de la catástrofe adonde lo ha conducido el franquismo, de la necesidad de restablecer en nuestro país un régimen democrático.

Y si la alianza de los obreros y de los campesinos es una de las preocupaciones y de las necesidades insoslayables de la lucha, la unidad política de la clase obrera es para nosotros un problema permanente, constante, en nuestra actividad, ya que los intereses de la lucha imponen esa unidad, imponen la constitución de un solo Partido de la clase obrera

y de una sola organización sindical de clase que recojan, orienten y dirijan a las masas en su lucha por el socialismo.

Mas hasta tanto que esto sea logrado, luchamos diariamente por la unidad de acción de la clase obrera, ya que sin esta unidad de acción no puede pensarse en un Frente Nacional Antifranquista sólido y eficaz, puesto que la clase obrera debe ser la base y el cimiento de ese frente, la conductora y orientadora efectiva de las fuerzas democráticas y antifranquistas.

Esto no puede significar que debemos renunciar a la constitución del Frente Nacional Antifranquista, hasta lograr la unidad de acción de la clase obrera.

Al contrario, debemos esforzarnos por la creación de ese Frente atrayendo a él a todas las fuerzas de oposición al franquismo, al mismo tiempo que trabajamos por lograr la unidad de acción de las fuerzas obreras.

En la lucha contra el franquismo, la unidad de acción de la clase obrera y el Frente Nacional Antifranquista se condicionan mutuamente.

La unidad de acción de la clase obrera, forzará y ayudará al desarrollo de las fuerzas democráticas en general, y a su vez, la constitución del Frente Nacional Antifranquista impulsará el fortalecimiento de la unidad de acción de la clase obrera, como ya ocurrió con el Frente Popular

El Partido Comunista considera que la unidad democrática y antifranquista es necesaria no sólo en la lucha por el derrocamiento del régimen franquista, sino después en el período de reconstrucción de España; en el período de levantamiento de la economía nacional, de puesta en marcha de las riquezas y energías nacionales, con objeto de transformar la fisonomía de nuestro país, de cambiar la vida de nuestro pueblo, de hacer de España un país industrial-agrario y floreciente.

Es posible que los « izquierdistas », partidarios del todo o nada, que en la práctica es dejar tranquilamente al franquismo, se levanten, como ya ha ocurrido, contra lo que ellos llaman el oportunismo del Partido Comunista, diciendo que los comunistas renunciamos a la revolución para embalsarnos en la defensa de una República burguesa.

A ello respondemos que los comunistas luchamos por todo aquello que pueda aliviar la situación económica y política de las masas; que luchamos por destruir la opresión franquista y reaccionaria que pesa sobre los obreros, sobre los campesinos, sobre todo nuestro pueblo.

Los comunistas luchamos por la revolución democrática en España porque ella significará al mismo tiempo que el derrocamiento del franquismo la liquidación de las supervivencias feudales en la economía española; el auge de todas las ramas de la vida y de la economía nacionales; la elevación del nivel de vida de las masas, el restablecimiento de las libertades populares, democráticas, el comienzo de la solución del problema nacional, el desarrollo de las fuerzas productivas, paralizado temporalmente por el franquismo.

Por otro lado, el carácter de la revolución española no esté determinado por nuestros propios deseos, sino por las relaciones de propiedad

existentes en el campo en España, que son las que dan carácter democrático a nuestra revolución.

Y estas relaciones de propiedad se caracterizan, como ya he señalado anteriormente, por la existencia en ellas de profundas supervivencias feudales que la República no extirpó y que con el franquismo se han mantenido y vivificado al hacer éste tabla rasa de las conquistas democráticas de los obreros agrícolas y de los campesinos pobres; supervivencias feudales que es necesario destruir para impulsar el desarrollo económico y social de España.

Aunque en algunos aspectos en la explotación agraria se mezclen e interpolen vestigios feudales de explotación de la tierra con una explotación de carácter capitalista, lo predominante en las regiones específicamente agrarias es el latifundismo y el minifundismo, con su brutal código de leyes no escritas pero vivas, que se llaman servidumbre, rentas de aparcería, de mediería, foros y subforos, rabassa morta y en general todo un sistema de arrendamientos a corto plazo que constituye una penosa y humillante servidumbre para los campesinos.

La pervivencia de relaciones feudales en las relaciones de propiedad en el campo, coincide en España con la existencia de ciertas formas de capitalismo monopolista de Estado, que entra en contradicción consigo mismo, ayudando a la vivificación de estas relaciones feudales imposibles de mantener durante mucho tiempo sin grave quebranto de la economía, en las condiciones de desarrollo del capitalismo. Las consecuencias de esto las está ya sufriendo el franquismo.

Los economistas franquistas se ven obligados a reconocer que existe una dificultad insuperable para el desarrollo de una economía española sólida; la dificultad consiste, por un lado, en los elevados costos de producción; y de otro, en la limitación del mercado interior por la escasa capacidad de compra de la población dedicada a la agricultura, derivada de unos rendimientos agrícolas débiles que se oponen a la extensión de la industria.

Efectivamente, ¿qué capacidad de compra pueden tener los millones de obreros agrícolas que no tienen trabajo, que no ganan un salario más que un par de meses al año, que se alimentan de raíces, que cubren sus desnudeces con miserables harapos?

El camino de la reforma de la propiedad campesina, emprendido por el franquismo con su ley de concentración parcelaria no solucionará el problema del campo, sino que lo agudizará concentrando aún más la propiedad de la tierra, creando una nueva capa de aristocracia agraria, despojando a los campesinos pobres de sus parcelas y convirtiendo a millares de campesinos en obreros agrícolas.

La concentración de la tierra, como pretenden hacerlo los franquistas, no ayudará al desarrollo económico de España. La historia de nuestro país muestra lo contrario. A mayor concentración, mayor miseria.

El período de nuestra guerra nacional revolucionaria mostró a los campesinos que no es de los aristócratas ni de los burgueses de quienes pueden esperar su liberación, sino de su propio esfuerzo, de su lucha en estrecha alianza con el proletariado.

Solo cuando en el gobierno republicano hubo una representación comunista, fué realizada, en las condiciones de la guerra, una amplia reforma agraria que daba satisfacción a los campesinos.

Se mejoró de manera general la situación de los arrendatarios y trabajadores y se repartió entre los campesinos pobres y obreros agrícolas la tierra confiscada a los grandes propietarios y aristócratas levantados contra la República.

Con ello quedaba sellada la alianza de los obreros y de los campesinos en la lucha por el desarrollo de la revolución democrática, en la lucha por el socialismo.

Y hecho digno de no olvidarse : solamente en el País Vasco, donde la dirección del gobierno estaba en manos de los nacionalistas burgueses, ni se realizó la reforma agraria, ni las masas obreras obtuvieron ninguna de las ventajas que conquistaron los obreros y los campesinos en el resto de la España republicana.

En 1936 existía en España una República democrática. Y el Partido Comunista luchó en defensa de esta República, frente a la agresión fascista, y en su defensa cayeron decenas de millares de comunistas.

Defender la República no significaba estar de acuerdo con los distintos gobiernos que se sucedieron desde 1931 hasta 1936 y que no fueron capaces de resolver la cuestión agraria y de dar satisfacción a las reivindicaciones de los trabajadores.

Defendíamos la República porque frente a ella se levantaban las fuerzas más negras de la reacción española que luchaban por establecer en nuestro país la tiranía fascista que hoy pesa sobre nuestro pueblo.

Defendíamos la República porque en la República existía una Constitución democrática en vigor ; existía el derecho de asociación, de reunión, de prensa, de palabra. Existía el derecho de huelga que los trabajadores empleaban para defender sus derechos ; existían los partidos políticos y las grandes organizaciones sindicales que podían actuar legalmente.

Defender la República significaba defender los derechos de los obreros, de los campesinos, de la clase media ; era defender su derecho a luchar por mejorar sus salarios, su nivel de vida, sus derechos democráticos.

Y al defender la República defendíamos todo ésto ; defendíamos las tradiciones combativas y culturales de nuestro pueblo ; defendíamos la continuidad de España ; defendíamos nuestra patria de la agresión reaccionaria y fascista ; defendíamos el futuro de nuestros hijos y de nuestro pueblo.

Yo quiero recordar, y ésto lo hemos hecho más de una vez, porque no es posible olvidar las lecciones del pasado, que en esos 32 meses la lucha heroica de nuestro pueblo, los comunistas desenmascaramos y mantuvimos a raya, y lo haremos siempre que sea necesario, a los grupos de aventureros contrarrevolucionarios trotskistas, y faístas que con el pretexto de ensayos sendorrevolucionarios, despojaban, como verdaderos bandoleros, a los campesinos y a los artesanos, de sus bienes y propiedades familiares.

Contra los comunistas que luchamos contra estas violencias contrarrevolucionarias se levantaron tolveneras de infamia y de mentiras acusando al Partido de querer frustrar la revolución.

Mas la lucha desenmascaró implacablemente a aquellos que acusaban a los comunistas porque defendían a los campesinos de los expolios y depredaciones de los bandoleros con carnet de organizaciones republicanas y obreras.

A primeros de mayo de 1937 estas bandas de facinerosos se sublevaron en Cataluña contra la República abriendo los frentes de Aragón, y más tarde en Madrid, con el coronel Casado, para realizar lo que no pudieron hacer con la sublevación de mayo en Cataluña : romper la resistencia republicana y entregar España al franquismo.

Hay un testimonio aplastante sobre el contenido real del putch trotskista-faísta de mayo de 1937 en Barcelona que el Partido Comunista denunció en su tiempo como un acto fascista y al servicio de Franco, testimonio que los trabajadores anarquistas honrados deben conocer.

Este testimonio son los documentos encontrados en los archivos de la Wilhemstrasse, al ser derrotado el hitlerismo, entre cuyos documentos existe uno, firmado por el embajador alemán en España, Fauppel, en el cual, informando a Hitler de la situación en España dice lo siguiente :

« Respecto a los sucesos de Barcelona. Franco me ha dicho que los combates en las calles de Barcelona habían sido provocados por sus agentes. Nicolás Franco ha completado esta información indicándome que él disponía de 13 agentes en Barcelona, que uno de estos agentes le había hecho saber que la tensión entre anarquistas y comunistas podría ser aprovechada para desencadenar la lucha en esta ciudad. El generalísimo me ha dicho que al principio dudaban de las informaciones de esta gente, pero que las había hecho confirmar por otros, y que ellas eran ciertas. Franco tenía la intención de hacer uso de esta posibilidad cuando las operaciones militares hubieran comenzado en Cataluña, pero como los rojos habían atacado a Tervel para ayudar al gobierno de Euzkadi, él había considerado llegado el momento oportuno para desencadenar la lucha en Barcelona ».

Firmado : Fauppel.

Está claro, pues, que es de la sentina franquista de donde surgen las fétidas bocanadas anticomunistas de los poumistas y faístas que se sublevaron el 3 de mayo de 1937 en Barcelona, y que hoy continúan su actividad provocadora entre la emigración republicana, actuando de agentes de los servicios de información americanos.

Defendíamos y defenderemo la República democrática porque en ella los partidos obreros, y entre ellos el Partido Comunista, podían actuar legalmente. Y los comunistas, a pesar de todo lo que digan las leyendas reaccionarias, preferimos trabajar en la legalidad y a la luz pública que en la clandestinidad.

El Partido Comunista no tiene una doble vida ni una doble política. Y sus objetivos y propósitos los proclama ante todo el pueblo : el Partido Comunista es el Partido del proletariado y lucha por el derrocamiento de la sociedad capitalista, lucha por el Comunismo.

Es una verdad política reconocida que la República democrática burguesa beneficia en primer lugar a los intereses del proletariado. Pero la burguesía está igualmente interesada en el establecimiento de un régimen democrático porque en él puede desarrollar más libremente sus actividades.

Para la burguesía española no monopolista, la vuelta al régimen democrático es una salida de salvación ya que con el franquismo solo la oligarquía monopolista-terrateniente tiene posibilidades de actuar libre y despóticamente, imponiendo condiciones leoninas y ruinosas al resto de la burguesía nacional que debe someterse o perecer.

Aunque algunos capitalistas no monopolistas, por circunstancias ocasionales derivadas de sus propios intereses y de su temor hacia el desarrollo democrático, hayan podido apoyar a Franco y hacer negocios con Franco, hoy las perspectivas de subsistir y de desarrollarse están casi cerradas para ellos. Ejemplo elocuente es lo que ocurre con la industria textil catalana, lo que comienza a ocurrir en la industria siderometalúrgica.

Y es absolutamente falsa la idea sostenida por los economistas del régimen de que la economía española no podrá superar las características del equilibrio alcanzado antes de 1936.

Con el franquismo, efectivamente, ésto no es posible porque el franquismo frena el desarrollo de las fuerzas productivas. Mas con un régimen democrático es indudable que no solamente puede alcanzarse ese equilibrio, sino superarlo.

La existencia de reservas de materias primas, de carbón y de electricidad permiten, como se señala en el preámbulo del Programa democrático del Partido Comunista, la expansión de la industria, el desarrollo de las fuerzas productivas. Mas para ello se llega siempre a la misma conclusión : a la necesidad del cambio de régimen en España.

Con su política de bancarrota nacional, el franquismo hace coincidir los intereses políticos y económicos de la burguesía, de la clase obrera y de los trabajadores en general, en la necesidad de derrocar al franquismo. en la necesidad de establecer un régimen democrático en España.

De este hecho, y no de invenciones comunistas, surge la necesidad del Frente Nacional Antifranquista, y de ahí los esfuerzos del Partido Comunista de España para unir en la lucha contra el régimen franquista a las fuerzas nacionales interesadas en el derrocamiento del franquismo. Mas coincidir no quiere decir fundir.

Nosotros defendemos la formación del Frente Nacional Antifranquista, y estamos dispuestos a marchar con los partidos y fuerzas burguesas antifranquistas en la lucha por el establecimiento de un régimen democrático en España, en este Frente Nacional o en otra forma de acción, si surgiese otra forma que pareciese más viable, en la lucha por el derrocamiento del franquismo.

Y sobre todo queremos marchar en alianza con los partidos republicanos y obreros que participaron en el Frente Popular, que se mostraron como fuerzas antifascistas, y cuyo papel político no ha caducado, sino que según nuestra opinión tienen todavía un amplio campo de acción en la vida política española.

Y nos mostraríamos como unos charlatanes, sin nada de común con el marxismo-leninismo, y mereceríamos el desprecio de nuestro pueblo, si nos negásemos a establecer compromisos y a aprovechar cualquier posibilidad, por mínima que sea, para golpear al régimen franquista.

Lo cual no quiere decir que nosotros hagamos de estos compromisos con

fuerzas que son nuestras antípodas el eje de nuestra política de una vez y para siempre.

El Partido Comunista considera que la política de unidad de las fuerzas que desean honradamente la prosperidad de la Patria, es la única que puede evitar en el desarrollo histórico de nuestro país, muchas penosas dificultades.

Pero el mantenimiento de esa política no depende solamente de nosotros, sino del propio desarrollo de los acontecimientos y de la posición de las distintas fuerzas.

Los comunistas no podemos perder de vista que la realización del Frente Nacional Antifranquista y el desarrollo de una política de este carácter, no elimina, ni mucho menos, la lucha de clases, y que en esa lucha nosotros somos los representantes de la clase más revolucionaria : la clase obrera.

Nuestra línea política está dictada por los intereses de la clase obrera y de las masas explotadas. Y dentro de un Frente Nacional Antifranquista, o con otras formas de acción, según exija la situación concreta del país en cada momento, nosotros entregaremos todas nuestras energías al cumplimiento de la misión que incumbe históricamente al proletariado y a las fuerzas progresivas de la sociedad.

Sería infantil pensar que lo que una vez es útil ha de serlo siempre. En la vida todo fluye, todo cambia y lo que en un momento dado es útil y necesario, en otro puede convertirse en perjudicial y contraproducente.

A veces, en la vida y en la lucha, las situaciones que se crean no siempre corresponden exactamente a las concepciones teóricas establecidas.

De aquí se derivan dos conclusiones : o adaptamos los acontecimientos a la teoría, cosa imposible, o partimos de la situación real aplicando y comprobando la teoría en la práctica. Y esto es lo que da al marxismo un carácter creador, y lo que nos enseña a ver el marxismo no como un dogma, sino como un guía para la acción.

La Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética, la experiencia más reciente de las democracias populares y de China, nos enseñan a aplicar la teoría con arreglo a las situaciones concretas específicas y a elaborar la táctica del Partido partiendo del estado real de las fuerzas de clase en un período determinado.

De ahí la necesidad para los comunistas de no atarse las manos con fórmulas hechas, librescas, doctrinarias, teniendo siempre presente que el marxismo - como he dicho - no es un dogma, sino un guía para la acción.

El desenlace de la lucha contra el franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en España, depende del papel que en ella juegue la clase obrera ; de que se limite a ser un mero auxiliar de la burguesía como ocurrió en 1931 bajo la dirección del Partido Socialista, o que sea ella quien asuma el papel dirigente en esta lucha por la liberación de nuestro pueblo, por la democracia, la independencia y soberanía nacionales.

El Partido Comunista marcha al frente de todos los partidos y fuerzas de oposición antifranquista por su posición clara y bien determinada. Solo él ofrece una salida a la situación, de una perspectiva a todas fuerzas y presenta un Programa concreto, preciso, real que responde a las necesidades

de nuestro país hoy y en un futuro inmediato y que puede ser aceptado por las diversas fuerzas de oposición.

Y toda la labor del Partido tiene que estar orientada a fortalecer y extender sus ligazones con las masas y por lograrlo todos los sacrificios serán pequeños.

Esta labor, que siempre es un deber de los comunistas, en los momentos de crisis revolucionaria, es una obligación inexcusable y todo cuanto hagamos en el sentido de organización, de ligazón y de movilización de las masas debemos considerarlo insuficiente, esforzándonos en superar cada día nuestro trabajo.

OBSERVACIONES CRITICAS

En relación con nuestra política de unidad obrera y de unidad de acción de las fuerzas obreras, en orden al reforzamiento del Partido, yo quiero hacer algunas observaciones críticas a nuestro trabajo.

¿ Hemos sido lo suficientemente flexibles, hemos sabido aprovechar todas las circunstancias favorables que se han presentado para mejorar y estrechar nuestras relaciones con los trabajadores de otras tendencias ?

¿ Hemos realizado los esfuerzos necesarios para incorporar al Partido a grupos de trabajadores socialistas y cenetistas o a simples trabajadores que han mostrado deseos de ingresar en el Partido ?

Creo que no ; creo que en este sentido, hay algunas fallas que debemos de corregir. Ya todos aquellos compañeros socialistas o cenetistas, nacionalistas o sin partido, en grupo o aislados que quieran ingresar en el Partido, hay que darles el ingreso, hay que ayudarles a hacerse comunistas ; hay que terminar con esas concepciones extrañas al Partido que mantienen algunos camaradas, que consideran que el trabajo con socialistas y anarquistas es tiempo perdido, o que hay que aguardar a que se aprendan « El Capital » de memoria para darles ingreso en el Partido.

No es posible aceptar tal actitud ; ella significa alejar de nosotros a muchos trabajadores y tolerar en nuestras filas la pereza y la falta de audacia para llevar nuestra política a las masas, que no otra cosa es, aunque se oculte tras múltiples pretextos, la resistencia a acercarse a los obreros de diversas tendencias y discutir con ellos, y a exponer y defender las teorías comunistas y la política del Partido sobre los problemas vivos de la hora actual.

Esta pereza y esta falta de audacia no surgen espontáneamente. Ellas nacen, o de la falta de confianza en la política del Partido, o de la débil formación política de los comunistas, o de la influencia de la propaganda enemiga sobre nuestros camaradas en relación con la fortaleza del franquismo y del imperialismo, sobre la supuesta inevitabilidad de la guerra, sobre la inutilidad de la lucha por la paz, etc., etc. Y esto, camaradas, es muy serio, porque refleja la inseguridad de los camaradas que adoptan tal posición.

A veces, influye también en el menosprecio hacia el trabajo entre los militantes de otras organizaciones y las masas en general, la existencia de un engreimiento sectario que nos lleva a mirar por encima del hombro a todo el que no sea comunista.

Sentir el orgullo de ser comunista, es una expresión de dignidad revolucionaria. Enorgullecernos de los inmensos progresos realizados en el campo de la democracia y del socialismo al cual pertenecemos por nuestra conciencia, por nuestra voluntad, por nuestra común ideología, por nuestros intereses de clase, es compartir la alegría de los pueblos que construyen el comunismo, es expresar nuestra decisión de defender hasta la muerte las conquistas socialistas de la Unión Soviética y de todos los pueblos.

Lo que no es correcto ni normal, y ésto ya lo hemos dicho más de una vez, es que olvidemos que los éxitos del comunismo en la Unión Soviética, que los progresos de las democracias populares y de China, no se realizan en beneficio exclusivo de los comunistas de cada país, sino que constituyen éxitos y victorias de la clase obrera mundial, cuyas brigadas de choque en la lucha por el socialismo en el mundo son los Partidos Comunistas, son los trabajadores de los países liberados del yugo del capitalismo, aunque haya todavía desgraciadamente sectores obreros que no lo hayan comprendido.

Y con nuestro engrعيمiento sectario, cerramos el camino a los trabajadores no comunistas, para llegar a compenetrarse con esta verdad.

Cada uno de nosotros, antes de ser comunista, ha sido socialista, anarquista, católico, o no a pertenecido a ninguna organización política o confesional.

¿ Por qué pensar que otros no pueden seguir nuestro mismo camino ? ¿ Por qué pensar que los trabajadores socialistas y cenetistas, que los obreros y campesinos católicos o nacionalistas van a estar siempre bajo la influencia de ideologías extrañas a sus intereses de clase , van a ser indiferentes ante su destino, ante el futuro de sus hijos y de su pueblo ?

¿ Por qué no pensar, y esto es lo que sin duda va a ocurrir, que en un próximo porvenir millones de obreros, de campesinos, de intelectuales, socialistas, anarquistas, nacionalistas y sin partido, van a ser no sólo nuestros aliados, sino nuestros camaradas de lucha, de combate, por una España democrática, progresiva, por una España socialista ?

Algunos camaradas razonan así : ¿ Qué podemos hacer con esos socialistas que todavía creen que sus dirigentes son revolucionarios ?

¿ Qué podemos hacer con los cenetistas y anarquistas que siguen a dirigentes que abiertamente renuncian a la lucha revolucionaria para defender las posiciones y la política de los imperialistas yanquis ?

Podemos y debemos hacer mucho y estamos obligados a hacerlo, precisamente para impedir que en la conciencia de esos trabajadores arraigue el veneno del conformismo, del fatalismo y del sentimiento de impotencia y de resignación que es lo que necesita el imperialismo para la realización de sus criminales planes de agresión y de esclavización de los pueblos.

Por otro lado, creer que de la noche a la mañana podemos cambiar la mentalidad de las gentes, es un poco infantil. Y el infantilismo lleva al derrotismo y a la inacción, a la desesperación y al pesimismo, cuando no se logra rápidamente lo que con ligereza se creyó cosa fácil.

¿ Se han parado alguna vez nuestros camaradas a pensar de donde nace la influencia de los viejos dirigentes socialistas en el movimiento obrero,

de donde la influencia del anarquismo en los campesinos y obreros de nuestro país ?

Esta influencia nace de que fueron los socialistas y anarquistas, con todas sus deficiencias e incomprensiones políticas, quienes organizaron en nuestro país a la clase obrera, quienes iniciaron el despertar de la conciencia de clase de los trabajadores españoles.

Durante decenas de años, en el período de desarrollo pacífico del capitalismo y del movimiento obrero, cuando el economismo predominaba en las organizaciones obreras, los obreros vieron a socialistas y anarquistas al frente de sus organizaciones sindicales y políticas.

Y sintieron por ellos, y era natural, cariño y respecto, aunque a veces renegasen de su política o no estuviesen muy de acuerdo con actitudes que ellos, sencillos obreros, no comprendían.

Cuando al desarrollo pacífico del capitalismo, con la libre concurrencia, suceden los trusts y monopolios con la agudización de las contradicciones en el propio seno del capitalismo, es decir, cuando se entra en la etapa del imperialismo y de las revoluciones proletarias, cuando la lucha exige nuevas formas de organización y nuevos partidos, los obreros siguen creyendo en sus antiguos dirigentes.

¿ Por qué ? Porque aunque las condiciones han cambiado, la conciencia de los trabajadores, y ello es natural, no ha evolucionado con la misma rapidez que los acontecimientos.

Ellos han continuado viendo al capitalismo en su forma más simple y directa, en el patrono, en el propietario, como lo habían visto anteriormente. Y no comprendían que el carácter del capitalismo había cambiado.

Que ya no era el capitalismo ascendente, sino el capitalismo en su estadio superior imperialista, convertido en fuerza parasitaria, obligado por su propia esencia a redoblar la explotación de los trabajadores para obtener el máximo beneficio de esta explotación.

No comprendían que el imperialismo es el período de declive del capitalismo y es, al mismo tiempo, el período de ascenso del proletariado, el período de las revoluciones proletarias.

Al no comprender ésto, los trabajadores no comprendían tampoco la necesidad de creación de un partido revolucionario, de un Partido Comunista capaz de llevarles a la conquista del Poder, a la lucha por el Socialismo.

Creían que ésto podrían hacerlo sus viejas organizaciones socialistas y anarquistas, cuyos dirigentes, a pesar de su reformismo continuaban hablando de revolución libertaria los unos, de Marx y del Socialismo los otros, aunque haciendo de la revolución un aborto, de Marx un dogmático y del socialismo un mito o una caricatura.

Esto ocurrió en nuestro país, y ésto sucedió en muchos otros países.

El principal obstáculo que se levantaba ante los partidos comunistas en los primeros años de su existencia era la fuerza de la tradición, de la rutina, la fuerza de la costumbre arraigada en los obreros.

Estos veían con simpatía la combatividad de los comunistas, admiraban a éstos por su entereza ante las persecuciones policíacas, pero pensaban que los comunistas eran jóvenes e inexpertos, y que los viejos dirigentes tenían una experiencia de lucha y de organización que faltaba a los comunistas.

¿ Cuándo cambia esta situación ? Tomemos el ejemplo de nuestro país. ¿ Cuándo las masas trabajadoras, cuándo los obreros y los campesinos empiezan a creer en los comunistas, apoyan a los comunistas, defienden a los comunistas y comienzan a abandonar sus viejas organizaciones ?

Cuando la crisis del capitalismo golpea en nuestro país, sacudiendo la conciencia de las masas ; cuando en su propia carne aprenden adónde conduce la política reformista del Partido Socialista, adónde conduce el aventurerismoseudorrevolucionario de los dirigentes anarquistas. Cuando empiezan a conocer a los comunistas y los ven bajo un aspecto que antes no habían podido ver. Como verdaderos defensores de los intereses de los trabajadores.

Cuando asisten con su presencia y con su participación directa a los denodados esfuerzos del Partido Comunista por constituir el Frente Unico contra la amenaza fascista ; cuando luchan junto a los comunistas en las jornadas insurreccionales de octubre de 1934 y en la lucha contra el terror y por la constitución del Frente Popular en 1935-36.

Cuando ven a los comunistas en la guerra contra la sublevación fascista y la intervención extranjera como la fuerza fundamental en el movimiento de resistencia, en la creación del ejército popular y en la organización de la vida en la retaguardia ; cuando sienten los resultados de la política cultural y agraria del Partido Comunista, en su colaboración con el gobierno republicano ; cuando ven al Partido en la resistencia al franquismo en estos duros años de dominación franquista, en la lucha guerrillera y en la labor tenaz, infatigable, por unir a las fuerzas antifranquistas.

Es evidente, además, que las victorias del campo del Socialismo ayudan a los trabajadores a comprender quienes son sus amigos y quienes son sus enemigos, quien defiende sus intereses y quien defiende los intereses de la burguesía.

Estas victorias crean condiciones más favorables para nuestro trabajo, pues los mismos acontecimientos internacionales muestran que solo los Partidos Comunistas luchan por el socialismo, y que solo donde los comunistas han dirigido la lucha revolucionaria, las masas han conquistado el Poder ; han destruído la dominación de la burguesía y los terratenientes, han establecido el Poder de los trabajadores, la dictadura del proletariado.

Todo ésto debe servirnos no para hacernos sectarios y fanfarrones, sino para redoblar nuestro trabajo entre las masas.

Esas grandiosas transformaciones que han cambiado la faz del mundo son nuestros mejores argumentos, son el mejor medio para llegar a la conciencia de los trabajadores socialistas y anarquistas, demostrándoles que esas transcendentales conquistas de los pueblos son también suyas, y que ellas preparan nuestra victoria : la victoria de la clase obrera y de las fuerzas progresivas de nuestro país.

Nunca estuvimos en mejores condiciones, nunca fuimos tantos argu-

mentos prácticos a nuestro favor para convencer a los trabajadores. Las victorias de la Unión Soviética y de las democracias populares son hechos que se meten hasta la hondo de la conciencia ; son victorias de los pueblos que no pueden ser refutadas por nadie.

Por ser fuertes, debemos ser modestos. Debemos actuar de tal manera que los trabajadores socialistas y anarquistas comprendan, sientan, que nosotros no nos consideramos vencedores respecto a ellos, sino compañeros, hermanos de lucha que encontraron antes el camino, y que llegan a ellos para tenderles la mano y marchar juntos en la lucha por la causa común.

Por eso, entre otras medidas, yo propondría corregir una vieja y perniciosa costumbre que existe entre nosotros, heredada del período en que el Partido estaba dirigido por un grupo sectario-opportunista, que quería destruir el capitalismo y a todos nuestros adversarios políticos a fuerza de frases detonantemente revolucionarias y de adjetivos.

Y yo propongo, recogiendo los deseos de los propios trabajadores socialistas y anarquistas, extirpar de raíz la tendencia a usar abusivamente de los calificativos para caracterizar a nuestros adversarios políticos.

A veces resulta más fácil salir del paso con una palabra rotunda que emplear un argumento razonable. Y nos quedamos tan satisfechos, pensando que ya hemos aplastado a nuestros enemigos, olvidando que, como dice el refrán, « ni las maldiciones ni las procesiones llegan al cielo ».

Naturalmente que cuando hay tipos que con su actividad y su política se muestran como verdaderos provocadores, hay que denunciarles, y al cerdo hay que llamarle cerdo y al perro, perro. Pero esto hay que hacerlo de manera que al llamárselo demostremos que efectivamente son perros y cerdo, y no palomos sin hiel. Es mucho más útil y convincente poner de manifiesto el contenido antiobrero y antinacional de la actitud de toda una serie de dirigentes socialistas anarquistas y republicanos, que arrojar sobre ellos a brazadas los adjetivos denostativos.

Y puede suceder, y ha sucedido más de una vez, que si nuestros argumentos son convincentes, los calificativos salten a los propios labios de los trabajadores y no con menos rotundidad que lo pudiéramos hacer nosotros. En cualquier caso con más utilidad. Porque el denuesto brota de la indignación del hombre que se siente engañado, burlado en sus convicciones y en sus ilusiones políticas y sociales, y esto ya es un gran paso en la rectificación de sus opiniones políticas.

Otro de los daños que causa la superabundancia de adjetivos es que estos adquieren categoría de sentencias inapelables. Y tras de esa barrera de frases hechas se escudan a veces aquellos que no quieren tomarse el trabajo de discutir, porque para discutir hay que estudiar, hay que profundizar en las cuestiones, hay que enfrentarse con los que sostienen opiniones distintas.

Así, hay camaradas que dicen : « ¿ Hablar con fulano ? No merece la pena. Ese es un tal o un cual... »

Esto no es justo, y nos hace mucho daño. La experiencia ha mostrado en muchos casos que ese tal a cual, cuando nos hemos acercado a él en actitud correcta, no era como se e había calificado y pintado. En el fondo era un amigo que estaban deseando relacionarse con nosotros, pero que

aparecía hosco y espinoso como un erizo porque nosotros pasábamos a su lado mirándole por encima del hombro.

Y no hay que olvidar que si « las palabras frías hielan el corazón », las actitudes despectivas hacia los trabajadores los alejan de nosotros.

¿ Cómo es posible pensar que los trabajadores no quieren ser amigos de los comunistas, independientemente de que estos trabajadores saan socialistas, anarquistas o nacionalistas, si verdaderamente los comunistas hacemos todo lo posible par que ellos nos sientan sus amigos ?

¿ Cómo pensar que los trabajadores no quieren conocer las teorías que inspiran y dirigen la lucha victoriosa de la gran Unión Soviética, de China y de las democracias populares ?

Tenemos numerosos ejemplos del apasionado interés de los obreros cenetistas por conocer la vida en la Unión Soviética y en los países liberados de la opresión capitalista. Tenemos ejemplos de viejos trabajadores socialistas que se sienten ofendidos porque nuestros camaradas no les ofrecen los periódicos y la propaganda del Partido.

Y un hecho emocionante que muestra las inmensas posibilidades que tenemos de atraer hacia el Partido a los mejores hombres de la clase obrera es la fraternal solidaridad de los trabajadores cenetistas y socialistas para con los difusores de nuestra prensa en las fábricas y en los diversos lugares de trabajo.

¿ Cuántas veces no han sido estos obreros quienes han puesto en guardia a nuestros camaradas sobre los soplonés ; cuántas veces no han sido ellos mismos quienes han repartido nuestra prensa ?

¿ Cómo se justifica, entonces, el recelo de aquellos camaradas que con criterio de clan o de secta se encierran en su propia concha en espera de que los trabajadores vayan a buscarlos, en lugar de ser ellos quienes audaz y cordialmente salgan al encuentro de estos trabajadores para saber cual es su estado de ánimo, cómo piensan y a qué aspiran, para ayudarles si necesitan ayuda ?

Cada obrero socialista o anarquista que conquistemos para el Partido, o simplemente como aliado nuestro, es una victoria ganada a la reacción.

Atraer a nuestras filas a los trabajadores que tienen una experiencia práctica de trabajo de masas, de trabajo sindical, de trabajo de organización, es una cuestión de importancia primordial para el desarrollo de la lucha de la clase obrera por el socialismo.

En las filas de la clase obrera de nuestro país se está produciendo un movimiento de diferenciación y de polarización de fuerzas muy intenso, ante el cual no podemos permanecer indiferentes.

En el Partido Socialista son cada día más numerosos los trabajadores partidarios de la unidad de acción con los comunistas. Y en algunos casos por la pertinacia de las posiciones anticomunistas de los dirigentes se forman grupos socialistas que se acercan al Partido y ante los cuales, como he señalado anteriormente, no debemos poner ningún obstáculo para su ingreso en nuestras filas, si así lo desearan.

Entre los trabajadores de la CNT y entre sus dirigentes con mayor sentido de clase, hay una rectificación de las viejas posiciones apolíticas,

hay una aproximación a la ideología comunista, marxista. Aceptan el principio de la dictadura del proletariado.

Y aunque entre los grupos que se pronuncian por la dictadura del proletariado existen todavía bastantes confusiones, tanto sobre el papel de esta dictadura, como sobre el de los sindicatos y del Partido, los comunistas no podemos permanecer indiferentes ni pasivos ante este hecho que puede tener una enorme importancia para la unidad política de la clase obrera bajo las banderas del marxismo en la lucha por el socialismo en España.

Debemos mantener con estos trabajadores cenetistas relaciones cordiales y establecer, en la medida que ello sea posible, intercambio de opiniones sobre los problemas políticos y sociales actuales directamente ligados a la lucha por la libertad de nuestro pueblo y llegar a acuerdos sobre la unidad de acción en aquellas cuestiones en las que haya coincidencia de opiniones, hasta que sea posible ir más allá en la realización de la unidad de la clase obrera.

La radicalización de las masas en España llega incluso a sectores obreros de características políticas especiales como los nacionalistas, a los que equivocadamente se les consideraba refractarios a toda idea progresiva, a cualquier acción de lucha reivindicativa, y cuya participación en las huelgas en estos años de dictadura fascista ha sido tan destacada.

Estos obreros nacionalistas que participaron con entusiasmo y heroísmo en la lucha contra la sublevación fascista, que defienden sus derechos a vivir como hombres, en estos años de terror franquista se han templado y madurado políticamente y no aceptan a ciegas las opiniones de sus dirigentes burgueses.

Ejemplo demostrativo es lo ocurrido al propio presidente del gobierno vasco, que después de emitir opiniones favorables al pacto yanquifranquista se vió obligado a rectificar porque el pueblo vasco es hostil a este pacto infame, y las opiniones del señor Augirre, fueron recibidas con público desagrado.

Hay una cuestión que más de una vez han planteado algunos camaradas; el problema religioso, considerándole como una barrera infranqueable para dar ingreso en el Partido a obreros y campesinos católicos.

En este sentido, yo quiero aclarar que entre las condiciones de ingreso en el Partido no existe ninguna que exija obligatoriamente el ateísmo del candidato a militante. Nuestras condiciones para el ingreso en Partido están claramente establecidas en sus Estatutos.

¿Significa esto que el Partido Comunista es neutral e indiferente con respecto a la religión? No, no significa esto. Hacemos y haremos propaganda contra los prejuicios religiosos porque la religión va contra la ciencia y contra el progreso y porque de las creencias religiosas se han servido las clases dominantes para mantener sometidos a los trabajadores, a las masas populares.

El Partido no es neutral respecto a los prejuicios religiosos y hace y hará propaganda contra ellos porque es necesario demostrar a los trabajadores el papel de la Iglesia oyando a las clases explotadoras y predicando a los trabajadores la sumisión a éstas.

Pero insisto en que entre las condiciones para el ingreso en el Partido no existe la del ateísmo. Y ésto no hay que olvidarlo cuando se trata de obreros y campesinos católicos que aceptan nuestro Programa, que quieren ingresar en el Partido, que quieren luchar por el socialismo, pero que todavía no han logrado desprenderse de los sentimientos religiosos y que sólo los abandonarán cuando su conciencia de clase se desarrolle, cuando sus conocimientos se amplíen, cuando conozcan más profundamente nuestra ideología, para lo cual debemos ayudarles, facilitándoles su ingreso, y ayudándoles a forjarse una nueva conciencia.

Tenemos, pues, un inmenso campo donde trabajar, no sólo para llegar al entendimiento y a la unidad de acción con las fuerzas obreras no comunistas, sino para la conquista de las masas para el socialismo.

Todo dependerá de nuestra actividad, de nuestra flexibilidad, de nuestra capacidad política en relación al trabajo entre las masas. — —

« El Partido — dice Lenin — es invencible si sabe vincularse, aproximarse y hasta cierto punto, si queréis, fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer lugar, con la masa proletaria, pero también con la masa no proletaria ».

Yo no sé si los dirigentes reaccionarios del movimiento obrero conocen esta gran verdad leninista, pero si no la conocen la sienten instintivamente. Y de ahí sus esfuerzos desesperados para impedir que los afiliados a sus partidos y organizaciones tengan ninguna clase de relaciones con los comunistas.

De otra parte, ¿ por qué toda la propaganda burguesa, reaccionaria, fascista, está dedicada a combatir a los comunistas, a infamar y calumniar a los comunistas, a aislar a los comunistas del resto de las fuerzas obreras y democráticas ?

En primer lugar, por una razón de táctica. La divisa jesuitica « divide y vencerás » es uno de los medios más usados por la reacción burguesa para debilitar el movimiento obrero y democrático.

En segundo lugar, porque tanto los dirigentes reformistas como la burguesía, quieren impedir que las masas conozcan a los comunistas, quieren impedir que las ideas comunistas penetren en la conciencia de las masas.

Y cometeríamos una falta imperdonable si por sectarismo, por fanfarronería llevásemos el agua al molino de nuestros enemigos, manteniéndonos en una actitud de engreimiento sectario, distanciados de las masas.

Yo no me cansaré de repetir, para que los camaradas comprendan la necesidad de trabajar fundidos con las masas, que los comunistas solos no podemos hacer la revolución, no podremos terminar con el régimen franquista, como nos lo demuestra la experiencia de nuestra lucha, que ya ha señalado anteriormente.

En las luchas de clase, en las revoluciones, en los movimientos de liberación nacional, el papel decisivo corresponde siempre a las masas. Y sólo estrechamente ligado a ellas puede el Partido Comunista cumplir su misión de dirigente de la lucha, de conductor de las masas hacia el Socialismo.

UN PARTIDO COMUNISTA FUERTE Y UNIDO, PREMISA INDISPENSABLE PARA LA VICTORIA SOBRE EL FRANQUISMO

La realización de las tareas que la lucha por la revolución democrática plantea ante la clase obrera y fuerzas progresivas de nuestro país, exige como condición capital la existencia de un Partido Comunista fuerte, unido, disciplinado, preparado ideológicamente, profundamente enraizado en las masas.

La experiencia de los últimos veinticinco años muestra que sin la existencia del Partido Comunista, las grandes luchas de masas contra el fascismo no hubieran sido posibles.

Sin la existencia del Partido, sin su firmeza ante las corrientes capituladoras, sin su política de unidad, y sin su ardiente voluntad de lucha que movilizaba a las masas, la heroica resistencia del pueblo ante la sublevación militar fascista no hubiera sido posible.

Y sin la existencia del Partido Comunista que frena con su presencia y su actividad la disposición al entendimiento con los franquistas de toda una serie de dirigentes del campo republicano, haría ya mucho tiempo que estas gentes habrían pasado el Rubicón poniéndose abiertamente al lado del franquismo.

Luchando por la democracia y la República, defendiendo los intereses vitales de las masas, tanto en las pequeñas cosas como en las grandes, en las reivindicaciones diarias de la clase obrera, como luchando por la independencia y soberanía nacionales, el Partido Comunista ha conquistado la adhesión de los trabajadores, ha consolidado su influencia y su autoridad.

Y el papel cada día más destacado del Partido como guía de las masas, como vanguardia dirigente de la clase obrera en la lucha contra el franquismo, exige de nosotros un cuidadoso análisis de la situación general de nuestra organización y la corrección de las fallas y debilidades que en ella puedan existir.

El Partido Comunista es el único Partido que no tiene miedo a poner al descubierto sus fallas y debilidades, sus errores y sus equivocaciones porque es precisamente la lucha contra las debilidades y los errores lo que temple y fortalece al Partido, lo que le hace apto para dirigir la lucha de las masas.

El medio más eficaz para reforzar la unidad del Partido, elevar su nivel ideológico y su disciplina y fortalecer sus filas es el empleo de la crítica y la autocrítica, en la diaria labor de los comunistas.

La crítica y la autocrítica es una importante fuerza impulsora en el desarrollo del Partido; ella ayuda a limpiar las filas del Partido de todo lo perjudicial, de todo lo que no tiene nada de común con el espíritu del leninismo, y da la posibilidad de reforzar y ampliar las ligazones del Partido con las masas.

Con ayuda de la crítica y de la autocrítica, el Partido educa a sus cuadros, los impregna del espíritu comunista y lucha contra las corrientes extrañas al comunismo, contra la autosuficiencia y el engrimiento.

La importancia de la crítica y de la autocrítica podemos comprobarla en nuestra propia reciente experiencia.

En 1951, en el informe hecho ante un grupo de dirigentes del Partido, fueron puestas de manifiesto debilidades y métodos de trabajo no correctos que producían un gran daño al Partido. Posteriormente estas mismas cuestiones fueron desarrolladas en la Carta del Comité Central a las organizaciones del Partido.

Esto llevó a una amplia discusión en todo el Partido, que ha permitido dar serios pasos en la corrección de los métodos no comunistas de dirección, empleados por algunos camaradas en los diferentes escalones de la organización del Partido.

Esta discusión ha servido para elevar la vida política en nuestras organizaciones, para que nuestros camaradas dedicasen una mayor atención al estudio de la teoría marxista-leninista, ha servido para unir más fuertemente al Partido con la masas.

Los problemas de la popularización y aplicación de la línea política del Partido tienen ya, en la actividad de nuestros camaradas, un peso mayor, y van desplazando los métodos de estrecho practicismo que caracterizaba a algunas de nuestras organizaciones y que en cierto modo impregnaban nuestra actividad general.

La discusión de los proyectos de Programa y Estatutos refleja aún más profundamente los cambios operados en este orden en el Partido.

Los miembros del Partido han participado activamente en ella, se han sentido plenamente responsables de la política del Partido. Y con sus opiniones y sugerencias, con sus críticas y aportaciones, que muestran su sensibilidad y madurez políticas han hecho un gran servicio al Partido y al pueblo, han ayudado extraordinariamente a la Dirección del Partido.

Estos cambios producidos en nuestro trabajo, tienen una importancia fundamental, pues contribuyen a colocar al Partido en condiciones de jugar más eficazmente su papel de dirigente en la lucha del pueblo contra el franquismo, por la independencia nacional, por la democracia y la paz.

La política del Partido encuentra mayor resonancia entre las masas, cuanto más activa es la participación de cada comunista en la lucha política, cuanto más elevada es su formación ideológica.

Y esto se halla en dependencia directa del mejoramiento constante de la vida interna del Partido. La experiencia, después del informe de 1951, muestra que es necesario perseverar tenazmente en la corrección de los vicios y defectos sectarios y estrechos del trabajo de los comunistas, sin darnos por satisfechos con los resultados obtenidos, pues cualquier actitud de indolencia, de autosatisfacción conduciría al resurgimiento de los mismos vicios y defectos que sobre la marcha vamos corrigiendo.

La lucha por los principios leninistas del Partido, la lucha contra las debilidades, es una tarea diaria y permanente para cada comunista; forma parte de la educación revolucionaria de los militantes, forma parte de la lucha contra la influencia de la ideología burguesa, de la sociedad y del medio donde vivimos y actuamos.

No hay que olvidar que el Partido Comunista no vive encerrado en

una torre de marfil, no vive aislado de la sociedad, y no está libre del riesgo de la penetración en sus filas de opiniones y corrientes extrañas o enemigas.

Al Partido vienen no solo proletarios, sino campesinos, empleados, intelectuales, pequeño-burgueses, que aportan al Partido, junto con su adhesión y su disposición a la lucha, los sentimientos y los prejuicios de la clase a que pertenecen.

Incluso a veces, las corrientes pequeño-burguesas, son introducidas en nuestras filas por ciertas capas de la clase obrera, sobre las cuales la ideología burguesa liberal ha ejercido una gran influencia y de la cual les es difícil desprenderse, porque a pesar de sus deseos, de su voluntad de ser comunistas, el medio ambiente en que desarrollan su vida continúa actuando sobre ellos.

Impedir que florezcan y se desarrollen las tendencias liberales pequeño-burguesas en el Partido sólo es posible a través de la lucha constante, permanente, por los principios ideológicos, políticos y orgánicos del Partido.

Nuestros camaradas, en sus actividades, no deben olvidar en ningún momento lo que significa ser comunista, lo que significa ser miembro del Partido que dirige la lucha de las masas por el socialismo.

Los comunistas deben ser intachables no sólo en su actividad política, sino en su vida personal.

Cuando el Partido era un pequeño grupo sin apenas influencia en las masas, los errores o las debilidades de los comunistas no tenían una gran repercusión en el conjunto de la lucha.

Ahora, cuando el Partido es una fuerza política decisiva en el campo democrático, debe evitarse todo resbalón porque los trabajadores tienen puesta su mirada en nosotros. Son más sensibles a los defectos de nuestro trabajo, y con razón exigen de nosotros no dar tropezones.

Esta atención de la clase obrera hacia el Partido es un gran estímulo para nosotros, es la expresión de su confianza en los comunistas, pero ello exige de nosotros, repito, un sentido más vivo de nuestra responsabilidad de Partido revolucionario, de vanguardia, dirigente de la clase obrera y fuerzas progresivas de nuestro país.

Por ello es necesario continuar prestando una gran atención a la formación marxista-leninista de nuestros cuadros, liquidando sin contemplaciones el menor precio hacia el estudio de la teoría que ha sido una debilidad general del movimiento obrero español.

Lenin nos ha enseñado, y nosotros no podemos olvidar esta gran verdad leninista que la experiencia histórica ha confirmado, que « sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario posible ».

Lenin y Stalin consideraban al Partido no como una suma de unidades, sino como una organización dirigente, como el organizador y jefe colectivo de las masas.

Y cuanto más elevado sea el nivel político y el grado de conciencia marxista de los comunistas, tanto más eficientes serán los resultados de su trabajo. Y a la inversa, cuanto más bajo es el nivel político y el grado de conciencia marxista-leninista en el Partido, tanto más probables son las

fallas y los fracasos del trabajo, tanto más probables son la mezquindad y la degradación de los militantes que se convierten en rutinarios y cicateros.

De aquí la necesidad para los comunistas de conocer la ciencia marxista-leninista sobre la sociedad, de conocer las leyes del desarrollo de ésta, las leyes de la revolución proletaria, las leyes de la edificación socialista, las leyes del triunfo del Comunismo.

Hay que continuar el camino emprendido haciendo participar en el trabajo político a todos nuestros militantes, manteniendo una actividad viva e intensa en nuestras organizaciones.

Hay que hacer penetrar en la conciencia de todos los camaradas que participan en órganos de dirección del Partido el sentimiento de que en esos puestos son servidores del Partido y responden ante el Partido de su gestión.

Esto es necesario recordarlo porque a veces algunos lo olvidan, y se conducen respecto a los camaradas de la base de una forma arbitraria, y aristocrática, como grandes señores.

Es necesario recordar que nadie tiene derecho a vulnerar las leyes del Partido, y menos que nadie, los camaradas que ocupan puestos responsables.

La necesidad de que cada comunista conozca cuales son sus derechos y sus deberes en el Partido, de que cada revolucionario que se aproxima al Partido pueda conocer exactamente cual es el funcionamiento interno de éste, han llevado a la Dirección del Partido a renovar los Estatutos de nuestra organización, sometiéndolos a vuestra aprobación, estatutos que tienen en cuenta las particularidades de la situación en que se desenvuelve actualmente el Partido.

Elo ayudará a reforzar el Partido, a hacer conocer sus métodos organizativos y a esclarecer las dudas, contribuyendo a hacer más sólida y firme la organización del Partido, cortando la posibilidad de actuación, tanto a aquellos que equivocadamente creen posible hacer de las reuniones del Partido un club de discusión, como a aquellos otros que, confundiendo al Partido con un cuartel o una secta, han tratado de imponer una disciplina militar, matando la iniciativa de los camaradas e impidiendo que éstos criticaran su mal trabajo.

Mas los Estatutos no son todo. Si falta la conciencia comunista, si falta el sentido de responsabilidad que debe existir en los comunistas y que hace de ellos firmes y consecuentes defensores de la política del Partido; combatientes audaces, capaces de enfrentarse a las tormentas sin abatirse; si falta al sentimiento de que cada miembro del Partido es responsable por todo el Partido, sentimiento que hace de cada comunista un dirigente, entonces, los Estatutos no serán más que un articulado de normas muertas, aprovechado por leguleyos y escolásticos para discusiones bizantinas.

En las condiciones de crisis del franquismo, el mayor error que podríamos cometer los comunistas sería la excesiva valoración de la fuerza del enemigo, guiándonos por lo superficial y externo, y el menosprecio de la capacidad revolucionaria de las masas, de la capacidad del Partido para dirigir la lucha.

Y yo llamo desde la tribuna del V. Congreso del Partido Comunista

de España, a todos los viejos militantes del Partido a ocupar de nuevo su puesto en las filas de nuestra organización rechazando los consejos de traidores y capituladores que predicán la inacción; yo llamo a todos los comunistas honrados a convertirse en militantes activos, en educadores y organizadores de las nuevas promociones de obreros, de campesinos, de intelectuales de vanguardia que se acerquen a nosotros, que quieren ser comunistas, que quieren luchar en nuestras filas por el Socialismo.

El pueblo mira hacia los comunistas, y en la hora de las verdades, no servirán para nada el «yo creía» y el «yo pensé».

Por parte de la dirección del Partido hay la obligación de prestar la máxima atención a la selección y formación de los cuadros del Partido, de preocuparse de la formación y constitución de los comités responsables en toda la escala de la organización.

Estos comités constituyen la espina dorsal del Partido; y hay que cuidar de su fortalecimiento político, de su educación y de su seguridad, porque esto garantizará la continuidad y la eficacia del trabajo del Partido, porque eso es imprescindible para dar a la organización del Partido la fuerza, la solidez y la amplitud que el Partido necesita para realizar las ingentes tareas que la lucha contra el franquismo plantea ante nosotros.

Y una de las condiciones para asegurar y garantizar el trabajo del Partido es la vigilancia revolucionaria.

No podemos olvidar en ningún momento que si los trabajadores tienen fijadas sus miradas en el Partido Comunista, también las tiene puestas al enemigo, que por todos los medios trata de descomponerle, de debilitarle, de destruirle.

No puede haber ninguna tolerancia, ninguna justificación ningún liberalismo pedrido, con los que se han pasado a las filas enemigas, con los que han traicionado al Partido.

Tampoco es permisible la introducción en nuestro Partido de métodos de falso democratismo, y que se confunda el centralismo democrático con el seguidismo con el culto a la espontaneidad de las masas.

Hay algunos camaradas que piensan equivocadamente que el Partido debe seguir a las masas, aunque estas se equivoquen, hasta convencerlas de que el Partido tiene razón.

Esto es una concepción equivocada del papel del Partido.

El Partido no adula a las masas, no sigue a las masas, sino que las orienta, les da conciencia socialista, les ayuda a encontrar el camino revolucionario.

Lenin nos ha enseñado que la sumisión ante la espontaneidad de las masas significa el rebajamiento y la negación del elemento consciente, significa negar el papel dirigente del Partido en el movimiento obrero, desarma a la clase obrera y la somete a la política y a la ideología de la burguesía.

Los camaradas, de cuya buena voluntad yo no dudo, que proponen que el Partido siga a las masas, quieren transformar el Partido de vanguardia dirigente en retaguardia pasiva. De cabeza, en cola. Y esto no, camaradas.

Quien mezcla el Partido con la clase, rebaja el nivel de conciencia del Partido hasta el nivel de conciencia de las masas, quien confunde al Partido y la clase, destruye el Partido como organizador de las masas, desarma a las masas ideológica, política y orgánicamente.

Y la tarea del Partido consiste no en rebajar su nivel hasta el nivel de las masas, sino en elevar el nivel de las masas hasta el nivel del Partido.

Hubo un tiempo en el Partido en que cuando se criticaba a algún camarada, se consideraba que este camarada estaba ya incapacitado para todo trabajo responsable.

Esto era y es falso. Si alguien trata de sembrar la idea de que el Partido educa, prepara y forma a los militantes para lanzarlos por la borda al primer error que cometen en el trabajo, yo quiero decirles que están equivocados.

Cada comunista, cada trabajador honesto, es para el Partido un tesoro, que no estamos dispuestos a malbaratar. Lo que no quiere decir que nosotros pasemos la esponja de la tolerancia, de la familiaridad o de la amistad personal sobre el mal trabajo, y « aquí paz y después gloria ».

! No, camaradas ! En el Partido se juzga muy seriamente a los camaradas que cometen errores o que tienen debilidades ; se les critica, se busca el origen de esos errores y se toman las medidas correspondientes para corregirlos, dando posibilidades a los camaradas de trabajar y de demostrar que son honrados. Muchas veces, relevándolos de sus puestos de dirección y colocándolos allá donde puedan ser más útiles.

Por haber cometido un error no se excluye a nadie del Partido. Del Partido se excluye a los indeseables, a los que actúan como agentes del enemigo, a los que se manifiestan como gente podrida, sin posibilidad de enmienda.

El Partido, yo quiero insistir sobre esto, no oculta sus errores y sus debilidades, como una enfermedad vergonzosa ; no teme la crítica y se sirve de ella para mejorar su trabajo y para educar los cuadros del Partido no sólo sobre los aciertos, sino también sobre los errores.

Se va terminando con los métodos de ordeno y mando, con los métodos de disciplina cuartelaria y de expulsiones caprichosas.

Pero yo quiero advertir que terminar con estos métodos, nos significa sustituirlos con un democratismo liberaloide anticomunista, sino por la práctica de la crítica y de la autocrítica ; por la práctica de la discusión y del planteamiento en las reuniones del Partido de los problemas que afectan al buen orden y al funcionamiento normal de la organización, a los problemas de nuestra táctica y de nuestra política en general, para hacer vivir al Partido una vida política activa e impedir la derivación de sus actividades hacia la chismorrería y las historias personales.

En este período de dispersión, de lucha clandestina, nada más fácil que hacer demagogia sobre esta o la otra cuestión, a las cuales no se puede responder sin poner en manos de la policía secretos, de los cuales dependen la seguridad de los camaradas y la organización del Partido.

Y esto ocurre porque a veces los camaradas olvidan que, como ha dicho uno de nuestros poetas, el camarada Rejano :

Estamos en la noche todavía,
en la noche española ;
un cuchillo en la nuca
y una bandera por el suelo rota.

Estamos en la noche todavía ;
pero en la noche que abrirá la aurora.

Y esa noche dejará de ser la « noche ignominiosa » y la « noche inquietadora » para ser « la noche de las amapolas », « la noche paridora » del alba de la resurrección de España, los comunistas, como en Madrid y en Teruel, en Jarama y en Belchite, en Guadalajara y en el paso del Ebro, forman un solo cuerpo con una sola voluntad. La voluntad de vencer, la voluntad de triunfar.

Necesitamos que el Partido sea fuerte, no sólo por su número y su influencia entre las masas, sino por su preparación ideológica y política, por su firmeza, su conciencia y su unidad.

Y aunque nuestros cuadros y nuestro Partido en general se han desarrollado, tanto desde el punto de vista ideológico y organizativo como desde el punto de vista de la cultura comunista, no podemos ni debemos conformarnos con lo alcanzado.

Debemos esforzarnos por despertar no sólo en el Partido, sino entre todos los trabajadores, el deseo y el afán de conocer la teoría marxista-leninista que inspira y dirige la lucha de los pueblos por el socialismo, que alumbra y orienta las grandes victorias de la Unión Soviética y de las democracias populares.

Quiero decir ahora unas palabras sobre el trabajo de los órganos de Dirección.

Muchas de las debilidades que se han producido en el desarrollo del trabajo del Partido ha sido por haberse dado de lado una de las condiciones fundamentales del trabajo de dirección, que es el principio de la dirección colectiva en todos los escalones del Partido.

La experiencia enseña que las decisiones colectivas son las más justas, pues en la dirección personal hay siempre unilateralidad, y muchas más posibilidades de error que en la dirección colectiva.

La dirección colectiva permite el contraste de opiniones y la valoración de cada miembro de la dirección. Cada uno de los que participan en la dirección colectiva se siente responsable de la solución de los problemas y de la política del Partido en general, y de una manera natural va siendo obligado a ampliar sus propios conocimientos, a estudiar más profundamente los problemas, a hacer un gran esfuerzo personal, transformándose así en un verdadero dirigente.

Los viejos politicastros burgueses, acostumbrados al caciquismo político, consideran que en el Partido Comunista se anula la personalidad y que todo el mundo está obligado a silenciar sus propias opiniones y a aceptar,

como en las congregaciones religiosas, la opinión del padre superior, la práctica, ellos trasladan al Partido lo que ocurre en su propia casa.

Esto a nosotros nos hace reír, pero no hay duda que mucha gente simple puede creer que esto es cierto.

En el Partido Comunista, cada militante tiene derecho a intervenir en la elaboración de la política del Partido y a dar su opinión sobre todas las cuestiones.

Un ejemplo reciente y significativo — que ya he citado — es la discusión del Programa y de los Estatutos del Partido sobre los cuales han opinado todos los miembros del Partido y que se redactarán definitivamente teniendo en cuenta muchas de las sugerencias hechas por los camaradas, y que vienen a mejorar el contenido de estos documentos.

Nosotros necesitamos la dirección colectiva, el contraste de opiniones porque ella es la base de la formación de los cuadros del Partido, de su preparación política, de su conocimiento de los problemas del país, de su educación en el espíritu del Partido.

La dirección colectiva permite corregir y descubrir a tiempo los errores sectarios u oportunistas, las debilidades y desviaciones.

La dirección colectiva acostumbra a los miembros del Partido, y particularmente a los miembros de la dirección, a emplear correctamente la crítica y la autocrítica, impidiendo que la crítica se convierta en ataques personales, en una crítica no comunista.

No me cansaré de repetir la importancia que para nuestro Partido tiene el empleo del método de la crítica y de la autocrítica, que es vital para la vida del Partido.

Y los camaradas que ocupan puestos de dirección tienen la obligación de ser los primeros en emplear este método, no olvidando que la crítica de la base del Partido hacia las debilidades o errores de la dirección debe ser facilitada y estimulada.

Hay que dar a cada miembro del Partido, a cada camarada que exponga sus opiniones críticas, la seguridad de que en ningún caso esto les puede ocasionar perjuicios, puede volverse contra ellos.

El Partido, repito, no puede progresar y corregir sus errores más que ejerciendo sin ningún temor la crítica y la autocrítica.

Hay un aspecto importante en nuestro trabajo al que no le hemos prestado la debida atención, y cuyos resultados se han reflejado en el trabajo de la Comisión de Organización para la emigración.

Y este aspecto del trabajo de la dirección del Partido es el control de las decisiones. Se pueden tomar acuerdos y aprobar resoluciones justísimas; pero si no se controla su aplicación, estos acuerdos y resoluciones se convierten en papeles mojados.

Y yo debo reconocer que en el no cumplimiento de las decisiones del Partido me cabe una gran responsabilidad por no haber seguido hasta el fin la realización de estas decisiones, confiando en la honradez y en la seriedad de los camaradas encargados de ejecutarlas y que no lo hicieron.

Otra de las condiciones esenciales para que el Partido pueda realizar las grandes tareas que tiene planteadas ante sí es la buena elección de los cuadros responsables, es la elección acertada de los camaradas para los puestos de dirección en todas las ramas de trabajo del Partido.

Y según mi opinión, la elección de estos cuadros debe hacerse teniendo en cuenta, no sólo los años de pertenencia al Partido, aunque esto es muy importante, sino la capacidad política y la firmeza revolucionaria de los camaradas elegidos, su fidelidad al Partido y sus aptitudes para ligarse con las masas, para trabajar entre las masas, para educar a éstas en las ideas socialistas, en la política del Partido.

Lo que no quiere decir que la promoción de nuevos cuadros, de cuadros jóvenes debe significar automáticamente el desplazamiento de los viejos camaradas que se han mostrado dignos y consecuentes en la lucha y en cuya experiencia tiene mucho que aprender la joven generación.

Lo que hay que hacer es combinar armoniosamente el ímpetu y el dinamismo de los jóvenes con la experiencia y los conocimientos prácticos de los camaradas mayores.

Y en vosotros, camaradas delegados al Congreso, en vosotros que sois la más alta representación del Partido, está el elegir acertadamente a la Dirección de éste, al grupo dirigente fundamental de camaradas que ha de llevar en vuestro nombre el peso de la dirección responsable del Partido.

Vosotros deberéis elegir a los camaradas que consideréis son los verdaderos representantes de las aspiraciones del proletariado revolucionario, lo suficientemente firmes y experimentados para ser realmente los dirigentes de la lucha revolucionaria en nuestro país, capaces de aplicar la táctica y la estrategia del leninismo en la lucha por el socialismo.

Con honda emoción hemos comprobado, con la presencia aquí de los delegados del país que a pesar de los años y de la dispersión física del Partido, existe entre la base y la Dirección una unidad política, una unidad ideológica, una unidad combativa, una unidad de aspiraciones que no han podido destruir ni el terror franquista, ni las pérfidas maniobras de los renegados que vendieron su conciencia por los treinta dineros de Judas.

Y esa unidad es nuestro orgullo, y esa unidad es nuestra esperanza porque en ella está la clave de la victoria de nuestro pueblo; ella es la base de la liberación de España.

Esa unidad debe ser la fortaleza donde se rompan los dientes todos los enemigos del Partido, todos los enemigos del progreso, todos los enemigos del socialismo.

Esa unidad es la unidad que forjó nuestro inolvidable camarada José Díaz y que en vísperas de su muerte nos recomendó cuidar como a la niña de los ojos.

Esa unidad es la unidad de los que cayeron en el frente de batalla defendiendo la República, es la unidad de los que cayeron invencibles en la lucha, unidad que conservaremos y defenderemos para ser dignos de ellos y de su sacrificio, para llevar triunfalmente hasta la victoria de nuestro pueblo la bandera que ellos nos legaron al caer.

El Partido Comunista de España es el continuador de las mejores tradiciones socialistas y combativas de la clase obrera, es el heredero y el continuador de las mejores tradiciones de nuestro pueblo, el que lleva en su bandera y en su programa las aspiraciones seculares de justicia de los oprimidos, la grandeza y la prosperidad de la patria liberada.

Con orgullo proclamamos nuestra condición de miembros del Partido Comunista de España, que lucha por la unidad de la clase obrera, por la alianza del proletariado y de los campesinos, que lucha por el reagrupamiento de todas las fuerzas antifranquistas en un Frente Nacional para liberar a España del franquismo y del imperialismo y hacer de nuestro país un país independiente y soberano.

Con orgullo proclamamos nuestra condición de comunistas, de miembros del Partido Comunista de España que se esfuerza por aprender en el ejemplo revolucionario del Partido Comunista de la Unión Soviética y que lucha por establecer el Comunismo en nuestro país.

Y parar terminar, camaradas, permitidme un consejo.

Cuando ante vosotros surjan dificultades que parezcan invencibles, cuando la represión desencadene sobre vosotros sus violentas y sangrientas tempestades; cuando todo parezca que se hunde a vuestro alrededor en un infierno de sangre y de fuego, no os dejéis abatir, camaradas, no inclinéis la cabeza; volved vuestra mirada hacia la Unión Soviética. Ello os dará ánimos; ello os dará fuerzas para continuar la lucha por grandes que sean los obstáculos que se levanten en vuestro camino, porque la Unión Soviética es como el arco iris que anuncia a los oprimidos de la tierra que las tormentas pasan y que también para ellos llegará la bonanza.

Y aprended de la Unión Soviética, aprended a vencer las dificultades en vuestro trabajo de comunistas, en la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Aprended en el heroísmo, en la tenacidad, en la firmeza revolucionaria, en la fidelidad al pueblo y a la Patria, de los comunistas rusos, que bajo la dirección del Partido Comunista, del Partido de Lenin y Stalin, llevaron a los trabajadores al Poder y abrieron a la Humanidad una nueva era, la era del Comunismo.

Y yo estoy segura que nada os hará retroceder. Que nada ni nadie podrá abatir vuestra firmeza revolucionaria, ni quebrantar vuestra fe de comunistas, vuestra confianza en la victoria del socialismo en España.

! Viva el Partido Comunista de España, el Partido de la paz y de la democracia; el Partido de la independencia y soberanía nacionales; el Partido del Comunismo!

! Viva el V Congreso del Partido Comunista de España!

! Viva el Partido Comunista de la Unión Soviética, avanzada de la humanidad maestro y guía de la clase obrera mundial en su marcha hacia el Comunismo!

DISCURSO DE CLAUSURA

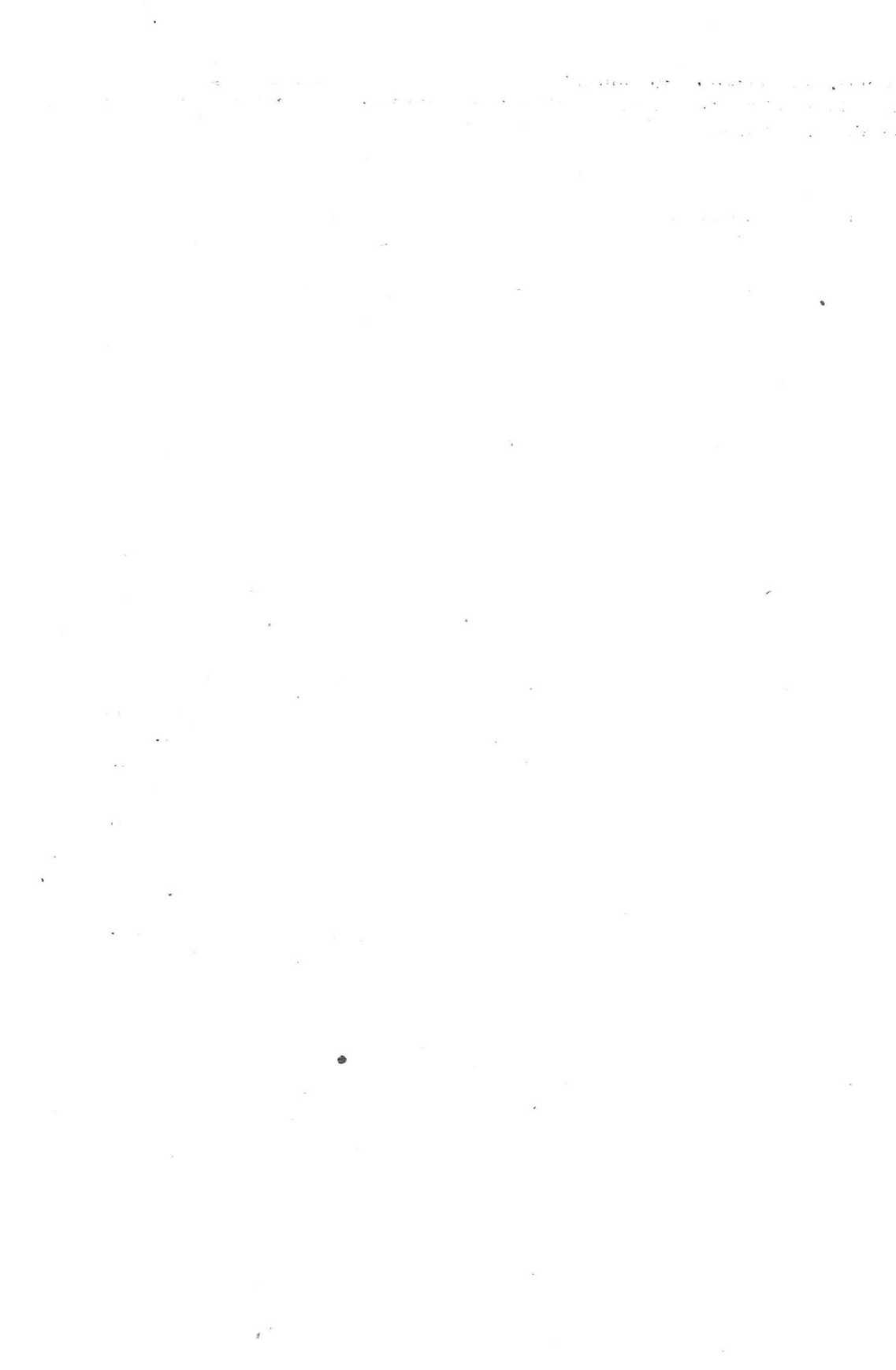
pronunciado por la Camarada

Dolorès IBARRURI

Secretario General

del

**PARTIDO COMÚNISTA
DE ESPAÑA**



DISCURSO DE CLAUSURA

pronunciado por la Camarada

DOLORES IBARRURI

Secretario General

del

PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Al terminar las tareas de nuestro V Congreso que representa una valiosa aportación a la lucha del pueblo español contra el franquismo y contra la política yanqui de avasallamiento de España, yo quiero insistir ante vosotros, con reiteración cordial, sobre aquellas cuestiones que han constituido la piedra angular de nuestras deliberaciones :

La política del Partido Comunista en una España sin soberanía, en una España convertida en base militar de una potencia extranjera y la actividad y reforzamiento del Partido en esa situación concreta.

Pero antes de llegar a estas cuestiones permitidme expresar nuestro profundo agradecimiento a los Partidos hermanos que nos han ayudado, que no han regateado esfuerzos para que los comunistas de España pudiéramos celebrar a salvo de la represión policíaca el V Congreso del Partido Comunista.

La solidaridad que nos han prestado, es una expresión viva y fraternal del internacionalismo proletario ; ella será un poderoso estímulo para los comunistas y para todo el pueblo en su resistencia al franquismo y a la política de guerra y vasallaje del imperialismo yanqui.

Las masas trabajadoras españolas sentirán de nuevo que no están solas en su lucha ; y que hoy, como en 1936, la causa de la liberación de España del yugo fascista-imperialista está estrechamente ligada a la lucha de los pueblos por la paz y contra los planes agresivos del imperialismo norteamericano, continúa siendo la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva.

Y si la celebración del V Congreso es ya, por lo que ello significa y representa, un gran acontecimiento en la vida del Partido, el Congreso es

doblemente importante, por la intensa participación en él de los camaradas del interior, que expresan y reflejan la firmeza y madurez política de los comunistas, a los que no ha podido doblegar el terror franquista y que continúan la lucha en condiciones verdaderamente difíciles.

Para el trabajo futuro del Partido estas intervenciones tienen una extraordinaria importancia. Ellas muestran las inmensas posibilidades que existen para el desarrollo de la oposición al franquismo, para la formación del Frente Nacional Antifranquista.

El V Congreso de nuestro Partido ha sido la confirmación de la justeza de nuestra política, y la expresión de la férrea unidad del Partido, la unidad de todos los comunistas : de los del interior y del exterior, unidad que no han podido romper ni el terror franquista ni las turbias maniobras de nuestros enemigos.

Y aunque el balance del Congreso es altamente positivo, yo quiero llamar la atención de los camaradas sobre algunas insuficiencias que en él se han manifestado, y que ponen de relieve la resistencia de algunos camaradas a reconocer sus flaquezas y sus errores.

La mayoría de los camaradas que han intervenido han hablado de la necesidad de la crítica y de la autocrítica y han mostrado con sus propios ejemplos y con los ejemplos de sus organizaciones, lo necesario que es el uso de la crítica y de la autocrítica en la corrección de vicios sectarios, de errores y desviaciones que inevitablemente surgen en el desarrollo del Partido. Pero ha habido camaradas que han callado, como si no fuera con ellos esta cuestión, que han eludido hablar de sus propias debilidades.

Hubiera sido deseable, por ejemplo, que el camarada Pozuelo, como lo han hecho los camaradas Modesto y Uribe, nos hubiera hablado de sus debilidades en un período de su vida política ; y esto hubiera sido útil para él y para todo el Partido.

En nuestro Congreso hemos tenido también un ejemplo típico de cómo no debe hacerse la autocrítica ; un ejemplo de autocrítica formal, de autocrítica para salir del paso.

Este mal ejemplo es la intervención del camarada Arconada.

En el trabajo del camarada Arconada como dirigente del Partido en Méjico, en Cuba y en Chile, , así como en la organización del movimiento de la paz, hay muchas cosas positivas que le muestran como un dirigente político.

No obstante ésto, en el trabajo del camarada Arconada existen algunos aspectos negativos que deberá corregir para estar al nivel del Partido, de este Partido cuyo rostro heroico y cuyo nivel político, han sido mostrados en este Congreso.

El camarada Arconada no nos ha dicho cómo se ha tratado a los camaradas en Méjico ; cómo él ha tenido una actitud de altivo menosprecio para los camaradas sencillos, cómo se ha preferido a los intelectuales que constituyen un fondo de valor inapreciable para el Partido, por su fidelidad, por su firmeza, por su capacidad, no prestando la debida atención ni al estímulo necesario a su trabajo creador ni a su desarrollo político.

Nosotros hubiéramos deseado que el camarada Arconada hubiera

hecho una autocrítica comunista. Con ello habría ayudado al Partido y se hubiera ayudado a él mismo a corregir viejos vicios sectarios que desgraciadamente aun afloran a veces en nuestro Partido.

Esta autocrítica no habría rebajado en absoluto la autoridad del camarada Arconada, sino que la habría reforzado ante el Partido.

El camarada Arconada no lo ha hecho así y ha optado por callarse, impidiendo que el Congreso conociese como una experiencia que no debe repetirse, el mal trabajo que el camarada Gonzalo ha expuesto aquí, de una organización del Partido, de la cual el camarada Arconada era el principal responsable.

Yo estoy segura que si el camarada Arconada hubiera realizado ante el Congreso el examen crítico de sus debilidades, al mismo tiempo que exponía todo lo positivo que él ha realizado, que no es poco, y ésto hay que decirlo a favor del camarada Arconada, él se sentiría mucho más contento y más optimista y en mejores condiciones para abordar las tareas que el Partido tiene ante sí.

Nosotros deseamos y esperamos que sobre la marcha y en el desarrollo del trabajo, el camarada Arconada muestre que él es capaz de «corregir sus debilidades no estableciendo distancias ni barreras entre él y la base, según su falsa concepción del papel del dirigente, sino fundiéndose con ella, trabajando con ella, y desarrollándose políticamente al mismo tiempo que ayuda a la educación política de otros camarada.

Quiero referirme también, y ésto como complemento de información al informe del camarada Miie.

El camarada Mije presentó ante el Congreso un cuadro gráfico del gran trabajo de propaganda que ha hecho el Partido en un período determinado.

Pero el camarada Mije no explicó al Congreso que toda esa propaganda había costado y cuesta decenas de millones de francos, y que esos millones de francos no habían caído, ni caen, de las nubes, sino que habían salido y salen del esfuerzo, de la abnegación de los comunistas, de las aportaciones de las masas que apoyan al Partido, del sacrificio de nuestros camaradas, que con su apoyo y desinterés permiten el desarrollo no sólo de nuestra propaganda, sino de todo el trabajo del Partido.

Yo quiero daros un ejemplo. En 1947 teníamos dificultades económicas para continuar publicando nuestra prensa, porque todos los medios de que el Partido disponía se dedicaban a la lucha guerrillera y al trabajo en el interior.

El Partido organizó una campaña de ayuda a MUNDO OBRERO, proponiéndose recaudar cuatro millones de francos en dos meses. Y recaudamos no los cuatro millones que nos habíamos propuesto, sino dieciseis millones de francos.

¿Cómo pudo hacerse este milagro teniendo en cuenta la vida dura y difícil de nuestros camaradas?

Apoyándonos en las masas, dejando que las masas desarrollasen sus iniciativas, abriendo ancho cauce a estas iniciativas. Unos camaradas se

dedicaban a trabajar horas extraordinarias para entregar este dinero al Partido ; otros, cortaban leña y la vendían y entregaban su importe a la Caja del Partido ; los de aquí organizaban un baile ; los de allá se convertían en pasteleros ; las mujeres hacían labores y las vendían ; se vendían objetos de uso personal. Hasta los anillos de casado que les recordaban días felices, hasta los instrumentos de trabajo que constituían su única riqueza para algunos camaradas, eran vendidos para sacar dinero para el periódico, para que MUNDO OBRERO continuase publicándose.

Este fué el milagro de los dieciseis millones de francos. Y en esta fuente, en este manantial inagotable de abnegación y generosidad de las masas, está la fuerza del Partido, la posibilidad de realizar y ampliar la propaganda del Partido.

Y mi opinión es que de una manera permanente, y no de forma esporádica como se hace en la actualidad, en MUNDO OBRERO debe haber una sección destinada a mostrar la ayuda que el Partido recibe, y esta sección será el barómetro que marcará en qué medida las masas hacen suyo y sienten suyo el periódico del Partido Comunista, en qué medida las masas apoyan nuestra política.

A esta suma de sacrificios económicos de los camaradas de la emigración, yo quiero añadir un hecho emocionante, doloroso ; uno solo, porque tenemos muchos, como ejemplo para los de dentro y los de fuera, de los sacrificios de los comunistas, de la abnegación hasta la muerte, en el servicio del Partido, de los comunistas.

Existía una situación penosa en una organización del interior. Sus recursos estaban agotados. Les era difícil la reposición de sus medios de lucha. Había que ayudarles rápidamente. Para enviar la ayuda necesaria se ofrecieron dos camaradas.

Eran dos comunistas que habían sido ellos mismos guerrilleros, dos antiguos combatientes de nuestra guerra. Sus nombres no importan ahora ; los diremos cuando llegue el momento de hacerlo. El Partido enviaba con ellos, a los que combatían en el interior, más de un millón de pesetas.

Estos camaradas fueron sorprendidos por un gran temporal. Mas no quisieron retroceder al punto de partida porque ello representaba perder mucho tiempo. Esperaron unas horas, y al reanudar el camino, se encontraron con que un río que tenían que vadear, había crecido en forma aterradora.

Pensando en la angustiada situación de los que esperaban la ayuda, no vacilaron ; sin reparar en el riesgo se lanzaron al agua, creyendo poder vencer con su agilidad la fuerza de la corriente ; mas fueron arrastrados por ésta y perecieron en la empresa. Sus cadáveres se encontraron muy lejos del vado. Entre sus ropas se halló el dinero que céntimo acéntimo habían recogido los camaradas de la emigración para ayudar al interior.

He considerado necesario recordar estos ejemplos de abnegación, de espíritu de sacrificio para que los camaradas venidos del país sepan cómo los comunistas que están en la emigración ayudan al Partido ; cómo en esa ayuda a la lucha del interior, está la sangre, el sudor, la energía y la vida de los comunistas de la emigración y de las masas que ayudan al

Partido, y también para recordar que para cada comunista debe ser sagrado cada céntimo que se recauda para la lucha y las actividades del Partido.

Las intervenciones de los camaradas del interior han confirmado nuestras apreciaciones, sobre la gravedad de la situación creada en España con la firma del pacto yanquifranquista, así como la urgencia de la unidad de acción de todas las fuerzas antifranquistas contra la política de miseria y de guerra del franquismo, contra el sometimiento de España a los imperialistas yanquis.

Los delegados del país, han traído al Congreso, con la voz y el recuerdo de la patria esclavizada, la expresión emocionante de la ardiente voluntad de lucha de las masas que, aun encadenadas, proclaman su fe y su confianza en un radiante mañana de libertad y de justicia, y expresan su cariño y su devoción hacia la Unión Soviética, su fe y su confianza en el Partido Comunista de España.

Ese testimonio vivo, sangrante, de la situación de España bajo el franquismo que nos han ofrecido los camaradas venidos del país, ha de acompañarnos siempre en el trabajo y en la lucha, haciéndonos invulnerables a la fatiga y al desaliento.

A través de las palabras apasionadas, emotivas, de nuestros camaradas, veíamos surgir y elevarse de las fábricas, de las minas, de los talleres, del campo, de los almacenes, de las oficinas, de los órganos administrativos, el poderoso aliento de la rebeldía de los hombres y mujeres que trabajan y penan, pero que no se resignan con la vida a que les condenó el franquismo.

Sentíamos el descontento y el odio de las masas populares, que buscan afanosas una salida a la situación; sentíamos la honda preocupación del obrero, del campesino, del pequeño propietario, del industrial, del artesano, del escritor, del estudiante, del empleado y del funcionario, del ingeniero y del técnico, del médico y del hombre de ciencia, del profesor y del arquitecto por su presente y su futuro, por el presente y el futuro de España.

Con nuestro Programa democrático, con el Programa aprobado en nuestro Congreso damos respuesta y perspectiva a todas las fuerzas nacionales interesadas en el derrocamiento del actual régimen, interesadas en la existencia de una España próspera, soberana e independiente, interesadas en impedir que España sea arrastrada a la catástrofe de una guerra atómica al servicio del imperialismo yanqui.

Por ello debemos difundir ampliamente nuestro Programa, dándole a conocer a todos los grupos, clases y fracciones de clases sociales que quieren vivir, que quieren salvarse del abismo adonde el franquismo y el imperialismo norteamericano empujan a España.

Debemos esforzarnos por hacer de nuestro Programa el nexo de unión de todas las fuerzas antifranquistas, la bandera y el programa del Frente Nacional Antifranquista, la bandera y el programa de una España, democrática.

Debemos trabajar sin descanso porque las masas hagan suyo este Programa, que es el programa de la recuperación de España

que es el programa del renacer de la patria, entregada en venta infame al imperialismo yanqui ; que es el programa cuya realización puede dar paz y pan, justicia y trabajo, bienestar y cultura a nuestro pueblo.

Y yo quiero advertir a nuestros camaradas que a pesar de la claridad y sencillez con que en el Programa están expuestos nuestros objetivos y nuestros propósitos, la tarea será dura.

Porque frente a nuestra política democrática, nacional, popular, se levantará la fauna reptilesca de servidores del imperialismo y de la reacción ; se levantará la demagogia del izquierdismoseudorrevolucionario ; el rencor de los Judas ; la desconfianza y el temor de los que no nos conocen, y que bajo la influencia de la propaganda anticomunista pueden creer que el Programa es un lazo que los comunistas tendemos para engañarles. E incluso, tropezaremos con la incomprensión de muchas gentes honestas.

Para vencer las dificultades que han de surgir, no hay más que un camino, el camino de la acción abnegada, constante, firme, consecuente de los comunistas. Se trata, camaradas, de decidir sobre el ser o no ser de España, sobre la vida o la muerte de nuestro pueblo. Y ante esto, no hay dificultades que no puedan ser vencidas por los comunistas, cuya capacidad combativa ha sido bien probada.

El hecho de que el Partido proclame públicamente, sin temor a las borrascadas de un izquierdismo impotente y bullanguero, y de un anticlericalismo estéril y antisocial, su disposición a realizar lealmente, firmemente, la política expuesta en nuestro Programa democrático, es prenda de nuestra sinceridad y de nuestra decisión.

Yo repito lo que dije en el informe del Comité Central : El Partido Comunista no tiene una doble política, no hace un juego doble porque no necesita de tales artificios para conquistar posiciones, para atraer a las masas a la lucha activa por la democracia, por la paz, por la salvación de España, por la independencia y soberanía nacionales.

El terror franquista ha podido romper a los débiles, pero el Partido se ha templado en el fuego de las persecuciones, se ha hecho duro y flexible como el acero de nuestras antiguas forjas.

Con un tal Partido nosotros podremos luchar por asegurar la victoria de la democracia en nuestro país, podremos luchar con perspectivas de victoria para impedir que nuestro país sea convertido, como consecuencia del pacto yanquifranquista, en un montón de ruinas.

No debemos cerrar los ojos ante la realidad en la cual vive y está encuadrada España por la voluntad de Franco y de la oligarquía financiera.

España ha dejado de ser independiente y soberana, y los yanquis se sirven de ella como depósito de bombas atómicas y pueden servirse del territorio español como punto de partida de la agresión.

Nada puede descartarse del aventurerismo de Franco y de su camarilla de generales y de nuevos ricos.

A ellos no les importa España, y por salvar las riquezas que han acumulado a costa de la ruina del país y de la miseria del pueblo, son capaces de llegar a lo más monstruoso.

El campo de la paz y de la democracia encabezado por la Unión Soviética ha logrado destacadas victorias sobre los agresores imperialistas.

Sin embargo, el peligro de una guerra de agresión no ha desaparecido. En la reciente declaración del Consejo Mundial de la Paz se dice que sobre Europa se cierne una amenaza directa, la cual puede reducir a la nada todos los resultados obtenidos.

Esta amenaza es el restablecimiento del ejército alemán y su inclusión en una coalición militar, objetivo que continúa siendo la febril aspiración de algunos gobiernos.

No podemos olvidar lo que el pacto yanquifranquista representa y puede representar mañana. El pacto yanquifranquista es un aspecto importante de los planes de agresión de los imperialistas yanquis.

El pacto yanquifranquista está dirigido contra la paz y la seguridad de otros países ; pero en primer lugar está dirigido contra nuestro pueblo, contra las masas populares de nuestro país, contra la propia vida de España.

Y luchar contra el pacto, denunciar el pacto ante todas las capas y fuerzas sociales de nuestro país, exponer con claridad lo que el pacto significa para todo nuestro pueblo, es una obligación sagrada para los comunistas y para todos los españoles.

Sin desmayos, sin vacilaciones, aprendiendo siempre, esforzándonos por ser cada día mejores, teniendo como norte y guía, como brújula que no miente derroteros la teoría marxista-leninista, continuemos la lucha, camaradas.

El pueblo confía en el Partido Comunista, y nosotros seremos dignos de la confianza del pueblo, que es la confianza de la Patria en la firmeza de sus hijos más fieles y combativos ; que es la confianza en los comunistas, de millones de obreros, de campesinos, de trabajadores angustiados por su suerte, por la suerte de sus hijos y de su país.

¡ A luchar, pues, camaradas, por una España democrática, independiente y soberana !

¡ Viva la unidad combativa de todas las fuerzas antifranquistas !

¡ Viva el V Congreso del Partido Comunista de España !

Southworth
Pamphlet
JN
Q315
K6
J19
A54

0103

~
EDITE PAR LE PARTI
COMMUNISTE FRANCAIS
~

